

Heinrich Böll

El tren llegó puntual



Lectulandia

Andreas, el protagonista de esta breve pero impactante novela, es un joven soldado nazi que en 1943 ha sido destinado al frente oriental, donde está convencido de que encontrará su destino final. Viaja en un tren que va hacia Polonia repleto de militares con un futuro incierto acechando en el horizonte. Este angustiante viaje de Andreas va desvelándose como una reflexión sobre la vida y la muerte, sobre el amor, así como sobre el verdadero papel de la religión y la sociedad en general en una situación extrema, como es la guerra. *El tren llegó puntual* es la novela con la que Heinrich Böll se dio a conocer al público, un relato lacónico y sobrecogedor que en 1949 ya examinaba con valentía algunas de las terribles consecuencias de las guerras en general, y de la Segunda Guerra Mundial en particular.

En su primera obra el escritor alemán demostró una sorprendente capacidad para observar y comprender en toda su complejidad esa sociedad germana que tan bien retrató en cada una de sus obras.

Lectulandia

Heinrich Böll

El tren llegó puntual

ePub r1.0

Titivilius 05.04.15

Título original: *Der Zug war pünktlich*

Heinrich Böll, 1949

Traducción: Julio F. Yáñez

Editor digital: Titivilius

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Mientras caminaban a lo largo del oscuro pasadizo subterráneo, oyeron sobre ellos el rumor del convoy cuando se detenía en el andén. Al propio tiempo, un altavoz proclamó con voz grave y sonora: «Tren de permisionarios procedente de París, por la ruta de...»

Luego de subir la escalera se pararon ante un vagón del que se apeaban soldados de cara sonriente, cargados con grandes paquetes. En seguida la estación quedó vacía otra vez y todo volvió a su aspecto de antes. Sólo unas cuantas muchachas y mujeres, y algún padre atribulado y silencioso, siguieron mirando hacia las ventanillas del convoy. El altavoz advirtió que era preciso apresurarse. El tren debía continuar su marcha.

—¡Vamos! ¿Subes o no subes? —apremió el capellán al soldado.

—¿Qué pasa? —respondió nervioso el aludido—. ¿Y si prefiriese tirarme bajo las ruedas... o largarme a otro sitio...? A ti qué te importa...? También podría volverme loco de repente... ¿Acaso no tengo derecho? Puedo volverme loco si me parece. Lo que no quiero es morirme. Ahí está lo malo, que no me quiero morir. —Hablaba con tal frialdad que las palabras salían de sus labios cual témpanos de hielo—. Pero no te preocupes —añadió—. Ya subo. Hay sitio para todos... es mejor no enfadarse. Reza un poco por mí.

Cogió sus bártulos y se introdujo en el primer vagón. Luego de haber bajado la ventanilla se asomó al exterior en el momento en que el altavoz, allá en lo alto, advertía, difundiendo sus palabras por el aire como una niebla pegajosa: «El tren efectúa su salida...»

—¡No quiero morir! —exclama de repente el soldado—. ¡No quiero morir! Pero la verdad es que me queda muy poco de vida. Pronto...

La sombra de su cuerpo se deslizó sobre el andén gris y frío, y luego la estación quedó sumida en las tinieblas de la noche.

Hay palabras que, aunque pronunciadas con aparente indiferencia, cobran de pronto un significado mágico. Extrañamente duras y precisas, se abren camino por delante de quien las emite, adelantándose por regiones desconocidas del futuro, para volver más tarde al punto de partida, con la terrible precisión de un *boomerang*. Son como un chapoteo de conceptos difusos y vagos que adquieren repentina solidez en el momento del adiós que conduce a la muerte, para luego abatirse como una ola de plomo sobre el que las pronuncia, haciéndole descubrir el terrible y a la vez seductor poderío del destino. Los enamorados y los combatientes, los que van a morir y los que todavía gozan del cósmico vigor de la existencia, sienten cómo tal fuerza, al caer sobre ellos de improviso, los ilumina con una luz que será gracia y servidumbre al propio tiempo, mientras las palabras se van hundiendo más y más en su interior.

Al avanzar con lentitud por el pasillo del vagón, la palabra «pronto» repercutió en Andreas, y se hundió en él como un proyectil que lo atravesara sin sentirlo, transitando por su carne, sus tejidos y sus nervios hasta inmovilizarse en un lugar cualquiera y explotar abriendo una herida espantosa por la que manaría toda su

sangre... Vida... Dolor...

Repitió aquel «pronto» sintiéndose palidecer, mientras de manera inconsciente iba realizando los movimientos habituales. Encendió una cerilla, iluminando a quienes dormían, tendidos o acurrucados junto a sus mochilas o encima de ellas. El hedor a tabaco apagado se mezclaba al del sudor frío y al de ese otro efluvio indefinible que flota dondequiera que se encuentre un grupo de soldados. Antes de extinguirse, la cerilla lanzó un postrer y más intenso fulgor que le hizo descubrir un pequeño espacio libre, allí donde el pasillo se estrechaba. Se desplazó hacia él con precaución, sujetando la mochila bajo el brazo y llevando en la mano su gorro militar.

Al repetir otra vez: «pronto», el miedo se aferró a lo más hondo de su ser, y tuvo la sensación de una absoluta certidumbre. «Nunca más —pensó—. Nunca más volveré a ver esa estación, ni el rostro del amigo al que increpé antes de partir. Nunca más, porque pronto...» Cuando hubo llegado al lugar libre, depositó la mochila en el suelo, con cuidado, para no despertar a los durmientes, y se sentó sobre ella, apoyando la espalda en la portezuela del compartimiento. Luego intentó acomodar sus piernas del mejor modo posible. Extendió lentamente la izquierda hasta ponerla junto al rostro de otro soldado, y apoyó la derecha sobre una mochila, que tapaba la espalda de su dueño. Tras de él se encendió otra cerilla y alguien empezó a fumar a oscuras y en silencio. Volviéndose un poco, pudo ver el extremo brillante del pitillo, y cuando el fumador inhaló el humo, el rojizo resplandor le dejó ver un rostro gris y cansado, con surcos profundos, en el que se pintaba una expresión de vacuidad completa.

«Pronto» —se repitió. Todo estaba sucediendo normalmente. El traqueteo del tren, el mal olor, la apetencia irreprimible de fumar y el escaso deseo de dormir. Ante la ventanilla desfilaban las masas sombrías de las casas. En un lugar lejano, unos cuantos proyectores sondeaban el cielo cual largos dedos de cadáver que rasgaran el manto amoratado de la noche. Se oía el tronar de cañones antiaéreos. Las negras casas, vacías y ciegas, continuaban desfilando. ¿Cuándo sería aquel «pronto»? La sangre le fluía del corazón, volviendo a él luego de haber circulado por todo su cuerpo y agitando su vida entera. Pero aquellos latidos sólo servían para advertirle: «Pronto...» No podía hablar de nada ni pensar en nada que no se refiriese a ello. «No quiero morir» —se dijo. Y en seguida la frase se transformó en esta otra: «Voy a morir... muy pronto.»

A la luz de otro pitillo, pudo ver tras de él un nuevo rostro, también gris. Y escuchó un murmullo perezoso. Los dos desconocidos conversaban.

—Dresde —dijo uno.

—Dortmund —añadió el otro.

La charla se fue animando paulatinamente. De pronto, se oyó una interjección, y el susurro se hizo menos perceptible, hasta extinguirse por completo. Sólo se percibía, tras él, la luz de un solo cigarrillo; pero pronto se apagó también reinando de nuevo la gris oscuridad. La negra noche le dejaba entrever las casas anónimas,

silenciosas y negras, mientras, en la distancia, los largos, afilados y cadavéricos dedos de los proyectores perforaban el cielo. El rostro del ser al que debían pertenecer aquellos dedos quizá sonriera sarcástico y cínico, como el de un usurero o el de un ladrón. «Estás en nuestras garras», decía la boca profunda y sutil. «Te tenemos bien sujeto. En toda la noche nunca dejaremos de palpar el cielo.» Aquellos resplandores acaso buscaron un minúsculo insecto entre los pliegues de la noche. Un insecto que acabarían por encontrar.

Pronto. Pronto. Pronto. Pronto. ¿Cuándo llegaría aquel pronto? ¡Qué horrible noción! Lo mismo podía ocurrir dentro de un segundo que en el plazo de un año. La palabra «pronto» expresa una idea atroz que estrangula el futuro, lo empequeñece y acaba por sumirlo en una incertidumbre aniquiladora. «Pronto» puede significar poco y, a la vez, mucho. En realidad, lo abarca todo. Todo, incluso la muerte.

«Pronto perderé la vida. Voy a morir dentro de poco. Tú mismo lo has dicho y algo lo repite en tu interior y también fuera de ti. Ese “pronto” deberá cumplirse. Es un “pronto” de tiempo de guerra. Al menos, de eso puedes estar bien seguro. Pero ¿cuánto tiempo durará aún la guerra? Tal vez transcurra un año hasta que todo se hunda en el Este. Si los americanos y los ingleses no atacan a la vez por el Oeste, los rusos emplearán por lo menos dos años en llegar al Atlántico. Y aunque es seguro que atacarán, la guerra se prolongará otro año, y no habrá terminado hasta finales de 1944. Todo el sistema está montado sobre bases que acusan un exceso de obediencia, de cobardía y de valor. Debo, pues, calcular el plazo de mi muerte entre un segundo y un año. Ahora bien, ¿cuántos segundos tiene un año? Moriré mientras aún dure la guerra. No conoceré otra vez la paz. Se acabó la paz. Todo se acabó: la música, las flores, la poesía, la dicha. Moriré pronto.»

El «pronto» ha sonado como el retumbar de un trueno; ha brillado como el fulgor de un relámpago que en el breve espacio de tiempo de una milésima de segundo inunda la claridad del mundo entero.

El hedor a cuerpos humanos, a inmundicias, a polvo y a betún para las botas, es el mismo de siempre. Resulta curioso que donde haya soldados haya siempre basura. Entretanto, los dedos de cadáver han hallado el insecto...

Encendió otro cigarrillo. «¿Cómo será el porvenir? —se preguntó—. Quizás ese “pronto” no exista más que en mi imaginación. Estoy agotado y nervioso, y me dejo influir por el miedo.» Trató de pensar en lo que haría al acabar la guerra. Quizá, pero era como enfrentarse a un negro muro infranqueable; imposible imaginar nada concreto. Podía dar vueltas y más vueltas a las mismas ideas: «Viviré en algún sitio... con libros... cigarrillos... estudiaré... habrá música... poesía... flores.» Pero sabía perfectamente que nada de todo aquello iba a ocurrir; que nada llegaría a hacerse realidad; que eran sólo pensamientos vacíos, desprovistos de vigor y de sustancia humana. El porvenir no tenía rostro, y cuanto más pensaba en él más cuenta se daba de lo cerca que se hallaba aquel «pronto». «No tardaré en morir.» Dicha verdad quedaba situada entre el plazo de un segundo y el de un año. Se acabaron los

sueños...

Tal vez dos meses. Trató de representarse dicho espacio de tiempo; de imaginar si aquel muro imposible de salvar se levantaría ante él antes de que expirase dicho plazo. Dentro de dos meses estarían a finales de noviembre. No lograba tener una clara noción de la distancia. Dos meses son una idea sin precisión. Igual podría hablarse de tres o de cuatro, o de seis. Se trata de un concepto inasequible a toda resonancia cronológica. Tal vez en enero. Pero no observa señales del muro. Una extraña esperanza plagada de inquietudes acaba de hacer presa en su espíritu. Mayo, piensa sobresaltado. Mas la pared continúa sin materializarse. Sólo existe el vacío. El «pronto» no es más que un horrible fantasma. ¡Noviembre! ¡Nada! Una alegría salvaje se apodera de él. Enero. Otro enero, año y medio más tarde. Año y medio de vida. ¡La pared sigue sin aparecer!

Exhalando un suspiro de alivio, deja que su imaginación franquee el tiempo, salvando una serie de pequeñas y frágiles barreras. ¡Enero, mayo, diciembre! ¡Nada! De pronto se da cuenta de estar en el vacío. De que el muro no va a alzarse sobre el tiempo y de que éste carece de importancia. Tan sólo queda la esperanza. Una esperanza que permite salvar meses y años.

«Voy a morir muy pronto.» Se hallaba en la situación del nadador que próximo a la orilla es lanzado de nuevo a la inmensidad del mar por una ola gigantesca. Porque era allí en aquel «pronto» donde se hallaba el muro que no podría sobrepasar, el que le impediría seguir sobre la tierra.

«Cracovia» —piensa de súbito. Y el corazón se le detiene cual si una vena se hubiera atascado, cerrando el paso a la sangre. Ha encontrado la pista. ¡Cracovia! Aún va más lejos. Przemyśl. Tampoco. Lemberg. No. Intenta avanzar frenéticamente: Czernowitz, Jassy, Kischinew, Nikopol. Pero dicha palabra no es más que una nube de humo; una niebla parecida a la idea de pensar que podría seguir estudiando. ¡Jamás volverá a ver Nikopol! Retrocede un poco. Jassy. No, tampoco verá Jassy. Ni Czernowitz. ¡Lemberg! Sí. Verá Lemberg porque llegará allí todavía vivo. «Me estoy volviendo loco —piensa—. Deliro. Moriré entre Lemberg y Czernowitz. ¡Qué estupidez!» Corta bruscamente el hilo de sus pensamientos y empieza a fumar otra vez y a contemplar el rostro de la noche. «Estoy histérico. Estoy loco. He fumado con exceso, pasé fumando toda la noche; toda la noche y todo el día, sin dormir y sin comer. No debo dejarme trastornar de este modo...»

«Tendría que comer algo —piensa—. Y beber. Comer y beber mantienen en pie el cuerpo y el alma. ¡Condenado tabaco!» Empieza a tantear en su mochila, esforzándose por deshacer la hebilla en la oscuridad. Luego rebusca entre los bocadoillos de margarina, la ropa, el tabaco, los cigarrillos y la botella de aguardiente. De pronto se apodera de él una fatiga inmensa, irresistible, que le para la sangre en las venas... y se duerme, con la mochila abierta entre las manos, la pierna izquierda junto a una cara que todavía no ha visto, y la derecha sobre un fardo. Sus manos, cansadas y sucias, siguen sobre la mochila, y la cabeza le ha caído sobre el pecho.

Se despierta porque alguien le ha pisado los dedos, y el súbito dolor le obliga a abrir los ojos. Un soldado acaba de pasar a toda prisa, dándole un golpe en la espalda y maltratándole la mano. Se da cuenta de que está amaneciendo, y escucha cómo una voz sonora y cálida pronuncia el nombre de otra estación. Esta vez se trata de Dortmund. El viajero que pasó la noche fumando y rezongando tras de él, se ha puesto en pie y avanza a empellones por el pasillo. El desconocido de cara gris ha llegado a su destino: Dortmund. El propietario de la mochila sobre la que descansó su pierna derecha se ha despertado también y se frota los ojos en el frío pasillo. El compañero junto a cuya cara tuvo la otra pierna, sigue dormido. Dortmund. Unas muchachas provistas de cafeteras humeantes van de acá para allá. Como siempre, hay en la estación mujeres que lloran, jóvenes a las que alguien besa, padres... Siempre lo mismo. ¡Qué estupidez!

Tan sólo está seguro de una cosa. Apenas ha abierto los ojos cuando el «pronto» aparece de nuevo. El anzuelo se afianza perfectamente y no suelta su presa. El «pronto» lo ha engarfiado como un pez que se debatirá hasta un punto situado entre Lemberg y Czernowitz...

En ese breve espacio, en la millonésima parte de un segundo que ha tardado en despertar, confía en que el «pronto» desaparezca como la noche, como un fantasma surgido de imaginaciones vanas y de una interminable sucesión de cigarrillos. Pero sigue allí, hostil e implacable.

Se pone en pie. Observa la mochila a medio abrir y vuelve a colocar en ella una camisa que había sacado. El que estaba a su derecha ha abierto una ventana y tiende por ella un vaso en el que una muchacha flaca y cansada vierte un poco de café. El olor repugnante del brebaje le da náuseas, le recuerda las emanaciones a cuartel, a cocina militar que impregnan toda Europa y que pretenden extenderse por el mundo entero. Pero tan fuertes son las raíces de la costumbre que también él tiende su vaso y acepta aquel café de color gris, como el de los uniformes. A su olfato llega el leve olor a exudación de la muchacha. Se adivina que ha dormido vestida y que, durante la noche, ha ido de un tren a otro ofreciendo café... ofreciendo café sin parar...

El olor penetrante del líquido satura a la muchacha. Probablemente duerme junto a la cafetera, puesta encima de una estufa para que guarde el calor, hasta la aparición del tren siguiente. Tiene la piel gris y arrugada, color de leche sucia, y sus cabellos lacios, de un tono castaño pálido, le salen en mechones por debajo del gorro. Pero sus ojos miran con expresión dulce y triste a la vez, y cuando se inclina para verter el café, él observa que su nuca es atractiva. «¡Qué bonita! —piensa—. Todos deben encontrarla fea, mas para mí es hermosa... sus dedos son pequeños y delicados... me haría servir café por ella horas enteras. Perforaría el vaso para que fuese echando... echando sin parar. Y así vería largo rato esos ojos dulces y esa nuca encantadora. El altavoz se callaría. Todas las desgracias proceden de voces como ésta. Ellas desencadenaron la guerra, y rigen la peor contienda que haya existido jamás. E incluso resuenan por las estaciones. ¡El diablo se las lleve!»

El empleado de la gorra encarnada espera dócilmente a que el altavoz le haya dado sus órdenes. El tren reanuda su marcha aligerado de algunos héroes y cargado con unos cuantos más. Empieza a haber claridad aunque es aún temprano: las siete. «Nunca más; nunca más volveré a Dortmund. ¡Qué rara es esta ciudad! He pasado por aquí varias veces, pero nunca me detuve a visitarla. Me quedaré sin saber cómo es. Tampoco volveré a ver a esa muchacha que me sirve el café. No. Nunca más. Voy a morir muy pronto; entre Lemberg y Czernowitz. Mi vida debe contarse por kilómetros, como un tramo de carretera.» Es raro que no haya frente entre Lemberg y Czernowitz; ni guerrilleros en número apreciable. ¿Podría ser que en una noche se efectuara un retroceso tan maravilloso? ¿Que la guerra estuviera terminando y la paz llegara antes de aquel «pronto»? ¿Se produciría un hundimiento repentino? El animal-dios ¿sería asesinado finalmente? ¿O lanzarían los rusos una ofensiva general, y todo se vendría abajo entre Lemberg y Czernowitz? ¿Tal vez la capitulación se hallaba próxima...?

Pero la realidad no tiene escapatoria. Los durmientes se han despertado y empiezan a comer y a hablar.

Se asoma a la ventanilla y deja que el viento frío de la mañana le acaricie la cara. «Me voy a emborrachar —piensa—. Me beberé una botella entera y no me enteraré de nada hasta que estemos en Breslau.» Se agacha y abre febrilmente la mochila; pero una mano invisible le ha impedido coger la botella, y en vez de ésta toma un bocadillo y empieza a masticarlo lenta y calmamente. Es terrible tener que comer cuando está uno tan próximo a la muerte. «Pronto moriré, y sin embargo, he de comer.» El bocadillo es de pan con mantequilla y salchichón, como los de las noches de bombardeo. Su amigo el capellán le ha puesto varios en la mochila, bien untados con mantequilla. Y lo peor de todo es que le gustan.

Se asoma al exterior mientras sigue masticando lentamente, y de vez en cuando alarga la mano para tomar un nuevo bocadillo de la mochila que está junto a él. También bebe pequeños sorbos del café caliente.

Es terrible ver las casas de los pobres, los lugares donde los esclavos se disponen a acudir a la fábrica. Casas y más casas donde habitan seres que sufren y ríen; que comen y beben, y engendran nuevos seres que acaso mañana estarán muertos. Existe una turba de seres humanos, de viejas y de niños, de hombres y soldados. Algunos se asoman a las ventanas, aquí y allá. Saben que un día u otro tomarán también el tren para ser conducidos de nuevo al infierno.

—Compañero —dice una voz ronca tras él—. ¿Quieres echar una partida?

Se vuelve sobresaltado y responde casi inconscientemente:

—De acuerdo.

El que acaba de interpelarlo es un soldado casi sin afeitado que lo mira sonriente, y que tiene en la mano unos naipes. «He dicho que sí» —piensa. Y asintiendo con la cabeza sigue al otro. El pasillo está vacío. Tan sólo dos hombres continúan junto a sus equipajes en el extremo opuesto. Uno está agachado. Es un rubio corpulento, de

expresión dulce.

—¿Encontraste a alguien?

—Sí —contesta el barbudo con voz ronca.

«Pronto voy a morir» —piensa Andreas, sentándose sobre la mochila que ha llevado hasta allí. Al moverla, el casco ha resonado, y esto le recuerda que se olvidó el fusil. «Está en el armario de Paul —piensa—. Tras el abrigo.» Se pone a reír.

—Bien, muchacho —dice el rubio—. Olvida tus penas y echemos una partidita.

Se han puesto cómodos. Están sentados ante una de las portezuelas cuyo pomo han asegurado por dentro mediante un alambre. Y además, han apilado los equipajes ante ella. El mal afeitado, que lleva uniforme azul, saca del bolsillo unos alicates y un rollo de alambre y se pone a asegurar todavía más el cierre de la puerta.

—Ahora está bien, compañero —le dice el rubio—. Los vamos a jorobar hasta Przemysl. ¿Vas a Przemysl? —añade, mientras el otro hace una señal de asentimiento.

Andreas se da cuenta de que los dos están borrachos. El mal afeitado lleva en su equipaje unas botellas que hace circular continuamente. Primero juegan al siete y medio.

El tren traquetea mientras la claridad diurna va aumentando. De vez en cuando se para en alguna estación y se oyen expresiones sonoras. Otras veces reina el silencio. El vagón tan pronto está lleno como vacío; lleno y vacío, mientras los tres jugadores siguen sentados en su rincón.

En algunas paradas la portezuela es sacudida con fuerza desde el exterior, y se oyen interjecciones. Los tres se ríen, siguen jugando y tiran las botellas vacías por la ventanilla. Andreas no se concentra en la partida. Los juegos de azar son tan sencillos que no hace falta poner demasiada atención y se puede pensar en otra cosa.

«Paul estará levantado. Probablemente ha dormido poco por culpa de alguna alarma. Todo lo más habrá descansado un par de horas. A las cuatro estaba en su casa. Ahora son casi las diez. Supongamos que durmió hasta las ocho, luego se lavó, dijo misa y rogó por mí, pidiendo que recobre la alegría de vivir, esa alegría a la que ya he renunciado para siempre.»

—Paso —dice.

¡Es formidable! Uno dice simplemente «paso» y en seguida puede seguir reflexionando.

«Luego ha vuelto a casa; se ha fumado unos troncos de tabaco en pipa, ha comido unos bocadillos de emergencia y se ha marchado a pasear a cualquier sitio. Quizás a visitar a una muchacha que está esperando un bebé habido con un soldado; o a ver a una madre; o al mercado negro para comprarse un par de cigarrillos.»

—Siete y medio —dice.

Ha vuelto a ganar. Los billetes forman un grueso fajo en su bolsillo.

—¡Vaya potra que tienes! —le dice el mal afeitado—. ¡Bebamos, muchachos!

Vuelve a ofrecer la botella; está sudoroso y su cara, bajo una máscara de tosca

jovialidad, se muestra triste y pensativa. Baraja los naipes. «Es mejor que no tenga que hacerlo yo —piensa Andreas—. Porque así no he de pensar en nada más que en Paul, pálido y fatigado, paseando por las ruinas y rezando. Me he enfadado con él y uno no debe enfadarse con nadie, ni con un sargento...»

—¡Carta! —pide—. Siete y medio.

Ha vuelto a ganar. Los demás ríen. No les interesa el dinero. Tan sólo quieren matar el tiempo. ¡Qué cosa más terrible y difícil matar el tiempo! Enterrar sin descanso en las tinieblas esos segundos que giran veloces al compás de las agujas de un reloj, más allá del horizonte, y que seguirán girando inexorablemente para siempre jamás.

—Nordhausen —anuncia una voz.

—Estación de Nordhausen —repite Andreas, barajando los naipes.

—Tren de permisionarios con dirección a Przemysl, por... —Y luego:

—¡Pasajeros al tren! Cierren las portezuelas...

Todo perfectamente normal. Reparte lentamente las cartas. Vuelven a ser las once. Otro trago de aguardiente. El aguardiente es bueno. Dice al mal afeitado unas frases de alabanza respecto a su aguardiente. El tren se ha vuelto a llenar. Tienen que apretarse un poco más. Algunos pasajeros observan el desarrollo de la partida. La situación se ha vuelto incómoda, y les molestan las conversaciones que se escuchan a su alrededor.

—Paso —dice.

El rubio y el mal afeitado discuten jovialmente, aludiendo a la banca. Saben que están fingiendo, pero les divierte y tratan de fingir aún mejor.

—Prácticamente ya tenemos ganada la guerra —dice tras de ellos una voz con acento del norte.

—¡Hum...! —murmura otro.

—¡Como si el Führer pudiera perderla! —exclama una tercera voz—. Decir «ganaremos la guerra» no tiene sentido. ¿Acaso podríamos salir derrotados? Cuando nosotros empezamos una guerra es para vencer.

—Crimea está cercada —dice un cuarto pasajero—. Los rusos la han cerrado por Perekop.

—Yo voy precisamente a Crimea —añade una voz tímida.

—No hay nada como los «Junkers» —dice el que está seguro de ganar todas las guerras—. Los «Junkers» son formidables...

—Los *tommies* están asustados.

El silencio de los que callan resulta impresionante. Es el silencio de quienes saben que la guerra se ha perdido.

El rubio baraja y el mal afeitado apuesta cincuenta marcos.

Andreas tiene siete y medio.

—Pongo cien —dice riendo.

—Voy —acepta el sin afeitar.

—Veinte más.

—Bien —dice el otro.

Naturalmente, el mal afeitado pierde.

—Doscientos cuarenta marcos —dice una voz tras ellos. Se adivina que el que ha hablado sacude la cabeza. El silencio ha durado un minuto mientras se desarrolló la pugna. Ahora las conversaciones se reaniman.

—¡Venga! ¡A beber! —exclama el mal afeitado.

—¿Qué han hecho en esa puerta?

—¿Qué puerta?

—Los muy cerdos la han bloqueado por dentro. ¡Vaya unos camaradas!

—¡Cierra el pico!

Una estación sin voz. Dios bendiga las estaciones silenciosas. Se sigue escuchando el murmullo de los espectadores. Los jugadores se han olvidado de la puerta y de los doscientos cuarenta marcos. Andreas siente que se va emborrachando poco a poco.

—¿Por qué no lo dejamos? —propone—. Quisiera comer algo.

—¡No! —repite el otro.

Continúan jugando.

—Esta guerra la ganaríamos sólo con la «Mg 42». Nadie puede contra esa ametralladora...

—El Führer dará cuenta de ellos bien pronto.

Pero el silencio de los que nada dicen resulta aterrador. Es el silencio de quienes saben que todo está perdido.

El tren se ha llenado de tal modo que los jugadores apenas pueden manejar las cartas. Los tres están borrachos, pero conservan la cabeza clara. El vagón se vacía otra vez. Las voces son más fuertes, tanto las del altavoz como las demás. Van pasando estaciones. Es mediodía. Comen, siguen jugando, beben. El aguardiente es muy bueno.

—Francés —explica el mal afeitado.

Su aspecto es más mugriento que nunca. Bajo la barba negra, su piel está lívida. Tiene los párpados enrojecidos. No gana casi nunca, pero parece poseer mucho dinero. Ahora es el rubio el que está ganando a placer. Juegan al treinta y cuarenta. El tren ha vuelto a vaciarse. Luego empiezan un tute. De pronto, el mal afeitado deja caer los naipes, se desploma hacia delante y se pone a roncar con gran fuerza. El rubio lo levanta y lo apoya de modo que pueda descansar cómodamente. Le tapan los pies, y Andreas le pone en el bolsillo los marcos que le ha ganado poco antes.

¡Qué amablemente se porta el rubio con el mal afeitado! Nadie lo hubiera imaginado de un sujeto tan indiferente.

«¿Qué estará haciendo ahora Paul?»

Se ponen en pie y se desprecizan. Se sacuden las migas y las cenizas que tienen en el pantalón y tiran por la ventana la última botella vacía.

El tren atraviesa una tierra despoblada. A izquierda y derecha pueden verse bonitos jardines y colinas suaves bajo nubes sonrientes. Es una tarde de otoño. «Pronto, muy pronto voy a morir. Entre Lemberg y Czernowitz.» Mientras jugaba a cartas ha intentado rezar; pero la idea de morir sigue fija en su cerebro. Pretendió formar frases relativas al futuro, pero carecieron de fuerza. Trató una vez más de entender el momento presente, pero todo se disolvió como el humo. No obstante, con sólo pronunciar la palabra «Przemysl» las cosas vuelven a su lugar. ¡Lemberg! El corazón se le ha parado un instante. Czernowitz. Nada. Sucederá en un lugar intermedio. Le es imposible apreciar la situación con claridad. No puede conservar grabado en el cerebro el trazado de la zona.

—¿Tienes un mapa? —pregunta al rubio, que está mirando por la ventanilla.

—No —responde el otro con amabilidad—. Pero ése tiene uno —añade, señalando al mal afeitado—. ¡Que mal duerme! Parece como si un peso le oprimiera el corazón. Creo que algo lo preocupa terriblemente. Digo yo...

Andreas mira hacia el exterior, en silencio, por encima de la espalda del rubio.

—Radebeul —exclama una voz sonora, con acento sajón; una voz fuerte y clara; una voz alemana que parece ordenar: «Que los diez mil primeros tengan la bondad de dirigirse al matadero».

Fuera, el tiempo es precioso, casi de verano. Hace un día fulgurante de septiembre. «Pronto moriré. No volveré a ver ese árbol castaño rojizo ante la casa verde. Ni a esa muchachita vestida de amarillo, con el pelo negro, que lleva su bicicleta de la mano. Ni nada de cuanto ahora pasa ante mis ojos.»

El rubio también se ha dormido, dejándose caer contra el mal afeitado. Los dos están hundidos en el sueño, apoyados el uno contra el otro, roncando, el primero, fuerte y sonorante, su compañero con mayor suavidad, cual si silbara. El pasillo está vacío, excepto cuando alguien se dirige al lavabo. A veces, se oye decir: «¡Eh tú! Aquí tenemos sitio». Se está mejor allí porque reina una soledad completa. Y aún más desde que los dos duermen. Ha sido una excelente idea la de bloquear el pomo de la puerta con un alambre.

«Todo cuanto el tren va dejando atrás, lo dejo yo también —piensa—. Jamás volveré a ver ese trozo de cielo con nubecillas de un gris azulado; ni esa mosca posada en el marco de la ventana y que ahora vuela en dirección a Radebeul. Se quedará bajo el cielo y no me acompañará hasta el paraje intermedio entre Lemberg y Czernowitz. La mosca se ha ido a Radebeul; tal vez se meta en una cocina que apeste a patatas hervidas y a vinagre malo. Acaso preparen en ella una ensalada de patatas para algún soldado a quien hayan sido concedidas tres semanas de tortura bajo el pretendido goce de un permiso... Para mí, todo acabó, la vía tuerce aquí bruscamente y nos vamos acercando a Dresde.»

En Dresde la estación está llena, y son muchos los que bajan del tren. Frente a la portezuela se ve un nutrido pelotón de soldados, al mando de un teniente joven y robusto, de faz sonrosada. Los muchachos llevan uniformes nuevos, y también el

teniente luce su flamante atavío de candidato a la muerte. Las medallas que ostenta en el pecho son asimismo tan nuevas como figuritas de plomo recién sacadas de su estuche. Su aspecto tiene algo de falso. El teniente tira del pomo y grita a Andreas:

—¡Abra la puerta!

—¡No se puede! —contesta Andreas en el mismo tono—. ¡No funciona!

—¡A mí no me grite! ¡Abra en seguida!

Andreas cierra el pico y se queda mirando al teniente, con expresión sombría. «Voy a morir dentro de poco y ese hombre me regaña.» Sigue con la mirada fija en el vacío, más allá del teniente. Los soldados ríen a espaldas de su jefe y en sus rostros no hay ningún rastro de frescor. Están grises, ajados, macilentos. Sólo sus uniformes son nuevos. Incluso sus condecoraciones tienen un aspecto de abandono. El oficial es el único que exhibe un aire impecable, de la cabeza a los pies, incluso en la cara. Sus mejillas han cobrado un tinte rojo más profundo, y sus pupilas azules parecen haber enrojecido también. Se expresa con voz tranquila; terriblemente tranquila, tan acerdadamente suave que Andreas no puede reprimir la risa.

—¿Vas a abrir de una vez? ¿Sí o no? —La cólera centellea incluso en sus botones de metal—. ¡Por lo menos, míreme a la cara! —vocifera.

Pero Andreas no lo mira. «Voy a morir muy pronto —piensa— y no veré más a ninguno de éstos.» Tampoco volverá a percibir el olor a polvo y humo que flota en la estación, y que entra por la ventanilla mezclado al del uniforme nuevo del teniente hecho con lana artificial.

—¡Lo arrestaré! —lo amenaza el teniente—. ¡Lo entregaré a la policía militar!

Es una suerte que el rubio se haya despertado. Se asoma a la ventanilla con cara de sueño, adopta una actitud sumamente correcta y dice al oficial:

—Siento comunicarle, mi teniente, que esa cerradura ha sido bloqueada desde el exterior por tener un funcionamiento defectuoso y con el fin de evitar accidentes.

Ha pronunciado tales palabras en tono reglamentario, rápido y circunspecto, con la misma afable precisión con que un reloj da las doce. El teniente lanza un bufido colérico.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —pregunta a Andreas.

—Siento comunicarle, mi teniente, que aquí el camarada es sordo —responde el rubio—. Sordo como una tapia. Herida en el cráneo.

Los soldados se echan a reír, tras el teniente, y éste se pone rojo de cólera. Da media vuelta y empieza a buscar por otro sitio. El pelotón le sigue.

—¡Será cerdo! —exclama el rubio, mirando cómo se aleja.

«Podría quedarme aquí —piensa Andreas mientras contempla el hormiguero de la estación—. Bajar del tren e irme a cualquier parte; a un lugar lejano, hasta que dieran conmigo y me pusieran ante el paredón. Así no moriría entre Lemberg y Czernowitz, sino en algún agujero de Sajonia o en un campo de concentración. Pero me quedaré ante esta ventanilla como un muñeco de plomo. No me puedo mover; estoy petrificado; este tren me pertenece; forma parte de mí hasta que llegue a mi destino.

Lo más curioso es que no siento ningún deseo de apearme ni de irme a pasear por la orilla del Elba bajo esos deliciosos árboles. Anhele llegar a Polonia: deseo terriblemente contemplar su horizonte, como el amante ansioso de encontrar a su amada. ¡Ojalá el tren reanude su marcha cuanto antes! ¿Por qué permanecemos parados tanto tiempo? ¿Por qué no salimos de una vez de esta maldita Sajonia? ¿Por qué sigue callado el altavoz? Me corroe la impaciencia. No tengo miedo a nada, y eso es lo raro, que no sienta temor, sino tan sólo una curiosidad enorme y una gran agitación. No quisiera morir. He de seguir viviendo. En teoría la vida es bella, deliciosa. ¡Qué extraño no sentir deseos de quedarme, aunque pudiera hacerlo fácilmente! No tengo más que seguir el pasillo, tirar en cualquier sitio esa ridícula mochila e irme a pasear bajo los árboles otoñales. Pero me quedaré aquí como un imbécil: seguiré en el tren, deseando llegar a la sombría Polonia y a ese paraje desconocido entre Lemberg y Czernowitz donde voy a morir.»

Poco después de Dresde el mal afeitado se despierta. Tiene la tez pálida bajo el pelo de la barba y su expresión es todavía más macilenta que antes. Abre en silencio una lata de carne en conserva y empieza a comer, sacando pedacitos con el tenedor. Luego toma una rebanada de pan. Tiene las manos sucias y, de vez en cuando, deja caer al suelo, donde más tarde dormirá, fragmentos de carne que se mezclan con las colillas y con esa suciedad impersonal que parece acumularse de manera natural allí donde hay soldados. El rubio también se ha puesto a comer. Andreas mira por la ventanilla; pero no ve nada. Fuera reina la claridad, y el sol luce suavemente, pero no lo ve. Sus pensamientos vagan imprecisos mientras contempla el dulce y bonito paisaje de las huertas, alrededor de Dresde. Espera impaciente a que el mal afeitado haya terminado de comer para pedirle el mapa. No tiene idea de cómo es el país entre Lemberg y Czernowitz. En cambio puede imaginar muy bien Nikopol, Lemberg y Przemysl... Odessa y Nikolaiev... e incluso Kertsch. Czernowitz es solo un nombre. Piensa en los judíos, en las cebollas y en las calles sucias con sus casas de tejado plano. Y en otras calles más amplias, con restos de aquellos palacios donde se administraba a la vieja Austria; en las fachadas llenas de grietas de la monarquía imperial, en medio de jardines abandonados, que quizá sean ahora hospitales o centros de clasificación de heridos; y en los amenos y melancólicos paseos de las zonas del Este, con sus árboles de tronco grueso y corto, dispuestos de modo que sus copas no abrumen los tejados planos

Pero, en cambio, no puede imaginar cómo es el espacio que se extiende entre Czernowitz y Lemberg. Debe tratarse de la Galitzia. Lemberg es capital de la Galitzia. También existe la Volinia. Nombres oscuros y sombríos que huelen a progrom y a territorios inmensos, impregnados de horrible tristeza, donde mujeres melancólicas sueñan en engañar a sus maridos porque éstos, con sus cuellos rechonchos, se les han vuelto odiosos.

Galitzia, palabra oscura y aborrecible, pero a pesar de todo, bella, con algo de hoja afilada que va cortando lentamente... Galitzia...

Lemberg es bonito. Puede imaginarlo con facilidad. Pertenece a ese estilo de ciudades hermosas y umbrías, sin traza alguna de frivolidad, con un pasado trágico, y calles tranquilas y amenazadoras.

El mal afeitado tira por la ventana la lata vacía, vuelve a guardar el pan que ha mordido con indiferencia, y se pone a fumar. Tiene la cara triste, muy triste, como si la amargara algún remordimiento, o si se avergonzara de haber jugado tanto y haber bebido de aquel modo. Se reclina en la ventanilla, junto a Andreas, y éste comprende que siente verdaderos deseos de hablar con él.

—Fíjate en esa fábrica —dice—. Es de sillas.

—Sí —responde Andreas, sin ver nada. Sólo le preocupa conseguir el mapa. Haciendo un esfuerzo añade—: ¿Puedes prestarme el mapa?

—¿Qué mapa?

Andreas siente un miedo horrible y nota que se ha puesto pálido. ¿Será posible que el otro no lleve ningún mapa?

—El... el de este país —farfulla.

—¡Ah! —exclama el sin afeitar. Y agachándose, se pone a buscar en su mochila, saca el mapa y se lo entrega plegado.

Lo peor de todo sería que su compañero se inclinara también sobre él. Al olfato de Andreas llega un olor a carne en conserva al que se añade el del aguardiente, pasado y agrio, y el del sudor y la inmundicia. El nerviosismo le impide ver nada. Percibe luego el dedo del mal afeitado, un dedo gordo, sucio y rojo, pero lleno de vigor.

—Ahí es donde yo voy —le dice.

Andreas lee el nombre: Kolomea. Mirando con más atención, descubre que Lemberg no está muy lejos de Kolomea. Vuelve hacia atrás... Stanislau... Lemberg... Lemberg... Stanislau, Kolomea, Czernowitz. «¡Qué raro!» —piensa. Stanislau, Kolomea, los nombres no le despiertan ningún eco concreto. La voz que siente en su interior, siempre alerta y sensible, oscila como una brújula que no pudiera estarse quieta. «Kolomea. ¿Llegaré hasta allí? No estoy seguro...» Una extraña vacilación de la aguja, que no deja de agitarse... «¿Stanislau? Lo mismo. ¿Nikopol? Nada.»

—Mi unidad está allí —aclara el mal afeitado—. Es un taller de reparaciones. Tengo suerte.

Lo ha dicho como si afirmara que las cosas no le van muy bien.

«¡Qué raro! —piensa Andreas—. Hubiera creído que en esta región existía una llanura; una mancha verde con puntitos negros. Pero el mapa tiene un color amarillento... Los contrafuertes de los Cárpatos» —se dice de improviso. Y ve de nuevo la escuela a que asistió. La escuela con sus pasillos, su busto de Cicerón y su patio estrecho, entre viviendas parecidas a cuarteles. En verano, las mujeres salían a la ventana en sostenes, y había un tenderete junto a la portería, donde vendían coco. Evoca el enorme y seco granero donde, a la hora del recreo, se iban a fumar un

cigarrillo a toda prisa. Los contrafuertes de los Cárpatos...

El dedo del mal afeitado se desliza un poco más hacia el Sudeste.

—Kherson —dice—. Llegamos hasta aquí, pero luego hemos retrocedido hacia Lemberg o hacia los Cárpatos de Hungría. También en Nikopol se está hundiendo el frente. ¿Has oído las últimas noticias? Se combate metido en el barro. Una retirada en medio del barro. Es para volverse loco. Los vehículos se atascan, y si por desgracia algunos se aglomeran, los demás están perdidos. No se puede ir ni hacia delante ni hacia atrás. Hay que volarlo todo... Sí, volarlo todo mientras la gente sigue marchando a pie... hasta los generales... o al menos así debería ser. Claro que lo más probable es que les pongan un avión... pero tendrían que andar como la estúpida infantería del Führer.

—Desde luego —dijo Andreas, que no había comprendido una palabra.

Su mirada estaba fija en el mapa, y examinaba casi con ternura la zona amarillenta donde en vez de puntitos negros sólo había uno, muy grande, que correspondía a Lemberg, y otro más pequeño, Czernowitz, y otros dos todavía menores: Kolomea y Stanislau.

—Regálame este mapa —dijo con voz suplicante—. Regálamelo —repitió sin mirar al soldado.

No podía separarse del mapa y temblaba ante la posibilidad de que su dueño se negara a cederlo. Porque hay personas que sólo dan valor a una cosa cuando observan que otro la desea. Incluso objetos que un instante después tirarán en cualquier sitio, cobran de improviso una importancia extraordinaria, un valor sin límites porque alguien ha expresado mucho interés en los mismos.

Hay mucha gente así, pero el mal afeitado no pertenece a dicha clase.

—Desde luego —contesta sorprendido—. ¡Pero si no vale más que veinte *pfennigs*! Y además está roto. Y tú... ¿adonde vas?

—A Nikopol —explica Andreas, sintiendo una vez más el vacío inmenso que esa palabra expresa. En realidad, es como si mintiera al mal afeitado, a quien no se atreve a mirar.

—Cuando llegues, los nuestros ya no estarán en Nikopol. Quizás en Kischinew... No más adelante.

—¿Estás seguro? —pregunta Andreas a quien la palabra Kischinew tampoco dice nada.

—Desde luego. O en Kolomea —el mal afeitado se ríe—. ¿Cuánto tardarás en llegar? Veamos. Mañana temprano en Breslau. Por la tarde en Przemysl. Y el jueves o el viernes por la noche algo más allá. En seguida Lemberg. El sábado por la noche yo llegaré a Kolomea. A ti te faltan cuatro o cinco días o acaso una semana, y eso si te espabilas. Pero dentro de una semana, ya no estaremos en Nikopol; se habrá acabado Nikopol para nosotros.

«El sábado» —piensa Andreas. Y dicha palabra le da una sensación de seguridad y plenitud. «El sábado viviré todavía.» Hasta entonces no se había atrevido a mirar

las cosas tan de cerca. Se da cuenta de por qué su corazón callaba al calcular meses y años. Era un salto demasiado grande; salto más allá de la meta; un disparo al vacío que no despertaba eco alguno; una tierra de nadie que había dejado de existir para él. Pero ahora todo está más cercano; el final se encuentra terriblemente próximo. «El sábado» —se repite, con una vibración interna exquisitamente dolorosa y fuerte. «El sábado aún viviré. Todo el día. Faltan sólo tres. Por la noche, el mal afeitado estará en Kolomea; y el mismo día yo tendré que haber llegado a Czernowitz. Pero no será en Czernowitz, sino entre Lemberg y Czernowitz, ni tampoco el sábado. ¡El domingo!» —exclama de improviso para sí. Mas no le causa ninguna sensación, sino tan sólo cierta triste y ondulante dulzura. «Moriré el domingo por la mañana, entre Lemberg y Czernowitz...

Ahora puede mirar cara a cara al mal afeitado. Le sorprende su palidez de yeso bajo la sombra del pelo. Sus ojos expresan temor. «Sin embargo —piensa Andreas— este hombre no va al frente, sino tan sólo a un taller. ¿Por qué, pues, tanto miedo? ¿Por qué tanta tristeza?» Sin duda hay algo más en su actitud que una simple resaca de beodo. Mira otra vez al mal afeitado, y se asusta al ver su desesperación. No se trata de un aire de temor o de vacío, sino de algo mucho más absorbente que le deja entrever por qué su compañero bebe y bebe sin cesar, como si quisiera colmar un abismo abierto ante él...

—Lo más gracioso —dice de pronto el mal afeitado con voz ronca—, lo más gracioso es que aún me dura el permiso. No tenía que volver hasta el próximo miércoles... Toda una semana. Pero me he largado. Mi mujer, eso... mi mujer. —La voz se le estrangula al evocar algo terrible, algo que le provoca una mezcla de sollozo y de cólera—. Mi mujer —continúa— me ha engañado con otro. Sí, sí, compañero —se echa a reír súbitamente—. Me ha engañado con otro. Es curioso; le zarandean a uno de acá para allá por toda Europa; besa a una francesa aquí, a una rumana allá, y corteja a las rusas en Kiev, y al marchar de permiso se detiene en algún lugar de Varsovia o de Cracovia y no puede resistir a las bellísimas polacas. No parecía posible, pero... pero... —Una vez más le ahoga una mezcla monstruosa de sollozo y de cólera, que absorbe su ser como un trozo de estopa—. Llega uno a casa, sin haber avisado, claro, después de quince meses, y se encuentra a un fulano en su propia cama; un fulano, sí, un ruso; un ruso en la cama de uno; el gramófono toca un tango, y la señora, en pijama encarnado, de pie ante la mesa, prepara unas bebidas... Eso fue exactamente lo que vi. Y yo enviándole aguardiente y licores de Francia, de Hungría y de Rusia. El individuo se tragó el cigarrillo, del susto, y mi mujer empezó a chillar como una bestia... Te lo digo de verdad... como una bestia. —Un estremecimiento de horror le sacude las macizas espaldas—. Como una bestia, te lo aseguro. Eso es todo lo que te puedo contar.

Asustado, Andreas mira por el rabillo del ojo. Pero el rubio no ha oído nada. Sigue sentado muy tranquilo, sacando mermelada roja de un pulcro tarro de cristal y extendiéndola sobre una rebanada de pan blanco. Lo hace todo con calma,

limpiamente, y se empieza a comer el bocadillo con el aire de un empleado de oficina, o mejor todavía, de un jefe. A lo mejor, lo es. El mal afeitado se calla, estremecido. Nadie ha oído sus palabras. El tren se las ha llevado... vuelan arrebatadas por el aire... tal vez regresen a Dresde o a Radebeul... donde estaba parada aquella mosca, y donde una jovencita con vestido amarillo, se apoya todavía en su bicicleta... todavía... todavía.

—Por eso me largué —continúa el mal afeitado, hablando con una rapidez casi metódica, cual si tuviera prisa en llegar al final del ovillo que ha empezado a deshacer—. Me largué, simplemente. A la ida me había puesto el pantalón azul de trabajo para tener bien plegado el negro de tanquista, que por cierto era nuevo, y lo quería lucir durante el permiso. Me alegraba mucho volver a casa... me sentía loco de felicidad... y no sólo por... no sólo por... eso. No, no.

Y añade gritando...: —¡Es por otra cosa, por lo que uno se alegra! ¡Es por volver a casa y estar con la mujer, compañero! Lo que hagas con otra no cuenta. Al cabo de una hora te has olvidado... Sin embargo, cuando menos lo esperas, te encuentras con un ruso, un fulano, alto y fornido. Lo vi perfectamente, descansando y fumando... como nosotros nunca lograríamos. Supe que era ruso por la forma de su nariz. «Tendría que rezar un poco —piensa Andreas—. No he vuelto a rezar desde que salí de casa.» El mal afeitado se ha vuelto a callar y contempla el suave paisaje sobre el que pende todavía un sol que esparce su resplandor dorado. El rubio sigue igual, bebiendo café de una botella y comiendo una rebanada de pan con mantequilla, que saca de una cajita completamente nueva. Come con pulcritud, con método. «Tengo que rezar más» —se repite Andreas; pero cuando va a empezar, el mal afeitado continúa:

—Me largué, compañero. Tomé el primer tren y me marché con todo: la bebida, la carne y el dinero. Iba bien forrado; llevaba muchas cosas para ella. Más bultos que un mozo de cuerda. Si al menos me quedara aguardiente... un poco de aguardiente... Daría cualquier cosa por una botella. Tengo que atontarme, por aquí andan muy atrasados. No saben lo que es el mercado negro...

—Yo tengo aguardiente —le dice Andreas—. ¿Quieres?

—¡Aguardiente... caray... aguardiente!

Andreas se echa a reír.

—Te cambio mi aguardiente por tu mapa. ¿De acuerdo?

El mal afeitado le da un abrazo. De pronto, su cara expresa casi felicidad. Andreas se agacha y saca de su mochila una botella de licor. Por un instante piensa: «Hay que ser prudente. No le daré la otra más que en caso de necesidad o cuando se despierte de la borrachera que va a pillar.» Pero cambiando de opinión, vuelve a buscar en la mochila y saca la segunda botella.

—Toma, pero bebe tú solo. Yo, ahora, no tengo ganas.

«Voy a morir muy pronto —reflexiona—, muy pronto.» Y el «pronto» se le aparece ahora mas claro aún que antes. Ha llegado a tientas hasta él, lo ha examinado

y hasta olido, y está seguro de que morirá la noche del sábado al domingo, entre Lemberg y Czernowitz... en la Galitzia o, precisando más, en la Galitzia oriental, cerca de la Bukovina y de la Volinia, nombres que le suenan a bebidas poco familiares. Bukovina parece un aguardiente de ciruela fuerte, y Volinia viene a ser una cerveza espesa como el cieno, como la que cierto día bebió en Budapest: una verdadera sopa de cerveza.

Se pone a mirar de nuevo por el reflejo del cristal y ve al mal afeitado llevarse el gollete a los labios, y al rubio rechazar la botella cuando el otro se la ofrece. Mira luego al exterior, mas no ve nada... aparte del horizonte polaco que se dibuja en la lejanía, una llanura sin fin; el mismo horizonte embriagador e inmenso que contemplará cuando llegue la hora.

«Es una gran suerte no estar solo —piensa—. Hay cosas que un hombre solo no puede soportar. Le alegra haber aceptado la invitación para jugar a cartas porque así ha podido conocer a sus dos compañeros. Ha tomado afecto al mal afeitado, y en cuanto al rubio no parece tan decadente como supuso al principio. O a lo mejor, sí lo es; pero al fin y al cabo, se trata de un ser humano, un hombre nunca debe estar solo. Sería terrible permanecer aislado donde hay otras personas, sobre todo si son tan charlatanas como las que están tendidas a su alrededor y que no saben hablar más que de permisos y de heroicidades, de ascensos y de condecoraciones, de comida y de tabaco y sobre todo de mujeres; de las mujeres y más mujeres que según ellos se arrastraron a sus pies...

»Ninguna muchacha llorará mi muerte —piensa—. ¡Qué raro! ¡Y qué triste! ¡Si al menos, en algún sitio, una de ellas se acordara de mí! Aunque se trate de una desgraciada. Porque Dios protege a los desgraciados. La desgracia se alberga en la propia vida, y el dolor es vida. Sería estupendo que una muchacha pensara en mí en algún lugar, y me llorase... La atraería hacia mí... y sus lágrimas nos acercarían, y no tendría que esperar mi regreso. Aunque parezca raro, ninguna de las muchachas que he besado debe acordarse de mí. O mejor dicho, quizás exista una que me recuerde. Por una décima de segundo nuestras miradas se cruzaron. O acaso fuera menos que una décima de segundo; pero nunca he podido olvidar aquellos ojos. Llevo tres años y medio pensando en ella, y nunca la podré olvidar. Una décima de segundo o tal vez menos. No sé siquiera cómo se llama; no sé nada. Sólo me acuerdo de sus ojos, tan dulces, tan claros; unos ojos tristes, color de arena mojada por la lluvia; ojos desdichados, de expresión animal y a la vez muy humana. Ojos que nunca, nunca, podré olvidar. Hace tres años y medio y no sé cómo se llama ni dónde vive. ¡Tres años y medio! No recuerdo si era alta o baja. No vi sus manos. ¡Si al menos las hubiera visto! Tan sólo vi su cara, y aún sombríamente. Un pelo oscuro, acaso negro, un rostro largo y flaco, sin belleza ni ternura. Pero... ¡aquellos ojos! Eran casi oblicuos, color de arena, y expresaban profunda desdicha. Me pertenecían a mí y a nadie más. La muchacha me miró, sonrió una décima de segundo y... Estábamos en un cercado. Más allá había una casa. Apoyaba los codos en la cerca, y sobre ellos

destacaban su rostro y sus ojos. Era en un pueblecito francés, cerca de Amiens, bajo un resplandeciente cielo de verano, que el calor tornaba casi gris. Tenía ante mí una calle franqueada por árboles pequeños, y había un muro a la derecha. Tras de nosotros, Amiens hervía como una caldera. El humo pendía sobre la ciudad. Y la humareda polvorienta del combate se elevaba en el aire como una nube de tormenta. Por la izquierda pasaban motocicletas conduciendo oficiales histéricos, algunos carros blindados marcaban sus anchas huellas en el suelo y nos llenaban de polvo. Y en algún lugar frente a nosotros tronaban los cañones. De pronto sentí vértigo, y la calle que escalaba la colina empezó a girar ante mis ojos. El muro que trepaba como un loco cuesta arriba, se derrumbó súbitamente, y yo fui proyectado por los aires hacia un lado, como si mi vida y la del muro marcharan al unísono. El mundo entero se estremeció y no vi nada más, excepto un avión que se venía al suelo; pero no de arriba abajo: no del cielo a la tierra, sino de la tierra al cielo. La tierra era ahora el cielo y yo me hallaba tendido sobre su curva azul-gris, implacable y ardiente. Luego alguien me echó un poco de coñac sobre la cara y empezó a darme fricciones; tragué algo de líquido, y al abrir los ojos pude ver el muro sobre mí, aquel muro de ladrillos en el que ahora se abría un agujero. Y sobre el muro seguían posados dos codos puntiagudos, entre los cuales, por una décima de segundo, volví a ver aquellos ojos. Entonces el teniente se puso a gritar: “¡Venga! ¡Vamos! ¡Póngase en pie!” Y alguien me cogió por el cuello y me volvió al camino; y éste me absorbió y una vez más continué marchando con la columna, sin darme tiempo para mirar atrás.

»Fui demasiado exigente al haber querido contemplar la frente a que pertenecían aquellos ojos, y la boca y el pecho y las manos. Fue mucho pedir haber deseado conocer el corazón que latía en aquel cuerpo, acaso un corazón de mujer joven. Y besar la boca que acompañaba a aquellos ojos, antes de ser empujado hacia el pueblo siguiente, donde creí que me arrancaban una pierna. Era en verano, y mieses doradas cubrían los campos, con sus tallos delgados, ennegrecidos y devorados por el calor. Nada me causaba más pavor que la idea de morir como un héroe en pleno campo; me recordaba una poesía, y no quería morir como en una poesía, como un ser modélico que hiciera propaganda de aquella puerca guerra... Sin embargo, todo ocurría como en un poema patriótico; estaba herido en medio de las espigas, desangrándome y gritando, tal vez a punto de morir a cinco minutos de distancia de aquellos ojos...

»Había sufrido sólo una fractura, pero me convertía en un héroe de la campaña de Francia, caído junto a Amiens, no muy lejos de aquel muro que trepaba como un loco por la cuesta, a cinco minutos de un rostro del que sólo vi los ojos.

»Durante una décima de segundo tuve ante mí a la mujer amada. O acaso fuera sólo un fantasma. Y ahora debo morir entre Lemberg y Czernowitz ante el inmenso horizonte polaco.

»Había prometido a aquellos ojos rezar por ellos cada día, cada día, pero el de hoy toca a su fin. Está ya en el crepúsculo. Ayer, entre dos partidas de naipes, pensé un momento en aquella cuyo nombre no conozco y cuya boca no besé...»

Lo más sorprendente es que, de pronto, Andreas siente hambre. Es jueves por la tarde, él morirá el domingo, y sin embargo tiene hambre: un hambre que le produce dolor de cabeza y un desfallecimiento general. En el pasillo reina el silencio: ya no viajan apretados. Se ha sentado junto a su compañero, luego de que éste le hace sitio amablemente y los tres guardan silencio. Incluso el rubio, que se ha llevado una armónica a los labios, pero al revés. Es una armónica pequeña que deja deslizar y por la expresión de su cara se nota que está imaginando una melodía. El mal afeitado bebe, bebe sistemáticamente y en silencio, a intervalos regulares, y los ojos se le empiezan a poner brillantes. Andreas se come su última ración de emergencia. Los bocadillos se han vuelto un poco duros, pero tiene tanta hambre que no se da cuenta. Incluso le parecen sabrosos. Se come seis, y luego pide café al rubio. Los bocadillos son deliciosos; saben a gloria, y cuando les ha dado fin, siente un estremecimiento de placer y un buen humor extraordinario. Es una suerte que sus compañeros callen. El traqueteo regular del tren, que los otros también sienten, invita a dormir. «Voy a rezar —se dice—. Diré todas las oraciones que conozco y algunas más.» Empieza por el Credo, y dice luego el Padrenuestro, el Avemaría y el *De Profundis... ut pupillam oculi...* que el Espíritu Santo descienda sobre mí; otra vez el Credo, tan admirablemente completo; continúa con las preces del Viernes Santo, de tan amplio contenido que engloban hasta a los incrédulos judíos. Aquello le hace pensar en Czernowitz y ruega especialmente por los judíos de allí y por los de Lemberg... Seguramente los habrá también en Stanislau y en Kolomea... Otro Padrenuestro y a continuación una plegaria suya particular. Es muy agradable rezar junto a sus dos compañeros silenciosos, uno de los cuales toca su armónica por el lado que no suena, mientras el otro traga aguardiente sin parar... Fuera ya ha oscurecido. Andreas sigue rezando largamente, con más devoción que nunca. Ruega también por el mal afeitado y por el rubio, y por el que el día anterior decía; «Prácticamente tenemos ganada la guerra». Por este último muy especialmente.

—Breslau —dice de pronto el mal afeitado. Y su voz suena extrañamente pesada. En su rostro se dibuja una sonrisa casi metálica, como si empezase a estar embriagado. «Breslau; pronto llegaremos a Breslau...»

Andreas se recita a sí mismo una poesía: «Había un fundidor de campanas en Breslau...» Le parece magnífica y le duele no sabérsela de memoria. «No, no me moriré tan pronto —piensa—. Me moriré el domingo por la mañana o durante la noche, entre Lemberg y Czernowitz, ante el amplio horizonte polaco.»

Después se recita el poema *Archibald Douglas*, pensando en los ojos de triste expresión, y se duerme con una sonrisa en los labios...

Su despertar es siempre espantoso. La última noche alguien le pisó los dedos. Y esta vez sueña algo horrible: está sentado en una llanura húmeda y fría, y no tiene piernas; ni el menor resto de ellas; está sentado sobre los muñones de sus muslos; el cielo es negro y pesado, y va descendiendo lentamente sobre la planicie, acercándose cada vez más, descendiendo lentamente; pero él no puede huir, ni tampoco gritar,

porque gritar no va a servirle de nada. La inutilidad lo paraliza. ¿Cómo pensar que haya allí alguien capaz de oír sus gritos? Mas a pesar de todo, piensa que no puede dejarse aplastar por este cielo que le amenaza. Ni siquiera sabe si la llanura está cubierta de hierba húmeda o si tan sólo es tierra o acaso fango puro... No se puede mover, y tampoco se le ocurre desplazarse con ayuda de las manos. Salta como un pájaro herido, porque ¿adonde se va a dirigir? El horizonte es infinito; en ninguno de sus lados tiene fin, y el cielo sigue bajando. De pronto, una cosa fría y húmeda le cae en la cabeza, y por una millonésima de segundo piensa que ese cielo negro que lo amenaza es sólo lluvia, y que de pronto va a abrirse. Eso es lo que piensa en aquella millonésima de segundo, y quiere gritar... pero se despierta y ve que el mal afeitado está junto a él con la botella cogida por el gollete, y comprende que una gota de licor es lo que le ha caído, en la frente...

Todo está igual. El domingo por la mañana... Estamos a viernes, aún faltan dos días... Todo sigue igual... El rubio duerme... El mal afeitado bebe tragos prolongados, y hace frío en el vagón. Por debajo de la puerta se filtra una corriente de aire. Sus rezos han cesado, y el recuerdo de los ojos ya no le da una sensación de felicidad dolorosa, sino tan sólo de tristeza y dejadez. Todo está igual, pero con un aspecto diferente; desprovisto de brillo y carente de sentido. Sería muy bello, maravillosamente bello, que aquel «pronto» se borrara, aquel «pronto» ahora tan definido y tan cierto. Mas continúa presente, como si se preparara para el salto definitivo con el que le amenaza desde que ha pronunciado la palabra; mirándole como un segundo rostro. Desde hace dos días lo nota cerca de sí, tan irreparablemente unido a su persona como su alma y su corazón. Por las mañanas aquel «pronto» parece aún más fuerte y más seguro. El domingo temprano...

El mal afeitado también se ha dado cuenta de que Andreas está despierto. Lo ve por encima de él, bebiendo de la botella. A la tenue claridad, resulta espantoso con su figura gruesa, medio inclinada como preparada para dar un salto, la botella en la mano, cogida por el gollete, los ojos brillantes, y el sonido extraño y peligroso que produce el licor.

—¿Dónde estamos? —pregunta Andreas con voz baja y ronca. Tiene mucho miedo, aún hace frío y la oscuridad no ha desaparecido totalmente.

—No muy lejos de Przemysl —dice el mal afeitado—. ¿Quieres beber?

—Sí.

El aguardiente es bueno. Penetra por su interior como un fuego candente. Le hace hervir la sangre, igual que el agua puesta en una cazuela, sobre una llama roja. El aguardiente es bueno; le da calor. Devuelve la botella al mal afeitado.

—Bebe tranquilo —le dice aquél secamente—. Compré más en Cracovia.

—No.

El mal afeitado se sienta a su lado; le alegra saber que alguien no duerme mientras él sigue despierto sin que nadie le preste atención. Todos duermen. En una de las esquinas, el rubio ronca de manera apagada. Y los demás, tanto los silenciosos

como los espantosamente habladores, están todos durmiendo. En el pasillo reina una atmósfera agria y llena de suciedad, de sudor y de bruma.

De repente, le viene a la memoria que ya están en Polonia. El corazón se le detiene durante unos instantes; se queda parado como si una vena se hubiese obstruido y no dejase que la sangre circulara por el cuerpo. «Nunca más volveré a ver Alemania. Se ha acabado para mí. El tren salió de Alemania mientras yo estaba dormido. En un lugar cualquiera existe una línea invisible que atraviesa un campo o acaso una ciudad, y allí está la frontera. El tren pasó sobre ella a sangre fría, y ya no me encontraba en Alemania. Pero nadie me ha despertado para que pudiera verla por última vez; para que pudiera mirar fijamente un trozo en la oscuridad tendida sobre el país. Nadie sabe que nunca más la volveré a ver. Ninguno de los que van en este tren sabe que moriré. Nunca más veré el Rin. El Rin. No. Nunca más. El tren me lleva y arrastra hacia Przemysl. Estamos en Polonia, la desolada Polonia: nunca más volveré a ver el Rin. Ni percibiré el olor amargo y sano del agua y de las algas que se agarran a las piedras, en las orillas del Rin, y siguen allí para siempre. Nunca más pasearé a la orilla del Rin, ni veré los jardines que hay detrás de las villas, ni los barcos llenos de colorido, limpios y alegres, ni los puentes, los puentes maravillosos que, elegantes y severos, trasponen el agua cual delgados ágiles animales.»

—Pásame la botella —dice secamente.

El mal afeitado se la da, y él toma un largo trago de aquel fuego líquido que quema la tristeza del corazón. Después se pone a fumar. Lo que más desea es que el mal afeitado se ponga a hablar... Pero antes quisiera rezar: se siente tan afligido que desearía rezar. Dice las mismas oraciones que por la noche: primero ora por los «ojos» con el fin de no olvidarlos. Aunque siguen junto a él, no siempre los ve con la misma claridad. A veces se esconden durante algunos meses; se hacen tan poco evidentes como sus labios o sus pies, que siempre tiene consigo, pero de los que no se acuerda más que cuando le molestan o le duelen. A veces, en intervalos desiguales de tiempo, los «ojos» reaparecen, como ocurrió ayer, y entonces le producen un dolor lacerante. Ora por los ojos durante la noche, pero hoy no tiene más remedio que hacerlo por la mañana. Vuelve a rezar por los judíos de Czernowitz y por los de Stanislau y de Kolomea. En toda la Galitzia hay judíos... Galitzia; la palabra es como una serpiente de pies invisibles, forma de cuchillo y ojos brillantes que se arrastra suavemente sobre la hierba, cortando la tierra en dos mitades. Galitzia... una palabra oscura, bonita y al mismo tiempo, dolorosa. «Y es en esa tierra donde precisamente voy a morir.»

Hay mucha sangre en dicha palabra; sangre que ha manado por culpa de la herida del cuchillo. «Bukovina —piensa— es una expresión maciza y poderosa. No moriré allí, sino en la Galitzia oriental. En cuanto haya más luz no tendré más remedio que mirar en donde empieza la Bukovina. Porque no la veré. Poco a poco me voy acercando a la meta. Czernowitz está ya en Bukovina. Pero no llegaré a conocerla.»

—¿Kolomea está todavía en Galitzia? —pregunta al mal afeitado.

—No lo sé. Creo que en Polonia.

Cada frontera significa un fin en sí mismo. Una línea y un fin. El tren pasa por encima de un cadáver o de un cuerpo vivo... Y la esperanza se acaba. La esperanza de volver otra vez a Francia y de encontrar aquellos ojos. Y los labios que también pertenecen a ellos. Y el corazón y el pecho. Un pecho femenino formando parte del mismo cuerpo. Aquellos ojos serán, para toda la eternidad, sólo unos ojos; ya nunca más estarán unidos al cuerpo, a los vestidos, al cabello y a las manos de una mujer que algún día te pudieran acariciar. Dicha esperanza nunca ha dejado de existir. Porque quien poseía aquellos ojos era un ser vivo; una muchacha o una mujer pero con sólo ojos; ni labios, ni manos, ni un corazón vivo que se oyera latir bajo una piel suave, junto a la mano. Nunca más... nunca más. Será el domingo por la mañana, entre Lemberg y Kolomea. Czernowitz está lejos, igual que Nikopol y que Kischinew. El «pronto» aún se ha hecho más exiguo, muy exiguo. Otros dos días, Lemberg, Kolomea. Sabe que, a lo más, llegará a Kolomea. Pero nunca pasará de allí. No habrá corazón, ni boca, sólo unos ojos, tan sólo un alma. Un alma bella pero desgraciada, que no tiene cuerpo, apresada entre dos brazos, como una bruja en su estaca antes de ser quemada...

La frontera ha cortado muchas cosas. También Paul, finalmente, ha desaparecido. Solo quedan recuerdos, esperanzas y sueños. Paul le dijo una vez: «Vivimos de esperanza», al igual que se dice: «Vivimos de prestado». No contamos con ninguna seguridad... tan sólo con unos ojos, y no sabemos si las oraciones recitadas en tres años y medio han llegado a llevar esos ojos allí donde nos está permitido esperar alcanzarlos...

Salió del hospital de Amiens cojeando, y subió la colina. Todo era ahora muy distinto. La carretera aparecía completamente normal. La montaña la llevaba sobre sus espaldas. Y el muro no parecía moverse ni caer sino que seguía firme en su lugar. Estaba allí la casa que no pudo reconocer; pero sí la cerca; la cerca de ladrillos, con algunos claros o agujeros formando dibujos. Vio a un francés con su pipa en la boca y una expresión de sorna, muy propia del país, brillándole en los ojos. Pero aquel hombre sólo sabía que todos se habían ido; que habían huido, y que los alemanes saquearon el lugar, no obstante haber un letrero en plena calle en el que se indicaba: «El saqueo está castigado con la pena de muerte». Ni rastro de los ojos. Tan sólo los de la esposa del francés; una matrona gorda, con cara de conejo y la mano metida en el escote del vestido. No había allí ningún niño, ni una hija, ni una hermana, ni una cuñada. Sólo pequeñas habitaciones llenas de trastos, en una atmósfera opresiva. Y las miradas burlonas del matrimonio que le observaba en su busca dolorosa e impotente. Los alemanes han vaciado el armario, y la alfombra está quemada por las colillas, y en el sofá se han acostado con sus rameras. Lo han manchado todo. Escupe con desprecio. Pero todo ello sucedió después de que la lucha hubo acabado; mucho más tarde. No mientras Amiens seguía bajo el fragor de la batalla; después de que el aviador cayese en el trigal donde aún podía verse el armazón del aparato clavado en

tierra. La pipa señala hacia la ventana y hacia el exterior... Sí, allí tiene la proa del avión con su distintivo. Y, al lado mismo, el sol arranca destellos al casco francés de una tumba. Todo es real, todo es pura verdad, como el olor a carne asada que viene de la cocina, y la vitrina rota, y al fondo del valle, la catedral de Amiens, «una obra maestra del gótico francés...»

Ni rastro de ojos; nada...

»—Puede que fuese una ramera —dice el hombre. Y al hablar así siente compasión de él. Resulta extraño que aquel francés pueda sentir compasión de un pobre soldado alemán que pertenece al mismo ejército de quienes le han robado sus cubiertos y sus relojes: que han estado tendidos en su sofá con las rameras y que todo lo han manchado y ensuciado.

Su dolor es tan profundo que lo obliga a detenerse en el umbral mirando el lugar donde cayó desvanecido. Es un dolor tan grande que ni siquiera lo siente.

El hombre menea la cabeza pensando que quizá nunca haya visto unos ojos más tristes que los de aquel soldado que se apoya pesadamente en un bastón.

»—*Peut-être* —dice antes de que Andreas marche—. *Peut-être une folie*, una loca del sanatorio.

Y señala con la mano hacia el muro tras el cual, entre magníficos árboles, se ven edificios con tejado rojo.

»—Es el manicomio —añade—. Por aquellas fechas los locos se escaparon y luego hubo muchas dificultades para reunidos de nuevo.

»—Gracias... gracias. —Sigue su camino, montaña arriba, en dirección al sanatorio. El principio del muro está muy cerca, pero no hay ninguna puerta. Durante mucho rato sigue subiendo hasta que, por fin, logra encontrar la entrada. Se entera entonces de que allí no hay nadie excepto un centinela con el casco de acero; ya no se guardan locos en el lugar: tan sólo heridos y enfermos; se ha instalado un dispensario blenorragico.

»—Un gran dispensario para blenorragicos —dice el centinela—. ¿Acaso tú también lo has cogido?

Andreas mira hacia el campo en el que están los restos del avión, con su distintivo, y el casco que brilla bajo los rayos del sol.

»—Es muy barato —le dice el centinela, que se aburre en su puesto—. Sólo te costará cincuenta *pfennigs*. —Ríe—. Cincuenta *pfennigs* nada más.

»—Sí —dice Andreas.

Y piensa: «Francia tiene cuarenta millones de habitantes. Demasiada gente. Imposible encontrarla. Tengo que esperar... Mirar cada par de ojos con los que me cruce». No siente deseos de andar los tres minutos que necesita para llegar hasta el campo en el que fue herido. Incluso éste es distinto; todo ha cambiado, la carretera y el muro. La carretera se ha olvidado de todo, igual que las personas olvidan, y el muro ha olvidado asimismo que se derrumbó de miedo, arrastrando consigo a Andreas y a los restos del avión. ¿Para qué visitar aquel campo? ¿Para qué andar

todavía tres minutos y volver a pensar con dolor y con odio en la poesía patriótica de la que él mismo, contra su voluntad, fue protagonista? ¿Para qué seguir castigando a sus cansadas piernas?

—Ya estamos muy cerca de Przemysl —dice el mal afeitado.

—Dame otra vez la botella —le pide Andreas. Y bebe un trago.

Aún hace bastante frío, pero el día empieza a clarear y pronto se verá el horizonte polaco. Casas oscuras y una planicie llena de sombras sobre la cual el cielo parece ir a desplomarse porque no cuenta con ningún apoyo.

Puede que estén ya en Galitzia. Quizás esa planicie que empieza a vislumbrarse entre la oscuridad callada y gris, llena de tristeza y sangre, sea ya Galitzia... Galitzia... La Galitzia oriental.

—Has dormido mucho rato —le dice el mal afeitado—. Desde las siete hasta las cinco. Cracovia y Tarnow ya han quedado atrás. En cambio, yo no he cerrado los ojos ni un instante. Hace rato que estamos en Polonia. Cracovia, Tarnow, y ahora Przemysl...

«¡Qué diferencia entre Przemysl y el Rin! He estado durmiendo diez horas y tengo hambre otra vez. Sólo me quedan dos días de vida. Cuarenta y ocho horas han transcurrido ya. Y durante las mismas nunca cesé de repetirme que voy a morir. Al principio, la idea aún parecía remota y poco clara. Mas la distancia se ha ido acortando, tanto en kilómetros como en días, y cada vuelta que dan las ruedas del tren me acercan más allí. Cada vuelta se lleva un trozo de mi vida; de mi desgraciada vida. Las ruedas deshacen mi existencia con su golpeteo idiota; se deslizan por el suelo polaco con la misma ligereza con que lo hicieron por el borde del Rin. Puede que Paul mirase la que está situada bajo la portezuela; una rueda de tren, sucia y llena de grasa, que viene desde París o quizás desde El Havre. De la Gare Montparnasse... donde la gente estará sentada en sillones de mimbre, bajo los parasoles, bebiendo vino al aire de otoño; respirando el dulce polvo de París, sorbiendo Pernod o absenta y tirando con elegancia la colilla al arroyo que discurre tranquilamente bajo un cielo burlón. En París sólo hay cinco millones de personas, y tiene muchas calles y callejuelas, y muchísimas casas. Pero a ninguna de sus ventanas asomarían aquellos ojos. Cinco millones de personas son demasiado...»

El mal afeitado empieza de pronto a hablar. El cielo está mucho más claro, y algunos durmientes se agitan cual si quisieran hablar antes de haberse despertado. También Andreas quisiera decir algo a un oído de la noche que lo escuchase...

—Lo peor es que nunca más volveré a verla; estoy seguro —dice el mal afeitado en voz baja—. Y no sé qué será de ella. Hace tres días que me encuentro en camino. Tres días. ¿Qué habrá hecho en esos tres días? No creo que el ruso aún siga allí. Gritó como un animal... como un animal... que ve ante sí el cañón de la escopeta de un cazador. No me gustaría ser mujer. Siempre esperando... esperando... esperando.

El mal afeitado grita por lo bajo; profiere un grito espantoso, pero apenas audible.

—Ella me espera... No puede vivir sin mí. No tiene a nadie. Y nunca más lo

tendrá. Sólo me espera a mí, y yo la amo. Su pavor la ha vuelto tan inocente como una niña pequeña que no ha pensado ni siquiera en un beso. Y esa inocencia lo es todo para mí. El espanto la ha dejado limpia de toda culpa... Nadie en el mundo puede ayudarla mejor que yo. Nadie; pero me encuentro aquí, en un tren que me lleva hacia Przemysl... Seguiré hacia Lemberg... después a Kolomea... Y nunca más volveré a atravesar la frontera alemana. No habría nadie capaz de comprender por qué no tomo el primer tren y me vuelvo atrás, para reunirme con ella... Nadie puede comprenderlo. Pero es que tengo miedo de su inocencia... La quiero mucho; pero moriré y ya no sabrá más de mí, aparte de una carta oficial en la que habrán escrito: «Caído por la Gran Alemania...».

Bebe un largo trago de la botella.

—Este tren rueda muy lento, compañero; ¿no te parece? Quisiera marcharme lejos... rápidamente... No sé por qué no bajo y me vuelvo atrás. Dispongo todavía de mucho tiempo... El tren tendría que ir más de prisa, mucho más de prisa...

Algunos soldados ya se han despertado y pestañean tranquilos bajo la falsa luz que se empieza a insinuar en la planicie.

—Tengo miedo —murmura el mal afeitado al oído de Andreas—. Tengo miedo de la muerte; pero aún me atemoriza más dar media vuelta y volver junto a ella... Prefiero morir... Puede que le escriba.

Los que se han despertado se peinan con la mano, encienden cigarrillos y miran con desdén hacia el exterior, donde se elevan algunas cabañas en medio de unos campos yermos e incultivables. La tierra está vacía de seres vivos... al fondo hay colinas... todo es gris en este horizonte polaco...

El mal afeitado guarda silencio. Parece haberse quedado sin vida. Durante toda la noche no ha podido conciliar el sueño; está como apagado y sus ojos parecen dos espejos sin brillo. Tiene las mejillas pálidas y hundidas. Le ha crecido una verdadera barba de un rojo negruzco, bajo los espesos cabellos.

—Tales son las ventajas del cañón del 3,7 —expresa una voz en tono correcto—. La movilidad... la movilidad.

—Ese chisme sabe hacerse oír —añade, riéndose, otra voz no menos correcta—. ¡Vaya si sabe!

—Y por ello le han dado la cruz de caballero... Y en cambio a nosotros se nos llenan los calzones de mierda...

—Es preciso obedecer al Führer. ¡Al diablo con la aristocracia! Se llamaba Von Kruseiten. ¡Vaya nombre! Estaba bien enterado de esas cosas...

El mal afeitado tiene suerte por haberse dormido cuando los otros empiezan sus conversaciones. En cambio permaneció despierto cuando todo estaba en silencio. «Tengo que serenarme; aún me quedan dos noches —piensa Andreas—. Dos noches largas, muy largas... Quisiera estar completamente solo. Si supieran que he rezado por los judíos de Czernowitz, de Stanislau y de Kolomea, seguro que me harían detener, o me encerrarían en un manicomio... El cañón del 3,7 para carros

blindados...»

El rubio se frota largamente los ojos llenos de bruma. En las comisuras tiene legañas repugnantes. Ofrece a Andreas un poco de pan blanco y mermelada. Aún le queda café en la botella. Sienta bien comer un poco. Andreas está de nuevo muy hambriento. Es casi glotonería y no puede evitar el mirar fijamente aquel pan blanco y sabroso.

—Aún ha sido amasado por mi madre —dice el rubio con un sollozo.

Andreas se ha sentado en el retrete, y fuma largo rato. Aquél es el único lugar en que uno se encuentra realmente a solas; el único lugar del mundo en todo el glorioso ejército de Hitler. Es agradable estar sentado allí y fumar. Siente que ha vencido al desconsuelo que se le apareció como un fantasma al despertarse. Aquí está solo y todo sigue junto a él: Paul y los ojos de la muchacha amada... el rubio, el mal afeitado, y el que ha dicho: «Prácticamente ya tenemos ganada la guerra». Y el que explicó: «Tales son las ventajas del cañón del 3,7». Todo se encuentra allí con él, le da calor y ¡es tan hermoso estar solo! Cuando se está solo uno no se siente abandonado. «Esta noche quiero rezar durante largo rato, en Lemberg, Lemberg es el trampolín... entre Lemberg y Kolomea... el tren se acerca cada vez más a la meta y las ruedas que ya han circulado por París, Gare Montparnasse, y puede que también por El Havre y por Abbeville, me llevan ahora hacia Przemysl... hasta muy cerca del trampolín.»

Ya es de día completamente, pero parece como si el sol no quisiera mostrarse. En la masa de nubes grises hay una mancha clara, que deja filtrar una luz gris que ilumina los bosques y los lejanos montes... Galitzia... Andreas permanece en el lavabo hasta que unos golpes fuertes dados en la puerta le obligan a abandonarlo.

El tren llega puntual a Przemysl. Allí el día es casi hermoso. Esperan a que todos hayan abandonado el vagón y despiertan al barbudo. El andén está ya completamente vacío. El sol ha logrado perforar las nubes y brilla fuertemente sobre los montones de piedras y de arena. El barbudo comprende en seguida de qué se trata.

—Sí —es lo único que dice.

Después se levanta y con la tenaza corta el alambre. Los demás bajan inmediatamente. Andreas es el que lleva menos equipaje. Sólo el macuto, que se ha vuelto muy ligero después de haberse comido los pesados bocadillos de emergencia. Sólo lleva ahora una camisa y un par de calcetines, una carpeta con papel de escribir, la cantimplora que siempre está vacía, y el casco. El fusil quedó olvidado en el guardarropa de Paul, detrás del capote.

El rubio lleva una mochila de aviación y una maleta.

El barbudo, dos cajas de cartón y un morral. Ambos poseen también pistolas. No ha sido hasta ahora, bajo la luz del sol, cuando se dan cuenta de que el barbudo es suboficial. Sus galones mate brillan en el cuello gris.

El andén está vacío y triste, y todo parece indicar que pertenece a una estación de mercancías. A la derecha hay barracones, muchos barracones de desinfección, de

cocina, de estancia, dormitorios y probablemente también un barracón-burdel donde, sin duda, se garantiza la más completa higiene. Todo son barracones. Tuercen a la izquierda, donde hay una vía muerta llena de hierba y una rampa asimismo recubierta de hierba. Se tienden bajo el sol que luce sobre los barracones y contemplan las viejas torres de Przemysl, a orillas del San.

El barbudo no se sienta; deja su equipaje en el suelo y dice:

—Voy a buscar el avituallamiento y al mismo tiempo me informaré de la hora en que sale el tren para Lemberg. ¿Os parece bien? Entretanto podéis dormir un poco.

Recoge los permisos y se marcha muy lentamente andén adelante. Avanza con mucha parsimonia, y los otros pueden observar que lleva el pantalón azul de trabajo sucio y lleno de manchas y de pequeños desgarrones que parecen producidos por alambre de espino. Camina casi bamboleándose y, visto de lejos, parece cual si perteneciera a la Marina.

Es mediodía; hace mucho calor y la sombra del árbol está impregnada de él; es una sombra seca, sin dulzura. El rubio ha sacado su manta. Están tendidos con las cabezas apoyadas sobre el equipaje, y miran hacia la ciudad por encima de los tejados de los barracones, que exhalan vapor. El barbudo desaparece entre dos estructuras. Su andar es por completo indiferente...

En otro andén se ha detenido un tren que se dirige hacia Alemania. La locomotora desprende vapor. Los soldados, con las cabezas descubiertas, miran por las ventanillas. «¿Por qué no me vuelvo en ese tren? —piensa Andreas—. Es muy extraño. ¿Por qué no me siento en un compartimiento de ese tren y regreso al Rin? ¿Por qué no compro un permiso en este país, donde todo se puede comprar y me marchó otra vez a París, a la Gare Montparnasse, y recorro las calles, y registro las casas y busco la caricia de las manos a las que deben pertenecer aquellos ojos? Cinco millones son una octava parte. ¿No podría encontrarse entre ellos? ¿Por qué no me voy a Amiens, a la casa con el muro agujereado, y me meto una bala en la cabeza en el mismo lugar en que su mirada estuvo posada en mí durante un cuarto de segundo? Aquella mirada llena de ternura que me llegó tan adentro.» Pero sus pensamientos permanecen tan inmóviles como sus piernas. Es estupendo poder estirarlas, alargarlas más y más, hacerlas llegar hasta el mismo Przemysl, si ello fuera posible.

Los dos siguen tendidos, fumando, cansados y aburridos como sólo se puede estar tras haber permanecido largo tiempo sentado en un vagón.

El sol ya ha trazado un largo semicírculo cuando Andreas despierta. El barbudo todavía no ha regresado. El rubio está despierto, fumando.

El tren que va hacia Alemania se ha marchado ya, pero hay otro en su lugar, y de la barraca de desinfección salen formas grises, con paquetes, morrales y fusiles colgados del cuello, que también partirán hacia Alemania. Un soldado echa a correr, después son tres los que corren, luego diez, y a continuación todos se atropellan, tiran los paquetes que llevan en las manos, y la larga y fatigada serpiente gris se desplaza en bloque, porque uno de ellos se ha sentido alarmado de repente.

—¿Dónde tienes el mapa? —pregunta el rubio.

Son las primeras palabras que intercambian desde hace mucho tiempo.

Andreas saca el mapa del bolsillo de su guerrera, lo desdobra y se levanta un poco para colocarlo extendido sobre sus rodillas. Mira el lugar en que se halla Galitzia, pero el dedo del rubio está situado mucho más al Sur y al Este. Es un dedo largo, muy delgado, y cubierto por una capa de vello mate, al que la suciedad no ha quitado nada de su finura.

—Aquí es donde tengo que ir —dice el rubio—. Si todo va bien, aún me quedan diez días.

El dedo, con su uña brillante, plana y azulada cubre completamente una bahía situada entre Odessa y la península de Crimea. El borde de la uña está en Nikolaiev.

—¿Nikolaiev? —pregunta Andreas.

—¡No!

El rubio siente un escalofrío; su uña desciende más, y Andreas se da cuenta de que aunque estuvo mirando el mapa, no ha visto nada porque debió estar pensando en otra cosa.

—No —repite el rubio—. Otschakov. Sirvo en artillería. Antes estábamos en Añapa, en la provincia de Kubán, pero nos marchamos de allí, y ahora estoy en Otschakov.

De pronto, los dos se miran, por primera vez en las cuarenta y ocho horas que han estado juntos. Han jugado a cartas, han bebido, han comido, y han dormido apoyados el uno contra el otro; pero ahora se ven por vez primera. Sobre los ojos del rubio se extiende una zona de piel sucia, casi repelente, de un color gris blancuzco. A Andreas le parece la capa que se forma sobre una herida purulenta. Ahora comprende el fluido repulsivo que emana de aquel hombre que probablemente fue guapo cuando sus ojos aún estaban claros, y era rubio y delgado, y con las manos finas. «Entonces, es verdad» —piensa Andreas.

—Sí —dice el rubio—, es verdad —como si hubiese comprendido los pensamientos de Andreas. Y sigue hablando con calma, con una calma impresionante—: Primero me sedujo un sargento. Estoy podrido. Por completo. Y nada en este mundo me produce alegría; ni siquiera el comer. Parece lo contrario porque como automáticamente, pero también bebo automáticamente y duermo automáticamente. No puedo evitarlo; me han podrido. —Profiere un grito; pero luego se tranquiliza y añade—: Estuvimos seis semanas en una posición, allá en Ssiwasch... No se veía ninguna casa hasta donde alcanzaba la vista... Ni una pared derruida: sólo pantanos, agua, un saucedal... y los rusos volando por encima de nosotros, cuando iban a atacar a los bombarderos, que partiendo de Odessa atacaban la península de Crimea. Estuvimos allí seis semanas. No existen palabras para describirlo. Sólo teníamos un cañón y éramos seis soldados y un sargento. Ni una fulana por los alrededores. Nos traían las provisiones con un automóvil que llegaba hasta el borde de los barrizales, donde había que ir a buscarlas y, por un mal sendero, llevarlas hasta la posición.

Duraban catorce días y teníamos montones de cosas. La comida era nuestra única distracción y también pescar y matar mosquitos... cantidades ingentes de mosquitos; yo no sé cómo no nos volvimos locos. El sargento era un animal. No hacía más que hablar de porquerías, en especial durante los primeros tiempos, y comía sin interrupción, carne y grasa, sin que los acompañara casi nada de pan. —Un profundo suspiro se escapa de su pecho—. Un hombre que no come pan esta perdido; te lo aseguro...

Reina un profundo silencio, y el dorado sol que brilla sobre Przemysl calienta agradablemente.

—¡Dios mío! —gime—. El sargento nos sedujo. ¿Qué más puedo decir? Cedimos todos menos uno: un viejo casado y con hijos; por las noches nos había enseñado muchas veces las fotos de sus hijos, sollozando... Ese no quiso; se debatió, amenazó... era mucho más fuerte que nosotros cinco juntos; pero una noche, mientras estaba de centinela, el sargento se acercó a él, arrastrándose, y le pego un tiro por la espalda con su propia pistola; después nos sacó de las camas y tuvimos que ayudarlo a esconder el cadáver en el lodo. Los cadáveres son muy pesados... El cadáver de un hombre es muy pesado. Pesa más que el mundo entero. Éramos seis y casi no podíamos transportarlo; estaba muy oscuro y llovía. Aquello era un infierno. El sargento mandó un parte diciendo que el viejo se había rebelado y que le había amenazado con su pistola. Se llevó el arma como prueba de que le faltaba un cartucho. Luego notificaron a su mujer que había caído por la Gran Alemania en las ciénagas de Ssiwasch... Ocho días más tarde llegó el siguiente automóvil de aprovisionamiento, trayendo un telegrama para mí en el que me comunicaban que nuestra fábrica había quedado destruida y que podía disfrutar de un permiso. Ni siquiera regresé a la posición; me marché desde allí mismo —una alegría salvaje resonaba en su voz—. Sí. ¡Me marché! Debió enfadarse mucho. Luego tuve que deponer como testigo en la muerte del viejo; pero declaré lo mismo que el sargento había consignado en el parte. Me fui desde la batería hasta la comandancia, en Otschakov, después a Odessa y a continuación...

Reina un silencio terrible, mientras el sol brilla con fuerza, muy hermoso. Andreas siente un asco terrible.

«Esto es lo peor —piensa—, lo peor que...»

—Desde entonces no he podido disfrutar de ninguna alegría, ni volveré a tenerla. Me da miedo mirar a una mujer. Cuando estuve en casa, lloré y evité el trato de las gentes como un chiquillo cretino. Mi madre creyó que había cogido alguna enfermedad sucia. Y no me quedó el consuelo de contárselo, porque es algo que no se debe contar a nadie...

«Qué absurdo —piensa Andreas— que el sol brille de este modo, y que, al propio tiempo, sienta un asco tan enorme, como si mi sangre estuviese llena de veneno.» Intenta coger la mano del rubio, pero éste retrocede horrorizado.

—¡No! —grita—. ¡No!

Da media vuelta, se tiende boca abajo, esconde la cabeza entre los brazos y estalla en sollozos, cual si la tierra fuera a abrirse. Y entretanto el cielo sonrío sobre los barracones y sobre las torres de Przemysl, junto al San...

—¡Morir! —exclama el rubio entre sollozos—. Morir. Quiero morir porque sólo entonces llegará el final... Morir...

Sus palabras se escuchan ahogadas, y Andreas nota que derrama lágrimas, lágrimas verdaderas.

Andreas no ve nada más. Una oleada de sangre, suciedad y fango lo ha inundado, y reza desconsolado igual que pide auxilio el que se ahoga y, debatiéndose en el mar, no ve la orilla ni a nadie que lo pueda salvar...

«Es hermoso —piensa—. Llorar es hermoso... incluso es bueno. ¿Qué persona desgraciada no ha llorado alguna vez? Yo también debería llorar. El barbudo ha llorado, el rubio llora, y yo no he vuelto a llorar desde hace tres años y medio. No he derramado una lágrima desde que regresé a Amiens sin haber querido andar los tres minutos que me separaban del campo en que fui herido.»

El segundo tren se ha marchado, y la estación está vacía.

«Es extraño —piensa Andreas—. Ya no podría volverme atrás aunque quisiera. Me sería imposible abandonar a estos dos. Tampoco quisiera volver atrás...»

La estación, con sus múltiples vías, está por completo desierta. Brillan los rieles, y tras ellos, hacia la entrada, un grupo de polacos trabaja trasladando chatarra. Por el andén se acerca una figura que les parece extraña, pero que lleva los mismos pantalones que el mal afeitado. Desde lejos se aprecia que no es el mismo ser lleno de amargura que venía con ellos y que, sumido en la tristeza, no hacía más que beber. Sólo los pantalones son los mismos. Su cara está serena y sonrosada y lleva el gorro ligeramente ladeado. Cuando se halla más cerca, aprecian en su expresión una mezcla de frialdad, burla, descaro y militarismo de suboficial. Es como si sus ojos hubiesen terminado de soñar. Va bien afeitado, lavado y peinado y sus manos están limpias. A todos les alegra saber que se llama Willi, porque así no tendrán que seguir conociéndolo por «el mal afeitado». El rubio aún sigue tendido sobre su manta, cubriéndose la cara con las manos. Escuchando su respiración es imposible saber si llora, duerme o solloza.

—¿Duerme? —pregunta Willi.

—Sí.

Saca todo lo que lleva y hace dos limpios montones.

—Para tres días —explica.

Cada uno dispondrá de un pan entero y un buen trozo de salchicha con su envoltorio mojado por la grasa que ha ido chorreando. Además, hay casi media libra de mantequilla por cabeza, dieciocho cigarrillos y algunos caramelos.

—¿Tú no te quedas con nada? —le pregunta Andreas.

Willi lo mira extrañado, casi un poco colérico.

—Yo tengo mis cupones para dieciséis días —responde.

Es difícil no tomar por un sueño lo que Willi ha contado durante la noche. Asociar a aquel hombre melancólico con el que ahora está de pie ante ellos, afeitado y limpio, reflejando tan sólo un poco de dolor en su mirar, vistiéndolo con atildamiento su pantalón negro de tanquista, y poniendo cuidado para que no se le arrugue la raya; un pantalón completamente nuevo que le sienta a las mil maravillas. Ahora vuelve a parecer lo que realmente es: un suboficial.

—También tenemos cerveza —dice Willi, al tiempo que saca tres botellas.

Colocan ante ellos una de las cajas de cartón que ha traído Willi, para que sirva de mesa, y empiezan a comer. El rubio ni siquiera se mueve: está tumbado cara al sol, como si fuese un cadáver. Willi ha traído también tocino polaco, pan de centeno y cebollas. La cerveza es muy buena, e incluso está algo fresca.

—Esos barberos polacos —dice Willi— son estupendos. Por seis marcos te convierten en un hombre totalmente distinto. Incluso te lavan la cabeza. Es admirable la forma en que cortan el pelo.

Se quita la gorra y les muestra el cogote muy bien arreglado.

—A esto lo llamo yo un servicio de peluquería.

Andreas continúa observándolo, bastante extrañado. Los ojos de Willi tienen en esos momentos cierta expresión sentimental. Y resulta extraño ver a un suboficial con sentimientos. Es agradable estar sentado ante algo parecido a una mesa, lejos de los barracones.

—Vosotros —dice Willi mientras mastica y bebe a gusto— también deberíais ir a lavaros o a haceros lavar; se es una persona completamente distinta. Todo desaparece, toda la porquería se elimina. Necesitas afeitarte —añade mirando el mentón de Andreas—. Te es absolutamente necesario. Resulta maravilloso. Uno ya no se siente cansado. Se... se... —busca la palabra adecuada—. Se es, sencillamente, un hombre distinto. Aún queda bastante tiempo. Faltan dos horas para que salga nuestro tren. Esta noche llegaremos a Lemberg. Y desde allí iremos hasta Bucarest en el correo de Varsovia. Un tren magnífico. Yo siempre viajo en él. Se necesita un pase especial, pero voy a conseguirlo —se ríe ruidosamente—. Aunque no tengo intención de deciros cómo...

«No creo que transcurran sólo veinticuatro horas desde Lemberg hasta el paraje donde “eso” va a ocurrir —se dice Andreas—. Aquí hay algo que no funciona bien. No vamos a salir de Lemberg a las cinco de la mañana.»

Los bocadillos son estupendos. Pone mucha mantequilla en el pan, y se come la jugosa salchicha, cortada a trozos grandes. «¡Qué cosa tan extraña! —piensa—. Esta mantequilla corresponde a la ración del domingo y quizá parte de la del lunes. En consecuencia, no tengo derecho a ella. El suministro se cuenta de un mediodía hasta el siguiente. No debo comerme la mantequilla del domingo. Pueden someterme a consejo de guerra... Cogerán mi cadáver, lo llevarán a juicio, lo pondrán sobre una mesa y explicarán que me he comido la mantequilla del domingo, y por si fuera poco, también una parte de la del lunes. He robado a la gloriosa Wehrmacht alemana.

Dirán: “Este hombre sabía que iba a morir y, sin embargo, se ha comido el pan, las salchichas y los caramelos, y se ha fumado los cigarrillos. Ahora es imposible contabilizar todo eso, porque en ningún sitio se contabiliza el avituallamiento de los muertos. Y tampoco somos como los paganos que colocan víveres en las tumbas de sus difuntos, sino cristianos positivos. Este hombre ha robado a la muy gloriosa y cristiana Wehrmacht de la Gran Alemania, y hemos de condenarle...”»

—El pase lo voy a conseguir en Lemberg —dice Willi riendo—. Allí se encuentra de todo. Lo sé por experiencia.

Andreas sólo tendría que pronunciar unas palabras, y en seguida sabría cómo y en qué lugar de Lemberg se pueden obtener los pases. Por su parte, Willi siente un gran deseo de explicarlo, pero Andreas no demuestra parecido interés. Le basta con que le den el pase. Le parece estupendo poder viajar en un tren de paisanos, donde no todo sean soldados ni seres pertenecientes al sexo masculino. Le parece espantoso vivir siempre entre hombres. ¡A veces, son tan femeninos! En cambio, en ese tren también habrá mujeres... polacas, rumanas, alemanas... espías y esposas de diplomáticos. Será bonito viajar en un tren con mujeres hasta... hasta el lugar en que habrá de morir. ¿Cómo va a perder la vida? ¿Se encontrarán con partisanos? En todas partes hay guerrilleros. Pero ¿atacarán a un tren en el que viaja personal civil? Hay un gran número de trenes llenos de soldados con permiso, que transportan regimientos enteros, con sus armas, sus equipos, sus alimentos, ropas, dinero y municiones.

Willi está triste porque Andreas no le pregunta en qué lugar de Lemberg va a conseguir los pases. ¡Le gustaría tanto contar cosas y más cosas sobre Lemberg!

—¡Lemberg! —exclama, riendo. Y como Andreas sigue sin formular pregunta alguna, empieza a hablar de Lemberg—. Allí siempre hemos hecho tráfico de automóviles... ¿sabes?

—¿Siempre? —pregunta Andreas, con atención—. ¿Cuándo?

—Pues, cuando disponíamos de alguno para vender. En el taller de reparaciones suele quedar de vez en cuando algún chasis utilizable todavía, y que basta declarar como chatarra. El intendente jefe no tiene más remedio que cerrar los ojos porque como se ha estado acostando con una judía de Czernowitz... Eso de la chatarra es muy elástico, ¿comprendes? Con un trozo de aquí y otro trozo de allá se puede construir un automóvil estupendo. Los rusos lo saben hacer perfectamente. Y en Lemberg pagan por ellos hasta cuarenta mil machacantes, que luego dividimos por cuatro: yo y los tres hombres de mi pelotón. Naturalmente resulta muy peligroso. Arriesgamos la piel.

Suspira profundamente.

—Sudamos sangre. Es natural. Nunca se sabe si el que compra el coche es de la Gestapo. Estas cosas no se averiguan hasta el final. Pasamos catorce días sudando sangre. Pero si al cabo de los mismos no ha llegado ningún parte, ni ha sido detenido nadie, es que hemos tenido suerte. Cuarenta mil machacantes más en el bolsillo. —Bebe su cerveza con deleite—. Cuando pienso en la de cosas que quedaron enterradas

en el fango de Nikopol. Millones y millones. Y ningún cerdo se ha beneficiado de ellos, aparte de los rusos, claro está. —Se pone a fumar voluptuosamente—. A veces se trafica en cosas de menor importancia y no tan peligrosas. Una pieza de recambio, algún motor suelto, neumáticos y ropas. La gente está muy interesada en comprar ropas. Un buen abrigo te supone casi mil marcos. Gracias a todo eso, me he construido en mi pueblo una casita con su taller para... ¿para qué? —se pregunta perplejo.

Pero Andreas no le hace ninguna pregunta. Se limita a mirarle y observa que sus ojos se han oscurecido y que su frente está arrugada. Bebe precipitadamente la cerveza que aún le queda. Su viejo rostro, aunque ahora sin barba, está otra vez presente. El sol sigue lanzando su resplandor dorado por encima de las torres de Przemysl, junto al río San. El rubio empieza a moverse. Ha estado simulando que dormía y que en este instante se ha despertado. Bosteza ruidosamente, se da la vuelta y abre los ojos. Pero no cae en la cuenta de que las huellas de sus lágrimas aparecen claramente marcadas sobre la suciedad del rostro. Son líneas muy visibles, como las que ofrecería la cara de una niña a la que hubiesen arrebatado un bocadillo mientras está jugando en el jardín. Pero él no lo sabe. O a lo mejor ni siquiera se acuerda de que ha estado llorando. Tiene los bordes de los párpados enrojecidos, lo que afea terriblemente sus ojos, como si padeciera alguna enfermedad venérea.

—¡Ah! —exclama bostezando—. ¡Qué agradable es poder comer algo!

Su cerveza está un poco caliente; pero se la bebe de prisa, sediento, y luego se pone a comer, mientras los otros dos fuman con calma unos cigarrillos y beben vodka, un vodka claro como el agua y muy sabroso, que Willi les ha ofrecido.

—Bueno —dice Willi riendo. Pero se calla tan súbitamente que los otros dos lo miran extrañados. Luego se sonroja, baja la mirada y bebe un largo trago de vodka.

—¿Qué querías decir? —le pregunta Andreas con expresión tranquila.

Hablando lentamente, Willi responde:

—Pues que me estoy bebiendo la hipoteca. Sí, tal como suena: la hipoteca. Nuestra hipoteca. La de la casa que mi mujer aportó en dote al matrimonio. Era de poca cuantía: sólo cuatro mil. Y yo quería rescatarla... pero, bueno... bebamos ¡a vuestra salud!

El rubio tampoco tiene ganas de llegarse a la ciudad y visitar al barbero o tomar un baño en los barracones. Pero aun así, él y Andreas cogen el jabón y las toallas, se los ponen bajo el brazo y se marchan.

—Limpiaos también las botas —les recomienda Willi viendo como se alejan. Desde luego, las suyas están muy brillantes.

Al final de la vía se levanta un gran depósito para locomotoras, cuya manguera gotea continuamente, produciendo un hilillo de agua que forma un charco sobre el suelo de arena. Lavarse a fondo resulta agradable. ¡Si al menos el jabón produjera un poco más de espuma! Andreas toma el de afeitar. «No voy a necesitarlo más —se dice—. Tendría que durarme aún dos meses pues hace cuatro semanas que me lo

entregaron, pero ya no me servirá de ahora en adelante. El que sobre, para los guerrilleros. Porque también ellos necesitan jabón. A los polacos les gusta mucho afeitarse. Eso y limpiarse las botas son sus especialidades.» Pero cuando se dispone a empezar ven a Willi, que se ha subido a una elevación y les está haciendo señas y gritando. Sus ademanes son tan apremiantes y casi dramáticos, que se apresuran a recoger sus cosas y a regresar de prisa, secándose por el camino.

—¡Muchachos! —les grita Willi—. Está llegando un tren con permisionarios que viene con retraso y va hacia Kowel. Ahora mismo entra en la estación. Si lo tomamos, en cuatro horas estaremos en Lemberg. Y allí os podéis afeitar mejor.

Se ponen otra vez las guerreras y los abrigos, se colocan las correas, toman su equipaje y se encaminan hacia el andén donde ha parado el tren con soldados de permiso, que vienen del frente, y que va hacia Kowel. En la estación de Przemysl bajan algunos, muy pocos. Pero Willi ha descubierto un compartimiento del que ha salido un grupo de tanquistas, todos ellos jovencitos, bien vestidos y muy limpios. El lugar está ahora libre, y los tres lo ocupan rápidamente antes de que alguien se les pueda anticipar.

—Ahora son las cuatro —dice Willi con expresión triunfal—. Llegaremos a Lemberg lo más tarde a las diez. ¡Estupendo! Este tren no se hubiera podido retrasar más oportunamente. Es maravilloso. Dispondremos de toda una noche.

Se instalan de modo que puedan apoyar las espaldas. Y una vez sentados, Andreas se seca las orejas que aún lleva mojadas. Luego procede a arreglar el equipaje de su bolsa de mano que había guardado de cualquier modo. Lleva unos calzoncillos y una camisa sucios, un par de calcetines limpios, un pedazo de salchicha y restos de la mantequilla guardados en una lata. La salchicha será para el lunes, la mantequilla también para el lunes por la mañana; los caramelos pertenecen al domingo y al lunes. Y además tiene toda su ración de cigarrillos y el pan del domingo a mediodía. Lleva también su libro de oraciones, un devocionario que transporta de acá para allá desde que partió para la guerra, y que nunca ha necesitado. Pero aunque siempre reza sin él, le es imposible emprender un viaje sin su compañía. «Es extraño —piensa—. Muy extraño.» Y se pone en los labios uno de los cigarrillos que le corresponde fumar hoy, es decir, de la ración que va del viernes al mediodía hasta el sábado también a mediodía.

El rubio toca la armónica mientras los otros dos fuman en silencio, y el tren emprende la marcha. El rubio toca bien, aunque parece como si improvisara, porque sus melodías no les son conocidas. Se trata de tonadillas blandas, de creaciones informes que hacen pensar en una ciénaga.

«Las ciénagas de Ssiwasch —piensa Andreas—. ¿Qué estarán haciendo ahora con el cañón?» Se estremece. Puede que los soldados se hayan ido matando unos a otros, o tal vez hayan quitado de en medio al sargento. O acaso estén relevados de aquel puesto. «Esta noche rezaré por los que siguen en las ciénagas de Ssiwasch con su cañón y por el que cayó por la Gran Alemania porque no quiso... Ciertamente una

muerte de héroe. Su esqueleto quedará en un lugar cualquiera de Crimea, dentro de un barrizal. Nadie sabrá dónde encontrar su tumba, ni nadie irá a exhumarlo para que repose en un cementerio de héroes. Nadie se acordará jamás de él. Pero algún día resucitará; sí, allí, en las ciénagas de Ssiwasch. Un hombre, padre de dos hijos, cuya mujer vive en Alemania, y a la cual, con el rostro dolorido, el jefe de la Sección Local entregará una carta en Bremen, en Colonia o en Leverkusen. Sí. Es posible que esa mujer habite en Leverkusen. El muerto resucitará en las ciénagas de Ssiwasch, y entonces acaso salga a relucir que no cayó por la Gran Alemania, ni tampoco por rebelarse y atacar al sargento, sino porque no quiso verse reducido a aquello.»

Los dos se sobresaltan cuando el rubio para súbitamente de tocar. Estaban prendidos de tal modo en las redes de aquellas melodías suaves, que es como si acabara de romperse un hechizo.

—Mirad —dice el rubio. Y señala el brazo de un soldado que está asomado a la ventanilla, fumando su pipa—. Eso es lo que hacíamos en casa. Es raro ver tan pocas a pesar de que las fabricábamos a millares.

Ninguno comprende a qué se refiere. El rubio los mira extrañado, y casi se sonroja al observar su expresión interrogante.

—Insignias para los soldados de Crimea —explica un poco molesto—. Fabricamos muchísimas. Ahora se hacen las del Kubán. Pronto estarán disponibles. También las hubo para las victorias de los Sudetes, con una plaquita en la que se veía el Hradschin. Era en el año treinta y ocho.

Lo siguen mirando intrigados, como si les hablara en chino, lo que le hace sonrojarse aún más.

—¿Qué pasa? —pregunta casi gritando—. ¡En casa teníamos una fábrica de insignias!

—¡Ah! Bueno —exclaman los otros dos.

—Una fábrica nacional de emblemas patrióticos.

—¿De emblemas? —pregunta Willi.

—Sí. También hacíamos banderas. A carretadas. Os lo aseguro. Era por el año... creo que el treinta y tres. Sí. Debía ser por esas fechas. Pero sobre todo, nos dedicábamos a insignias y escudos para sociedades, de esos que tienen grabado algún motivo: al campeón del año mil novecientos treinta y cuatro, y cosas parecidas. Emblemas de clubs deportivos y otros con la cruz gamada, y banderitas de latón y esmalte para prender en la solapa, en color azul, blanco o rojo. Y también para los franceses. Teníamos un buen muestrario. Pero desde que estalló la guerra sólo trabajamos para nuestro país. Los hay también para los heridos, montones de ellas, en negro, en plata y doradas. De las que hicimos más, fue de las negras. Hemos ganado muchísimo dinero. Recuerdo las antiguas condecoraciones de la primera Guerra Mundial. Y las insignias de los excombatientes. Y las que llevan en el traje de paisano.

Suspira y se calla, al tiempo que mira otra vez el emblema de la campaña de

Crimea que luce en la manga el soldado que fuma su pipa asomado a la ventanilla. Luego se pone a tocar otra vez. Va oscureciendo lenta, muy lentamente. Sienten que la noche está muy próxima, con su frescor. El rubio sigue tocando sus confusas melodías, que penetran en ellos como un sueño o un narcótico. Andreas se dice: «Antes de que me duerma tengo que rezar por los artilleros de las ciénagas de Ssiwasch.» Nota que empieza a amodorrarse. Es la penúltima noche. Reza... pero sus palabras se enmarañan, y todo se confunde en su imaginación: la mujer de Willi con su pijama encarnado... los ojos en los que siempre piensa... el pequeño burgués... el rubio, y aquel hombre que dijo: «Prácticamente ya tenemos ganada la guerra...»

Se despierta porque el tren lleva parado un buen rato. Los pequeños altos en las estaciones son cosa distinta. Se lanza un bostezo y se nota que las ruedas están como intranquilas porque el viaje va a proseguir en seguida. Pero el tren se ha detenido ahora largamente, como si las ruedas se hubieran congelado. No se hallan en una estación ni en una vía muerta. Andreas se levanta con dificultad y observa que todo el mundo está en las ventanillas. Se siente abandonado porque al principio no puede localizar a Willi ni al rubio, que deben hallarse en primera fila. Fuera reina la oscuridad y hace frío. Oye circular vagones por el exterior, y el canto de los soldados, que entonan viejas tonadas desprovistas de todo sentimiento, pero que parecen arraigadas en sus intestinos, como las melodías de un disco de gramófono, dispuestas a brotar a toda voz en cuanto abren la boca. «María de los prados» y «El cazador furtivo». También él ha cantado a veces, sin querer y sin apenas darse cuenta, esas canciones que le fueron grabadas, inculcadas, para matar sus pensamientos. Las mismas canciones que ahora se oyen en la oscura noche polaca. A Andreas le parece como si en algún lugar lejano y oscuro, lejos del horizonte, sonara un eco; un eco débil pero muy perceptible. «Cazador furtivo... Cazador furtivo...», «María de los prados». El tren debe llevar muchos vagones; pero finalmente dejan de pasar, y los espectadores dejan las ventanillas y vuelven a sus sitios. Lo mismo hacen Willi y el rubio.

—Son de las S.S. —dice Willi—. Van a lanzarlos en Tcherkassy. Debe existir allí una bolsa, o un agujero o vete a saber, y tendrán que ponerle un remiendo.

—Les van a dar para el pelo —dice una voz.

Willi se sienta otra vez junto a Andreas, y le dice que ya son las dos.

—¡Qué mierda de paradas! —exclama—. Si no continuamos en seguida no podremos tomar el otro tren en Lemberg. Y aún faltan por lo menos dos horas. Si fallamos el enlace tendremos que esperar hasta el domingo por la mañana.

—Nos iremos en seguida —dice el rubio, que ha vuelto a la ventanilla.

—Aun así —contesta Willi—, en Lemberg no va a quedarnos tiempo para nada. Y estar sólo media hora es una tontería. ¡Lemberg! —exclama, y se echa a reír.

—¿Es a mí? —oyen preguntar de pronto al rubio.

—Sí. A usted —replica una voz, fuera—. Prepárese para entrar de guardia.

El rubio regresa a su sitio, farfullando algo. Desde el exterior, un casco de acero

se introduce por la ventanilla del departamento. Cubre un cráneo fuerte y grande, y bajo él se ven unos ojos oscuros y una frente de burócrata. El rubio enciende una cerilla y se pone a buscar el cinturón y el casco.

—¿Hay algún suboficial en el vagón? —pregunta la voz del militar; una voz acostumbrada a mandar. Pero nadie responde—. ¿Hay algún suboficial? —repite.

Sigue sin presentarse nadie. Willi da unos golpecitos en el antebrazo de Andreas, con aire burlón.

—No me obliguen a investigar —dice la voz—. Si encuentro a un suboficial ahí dentro les aseguro que va a pasarlo mal.

Transcurre un segundo sin que nadie pronuncie palabra, no obstante haber observado Andreas que el vagón está repleto de suboficiales. De pronto, una voz próxima a Andreas exclama:

—¡Yo!

—¿Estaba usted durmiendo? —grita el hombre del casco.

—Efectivamente —le contesta el otro. Andreas lo reconoce: es el que llevaba el emblema de la campaña de Crimea.

Algunos se echan a reír.

—¿Cómo se llama usted? —interroga la voz, bajo el casco de acero.

—Soy el sargento Schneider.

—Queda designado jefe de vagón durante el tiempo que permanezcamos aquí. ¿Enterado?

—Sí, señor.

—Bien. Este hombre... —señala al rubio—. ¿Cómo se llama usted?

—Cabo Siebental.

—Bien. El cabo Siebental estará de guardia a la puerta del vagón hasta las cuatro. Si a dicha hora nos encontramos aún aquí, lo hace relevar. Ponga otro centinela en el extremo opuesto y lo hace relevar también. Hay peligro de acción guerrillera.

—Sí, señor.

La cara y el casco desaparecen, mientras se oye murmurar: «Sargento Schneider».

Andreas tiembla ante la idea de que puedan ponerlo de guardia. «Estoy sentado muy cerca de él. Me cogerá del brazo y me mandará a uno de los puestos.» El sargento Schneider ha tomado su linterna e ilumina el pasillo en toda su longitud. Primero enfoca a los durmientes o que simulan dormir. Luego agarra a uno de ellos por el cuello de la guerrera y le dice sonriendo:

—Coge el trabuco y ponte ahí fuera. No hay más remedio.

El aludido empieza a prepararse mientras murmura interjecciones. «Si se entera de que he olvidado el fusil; de que estoy sin arma porque se quedó en el guardarropa de Paul, tras el capote... ¿Qué hará Paul con el fusil? Un capellán con un fusil es sospechoso para la Gestapo. Por otra parte, no puede comunicar a nadie lo sucedido porque tendría que dar mi nombre y no querrá que lo comuniquen al jefe de mi compañía. Es espantoso haber olvidado precisamente el fusil...»

—Vamos a tardar bastante en reanudar la marcha —dice el sargento al soldado que se abre camino con cuidado hasta la puerta sin cesar de proferir interjecciones. Resulta extraño que el tren siga parado tanto tiempo. Transcurre un cuarto de hora. La intranquilidad les impide conciliar el sueño. Es posible que haya partisanos por los alrededores. Sería horrible ser atacados mientras se encuentran en el tren. A lo mejor, la noche siguiente pasa lo mismo. Es extraño... muy extraño. Probablemente volverá a suceder entre Lemberg y... Pero no; más vale no pensar en Kolomea. Faltan todavía veinticuatro horas, o quizá veintiséis. En realidad ya empezó el sábado. «He sido un estúpido. Desde el miércoles no sé... no sé lo que me pasa. Ni siquiera he rezado con un poco más de fervor. No hice más que jugar a cartas y beber aguardiente; he comido bien y he dormido; quizá demasiado, y el tiempo ha ido pasando vertiginosamente, de modo que sólo faltan ya veinticuatro horas. Y cuando uno sabe que va a morir es preciso arreglar infinidad de asuntos. Hay que arrepentirse y rezar; pero yo no he rezado más que lo de siempre. Sin embargo, no tengo duda alguna. El sábado por la mañana. El domingo por la mañana. En resumen: sólo me queda un día. Es preciso que rece... que rece...»

—Dame un trago. Hace un frío de mil diablos.

El rubio asoma la cabeza por la ventanilla del compartimiento. Y bajo el casco de acero, su cara de galgo degenerado tiene un aspecto repulsivo. Willi le pone el gollete en los labios y sostiene la botella mientras el otro bebe un largo trago. Luego pasa la botella a Andreas. Pero éste no acepta.

—No —dice simplemente.

—Se acerca un tren —anuncia el rubio.

Todos corren a asomarse. Hace sólo media hora que pasó el anterior, y ahora llega otro; un nuevo transporte de tropas. Se oye un resonar de canciones. Y otra vez «El cazador furtivo» y «María de los prados» en la noche polaca, tan triste y oscura. Los trenes tardan mucho en pasar. Llevan furgones y cocina, y los vagones están llenos de soldados que entonan «El cazador furtivo» y el «Hoy tenemos Alemania; mañana el mundo entero». El mundo entero... el mundo entero...

—También son de las S.S. —manifiesta Willi—. Y van a Tscherkassy igual que los demás. Al parecer, hay allí un buen fregado.

Lo dice en voz muy baja porque a su lado se comenta con gran optimismo que todo acabará perfectamente.

«El cazador furtivo» resuena cada vez más lejos en la noche; la canción va decreciendo hasta apagarse definitivamente hacia Lemberg en medio de un zumbido suave. Y sólo queda otra vez la noche polaca, triste y silenciosa.

—A lo mejor pasan diecisiete como ése —comenta Willi.

Ofrece la botella a Andreas, pero este declina una vez más. «Ha llegado el momento de ponerme a rezar —piensa—. No quiero pasarme durmiendo la penúltima noche de mi vida. Ni echarla a perder ni ensuciarla con aguardiente. Tengo que orar y arrepentirme. ¡Hay tantas cosas de las que arrepentirse! Incluso en una vida tan

desgraciada como la mía existen numerosos motivos de dolor. Una vez, estando en Francia, con un calor agobiante, me bebí una botella entera de aguardiente. Me desplomé como un perro y quedé tendido en el suelo. Hubiera muerto como un animal. Una botella entera de aguardiente a treinta y cinco grados a la sombra en una calle sin árboles de un pueblecito francés. Y todo porque estaba sediento y no tenía otra cosa que beber. Fue espantoso. El dolor de cabeza no se me pasó hasta el cabo de ocho días. Además he discutido con Paul y me he burlado de él y del clero en general. En la escuela hablaba mal de los aplicados y escribí “mierda” en la estatua de Cicerón. Aunque era aún muy joven comprendí que estaba mal. A pesar de todo, lo hice porque sabía que los demás se reirían y para que viesen lo gracioso que era. Pura vanidad. No porque creyese que Cicerón era una mierda. De haberlo hecho por esto, no habría resultado ni una milésima tan reprochable. No hay que hacer las cosas sólo por broma. También inventé chistes sobre el teniente Schreckmüller, aquel jovencito pálido y triste al que le venían grandes las charreteras, y que, apenas verlo, daba la impresión de ser un candidato a la muerte. Hice chistes sobre él porque me gustaba que me considerasen chistoso y bromista como un viejo lansquenete. Eso fue lo peor, y no sé si Dios me perdonará por ello. Me burlé de su parecido con un miembro de las juventudes hitlerianas; pero el pobre no era más que un candidato a la muerte. Lo veía claramente en su cara. Cayó en los Cárpatos, en el primer ataque. Su cadáver se desplomó por un precipicio y fue rodando lastimosamente y llenándose de inmundicia. Resultaba cómico ver rodar el cadáver, cada vez más rápido, hasta detenerse bruscamente con un golpe seco en el fondo del valle.

»En París insulté a una ramera. Era de noche y creo que hice muy mal. Hacía frío y se arrimó contra mí tan bruscamente que creí que iba a pegarme. Al verle la punta de la nariz y de los dedos me di cuenta de que estaba helada, helada de frío y de hambre. Sentí asco al oírle decir: “Ven”, y la aparté de mí aunque estaba aterida. Su fealdad resaltaba aún más en aquella calle solitaria. Quizá se hubiera sentido contenta llevándome consigo y notando mi calor al tumbarnos en la cama. Pero lo único que supe hacer fue empujarla y decirle cosas desagradables. ¡Si al menos hubiese sabido qué fue de ella después! A lo mejor se arrojó al Sena porque era tan fea y nadie la aceptaba. Tal vez no la hubiera tratado tan mal de haber sido guapa. Su oficio no me hubiera parecido tan repugnante, y hasta es posible que, en vez de rechazarla, me hubiese calentado junto a ella, y acaso algo más. Cualquiera sabe lo que hubiera sucedido de haber sido más guapa. Es espantoso tratar mal a una persona sólo porque nos parece fea. Ningún ser humano es verdaderamente feo. ¡Pobre mujer! Que Dios me perdone, veinticuatro horas antes de mi muerte, haber rechazado con violencia a una ramera que andaba buscando compañía en las frías calles de París, y que acaso no encontró a ningún otro cliente. Que Dios me perdone. No es posible borrar lo sucedido; nada vuelve atrás.

»Por toda la eternidad, el parpadeo doloroso de aquella desgraciada seguirá flotando en las calles de París, acusándome. Y también la mirada perruna del teniente

Schreckmüller, a quien las hombreras pesaban demasiado sobre sus miembros enclenques.

»Si al menos me quedase el recurso de llorar. Pero no me es posible. Los recuerdos me resultan dolorosos, agobiantes y horribles, mas a pesar de todo, no consigo llorar. Todos pueden llorar, incluso el rubio; pero yo no. Que Dios me conceda la gracia de llorar...

»Deben existir otras muchas cosas que en este instante no recuerdo. He aborrecido a mucha gente, he odiado y he insultado. Como quien dijo: “Prácticamente tenemos ganada la guerra”. Rezaré igualmente por él a pesar de que lo creo un imbécil. Y por el que afirmó que todo se arreglará. Y por los que cantaban tan contentos “El cazador furtivo”.

»He odiado a los que hace un momento pasaban por ahí. A los que cantaban “El cazador furtivo” y “María de los prados” y “Es tan hermoso ser soldado” y “Hoy tenemos Alemania; mañana el mundo entero”. A cuantos han convivido conmigo en este vagón y a los que conocí en el cuartel. Sí, también a los del cuartel...»

—¡Venga! —grita una voz—. ¡Todo el mundo a los vagones!

El rubio vuelve a entrar, y lo mismo el que estaba de guardia en el otro extremo. La locomotora pita y el tren se pone en marcha.

—¡Gracias a Dios! —exclama Willi.

Pero es ya demasiado tarde. El reloj marca las tres y media y aún les faltan dos horas para llegar. El tren correo Varsovia-Bucarest sale a las cinco de la estación de Lemberg.

—Mejor —comenta Willi—. Así podremos estar un día completo en Lemberg.

Vuelve a reír. ¡Le gustaría tanto seguir contando cosas de Lemberg! Se le nota en la voz, pero nadie le hace pregunta alguna ni manifiesta deseos de oírle hablar de ello. Están cansados, hace mucho frío y son las tres y media de la madrugada. El cielo polaco, pesado y gris, los cubre, y los dos regimientos que acaban de pasar para ser lanzados en Tscherkassy les causan cierta preocupación. Nadie habla, a pesar de que todos siguen despiertos. El sonar de las ruedas del tren les produce modorra y apacigua sus pensamientos; les quita la obsesión y, finalmente, con su ininterrumpido rac-tac-tac-bum, acaba por dormirlos. Son seres hambrientos, míseros, grises, seducidos, engañados, cuyo rac-tac-tac-bum los adormece.

Ahora parece como si el rubio durmiera de verdad. Pasó tanto frío mientras estuvo fuera que el calor del vagón lo amodorra. Sólo Willi permanece despierto. Aquel Willi que poco antes no era más que un ser mal afeitado. Se le oye de vez en cuando tomar la botella de vodka y beber un largo trago, y también frotar una cerilla y encender un pitillo. La cara de Andreas queda alumbrada un instante, y ello permite a Willi notar que está despierto. Pero no dice nada, lo cual no deja de resultar extraño.

Andreas intenta rezar a toda costa. Recita primero todas las oraciones que conoce, y después alguna otra que le sale espontáneamente de los labios. Pretende enumerar a las personas por quienes intercede; pero luego se dice que es una tontería porque

debería incluir a todos los seres del mundo. Dos mil millones de personas... Primero piensa en cuarenta millones, pero luego se dice que son dos mil. Quizás sería mejor decir sencillamente «todos». Pero no basta. Vale más pensar en cada uno separadamente, empezando por los que se molestaron por algún motivo. Retrocede hasta sus años escolares, pasa luego a los del Servicio del Trabajo; a continuación, al cuartel y a la guerra. Son muchos los seres que acuden a su imaginación. Como, por ejemplo, aquel tío suyo que alababa el servicio militar y que, según él, fue la época más hermosa de su vida. Piensa luego en sus padres, a los que ni siquiera conoció. Y en Paul, que debe estar a punto de levantarse para decir la misa. «La tercera desde que me marché. Quizá comprendiera mis palabras cuando le dije: “Moriré pronto”. A lo mejor, el domingo por la mañana celebra misa en sufragio de mi alma, una hora antes o una hora después de que haya fallecido. Espero que se acuerde también de los demás. De los soldados como el rubio o como Willi, y como el que dijo: “Prácticamente ya tenemos ganada la guerra”. Y de los que ni de día ni de noche paran de cantar “El cazador furtivo” y “María de los prados” y “Es tan hermoso ser soldado” y “Oh, el sol de Méjico”.» Ni siquiera se acuerda de los ojos, en esta madrugada triste y fría, bajo el cielo deprimente de Galitzia, cuya capital es Lemberg.

«Casi me encuentro ya en el centro de la red en la que quedaré atrapado. Había que llegar a esta región, y ya me encuentro en ella. No veré otra cosa en lo que me resta de vida. El “pronto” se ha ido reduciendo peligrosamente hasta no comprender ya más que veinticuatro horas y unos cuantos kilómetros. Faltan pocos de ellos hasta llegar a Lemberg; puede que sólo sesenta. Y otros sesenta después. Mi vida queda encerrada, pues, dentro de un margen de ciento veinte kilómetros en tierras de Galitzia. Parece un cuchillo transportado por los invisibles pies de una serpiente; un cuchillo que avanza despacio, moviéndose con suma suavidad. Galitzia... ¿Cómo va a suceder? —piensa—. ¿Seré fusilado, me clavarán un cuchillo o, simplemente, moriré aplastado? Quizás este tren choque y quede deshecho entre sus restos. ¡Existen tantas formas de morir! Incluso puede matarnos un sargento, si nos negamos a convertirnos en lo que ahora es el rubio. Se puede morir de infinitos modos, pero en el parte constarán siempre estas palabras; “Cayó por la Gran Alemania”. Debo rezar por los artilleros de los pantanos de Ssiwasch... es preciso... es preciso... rac-tac-tac-bum... sin falta... rac-tac-tac-bum... sin falta... los artilleros de las ciénagas de Ssiwasch... rac-tac-tac-bum...»

Es una lástima que haya vuelto a dormirse, precisamente cuando llegan a Lemberg. La estación es muy grande, con estructura de hierro negro, y unos letreros blancuzcos y sucios situados en los andenes, y en los que el nombre de Lemberg aparece escrito en negro.

Ha llegado finalmente al trampolín. ¡Con cuánta rapidez se puede ir del Rin a Lemberg! Pero el nombre está escrito de manera bien clara, sin posibles equivocaciones: Lemberg, capital de la Galitzia. Sesenta kilómetros menos. La red se ha vuelto más pequeña. Sesenta kilómetros... o acaso sólo diez. La cosa ocurrirá

entre Lemberg y Czernowitz, a lo mejor a sólo un kilómetro de allí. Se trata de algo tan elástico como aquel «pronto» que creía haber delimitado exactamente.

—¡Vaya una manera de dormir, muchacho! —exclama Willi, quien, totalmente despierto, procede a arreglar su equipaje—. Es fantástico el sueño que tienes. Nos hemos detenido otras dos veces y por poco te toca a ti también montar la guardia. Menos mal que he dicho al sargento que estabas algo enfermo y te ha dejado seguir durmiendo. Pero esto ya se acabó. Levántate de una vez.

El vagón se encuentra completamente vacío. Y el rubio ha salido al exterior con su mochila de las fuerzas aéreas y su maleta.

Resulta extraño transitar por un andén de la estación central de Lemberg.

Son las once, casi mediodía, y Andreas siente un hambre espantosa. Pero pensar en la salchicha hervida le da asco. Preferiría comer pan con mantequilla y algún plato caliente. Hace mucho tiempo que no prueba nada caliente y siente verdaderos deseos de ello. «Es curioso —piensa, mientras sigue los pasos del rubio y de Willi— que éste sea mi primer pensamiento al llegar aquí, a Lemberg. Comer algo caliente. Cuando sólo me faltan catorce o quince horas para morir, se me ocurre comer algo caliente.» Y empieza a reírse de tal modo que los otros dos se vuelven y lo miran con aire interrogador. Desvía la mirada y se sonroja. Se acercan a la entrada, y puede ver a un centinela con casco de acero, como en todas las estaciones de Europa. El centinela dice a Andreas, que marcha en último lugar:

—La sala de espera está a la izquierda. Puede ser utilizada también por el personal de tropa.

Después de haber franqueado la barrera, Willi se siente despreocupado por completo. Se queda parado en medio del gran vestíbulo, enciende un cigarrillo, aspira el humo profundamente y repite en voz alta, imitando la voz del centinela:

—La sala de espera puede ser utilizada también por el personal de tropa. La encontrarán a la izquierda. Está aviado si cree que vamos a obedecerle. A meternos en ese establo que nos tienen preparado exprofeso.

Los otros lo miran un poco asustados; pero él se limita a reír otra vez.

—Muchachos, a partir de este momento, dejadme hacer a mí. Lemberg es mi especialidad. Sala de espera para la tropa y clases... Aquí hay tabernas y restaurantes —hace chasquear la lengua—. Categoría europea. —Y con entonación irónica repite—: Categoría europea.

Su cara parece necesitar otra vez un afeitado. La barba le ha crecido muy rápidamente. Su aspecto vuelve a ser astroso, triste y desdichado como antes.

Camina en silencio delante de los otros, en dirección a la salida. Y atraviesa sin pronunciar palabra una gran plaza en la que el gentío se mueve de acá para allá. De pronto, se encuentra en una callejuela lateral, estrecha y oscura. En la esquina hay un automóvil parado, bastante viejo. Parece inverosímil que Willi conozca al conductor. Grita de pronto: —¡Stanis!— Y del asiento se levanta un polaco medio dormido y sucio que, sonriente, ha reconocido a Willi. Este pronuncia un nombre asimismo

polaco, y al instante el equipaje es metido en el coche, y los tres se acomodan en el taxi y empiezan a recorrer las calles de Lemberg. Estas son como las de cualquier otra ciudad del mundo; como las de cualquier gran ciudad: unas, anchas y elegantes; otras, extrañas, o tristes, con fachadas amarillentas que parecen irse a morir. Y gente; mucha gente. Stanis conduce muy rápido... todo parece suceder como un sueño. Es como si Lemberg entero perteneciese a Willi. Llegan a una gran avenida, como las que existen en todos los lugares del Planeta, pero que es, no obstante, una avenida polaca. Stanis se para y recibe un billete. Andreas ve que son cincuenta marcos. Stanis les ayuda a poner los equipajes en la acera, siempre con la sonrisa en los labios. Todo sucede muy rápidamente. Se apresuran para cruzar el jardín delantero de una casa en la que luego penetran por un oscuro pasadizo. La fachada parece ir cayéndose a pedazos. Es de la época de la dominación austríaca. Andreas se da cuenta en seguida de que fue construida cuando el Imperio. Puede que habitara en ella algún oficial superior, en los tiempos en que aún se bailaban valeses. O quizás un funcionario del Estado. ¿Quién sabe? Es una antigua casa austríaca como tantas otras de los Balcanes, Hungría, Yugoslavia y, naturalmente, también Galitzia. Piensa todo esto en los pocos segundos que transcurren antes de penetrar en el pasillo, lleno de múltiples olores, y muy estrecho.

Sonriendo, Willi abre finalmente una puerta, y ante ellos se ofrece la visión de un restaurante con sillones y mesas adornadas con flores. «Flores otoñales —piensa Andreas—. Las mismas que se ponen en las tumbas.» Tal vez sea aquélla su comida de condenado a muerte. Willi los conduce a un reservado dotado de cortina, y en cuyo interior hay también una mesa y sillones, todo puesto con gusto. Parece un sueño. «Hace sólo unos minutos, ¿no estaba yo parado bajo un cartel con el nombre de Lemberg escrito en él?» —piensa Andreas.

—¡Camarero! —Acude un sirviente polaco, elegante, con los zapatos lustrados, bien afeitado y la cara sonriente. Sólo su chaqueta está un poco manchada. Andreas se dice que allí todo es acogedor. No tiene importancia que el camarero lleve la chaqueta manchada. Sus zapatos negros y brillantes parecen los de un gran duque, y va afeitado como un dios.

—Georg —le dice Willi—. Los señores desearían lavarse y afeitarse.

Ha hablado casi como quien da una orden. O mejor dicho, es una orden. Andreas no tiene más remedio que sonreír, mientras sigue al camarero de cara perpetuamente afable. Le parece estar invitado en casa de una abuela rica o de un tío distinguido, quienes hubiesen dicho que los no lavados y afeitados no podían sentarse a la mesa.

El cuarto de baño es magnífico y está impecable. Georg trae agua caliente.

—Si los señores desean jabón de tocador clase extra, habrán de abonar quince marcos.

—Tráigalo —dice Andreas—. Papá lo paga todo.

Georg trae el jabón, y repite riendo:

—Papá lo paga todo.

El rubio también se lava. Se desnudan de medio cuerpo para arriba y se enjabonan concienzudamente, frotándose con alegría los brazos y el torso cubierto por una piel amarillenta de soldado. «Es una suerte haber traído calcetines limpios —piensa Andreas—. Así podré lavarme los pies y cambiarme.»

Seguramente los calcetines serán muy caros allí. Por otra parte, prefiere no dejarlos en el macuto. Es probable que los partisanos ya tengan calcetines. Mientras se lava los pies, se ríe del rubio, que lo mira con cara de extrañeza. Parece estar soñando.

«Es muy agradable ir bien afeitado como los polacos, pero mañana tendré otra vez la barba crecida y será una lástima» —piensa Andreas—. El rubio no tiene necesidad de afeitarse porque ni siquiera le ha salido el vello sobre el labio superior. Andreas se pregunta por vez primera qué edad tendrá aquel muchacho. Entretanto se pone una camisa limpia, con cuello de paisano, quitándose el postizo que resulta tan molesto. La camisa es de color azul; en otros tiempos fue marino, pero se ha ido volviendo casi celeste. Se abrocha el cuello y se pone la guerrera gris, con su insignia de herido en combate. Piensa que a lo mejor aquella insignia fue fabricada en el taller de los padres del rubio. Vuelve a pensar en la edad de éste. Ciertamente no tiene barba, pero tampoco le ha crecido a Paul no obstante contar veintiséis años. El rubio lo mismo puede haber cumplido diecisiete que cuarenta. Su rostro es bastante extraño. Llega a la conclusión de que andará por la veintena. Es cabo, y probablemente lleva un año de servicio, o quizá dos. «Veinte o veintiún años» —se dice Andreas—. El cuello está bien abrochado; la guerrera bien puesta. Ciertamente es agradable sentirse limpio.

Encuentran el camino de regreso al comedor. En el restaurante hay un par de oficiales a los que es preciso saludar. Les parece una obligación desagradable, y agradecen el poder situarse bajo la protección del reservado.

—Así se hace, muchachos —dice Willi, que está bebiendo vino y fuma un cigarro puro. La mesa está puesta, con sus platos de todas clases, sus tenedores, sus cuchillos y sus cucharas. Georg sirve en silencio. Primero una sopa, que al principio Andreas confunde con caldo. Reza en silencio largo rato, mientras los demás comen, sin que, de modo extraño, se les ocurra decir nada.

Después del caldo les ponen una cosa parecida a ensalada de patata, y en poca cantidad. Para beber tienen un aperitivo, como en Francia. Y a continuación varios platos de carne. Primero un bistec alemán, y luego algo muy curioso.

—¿Qué es esto? —pregunta Willi sonriente.

—Corazón de cerdo —le responde Georg, jocosamente—. Un corazón de cerdo excelente.

Después sirve chuletas. Unas chuletas sabrosísimas. «Una verdadera comida de condenado a muerte» —se dice Andreas. Está casi asustado al comprobar cuánto le gusta todo aquello. «Es una vergüenza —piensa—. Debería estar rezando, puesto de rodillas en cualquier parte. En cambio, estoy aquí comiendo corazón de cerdo. Una

auténtica vergüenza.» Vienen luego las verduras, que prueban por vez primera en mucho tiempo, guisantes y, finalmente, patatas. A renglón seguido, más carne, esta vez una especie de «goulash». Más verdura, ensalada, y otra vez algo verde. El vino no falta. Willi lo sirve ceremoniosamente, riendo.

—Toda la hipoteca al diablo —exclama—. ¡Viva la hipoteca de Lemberg!

Hacen chocar sus vasos en honor de la hipoteca de Lemberg.

Llegan los postres, que son muy abundantes. «Esto es como en Francia» —piensa Andreas. Primero un flan auténtico, hecho con huevo. Luego, tarta cubierta con vainilla caliente. Y un vino muy dulce que escancia Willi. En seguida un pastel pequeño, que apenas si destaca sobre el plato blanco. Está recubierto de crema de chocolate, hay hojaldre, y, en su interior, nata, auténtica nata. «¡Lástima que sea tan pequeño!» —piensa Andreas. Siguen sin hablar. El rubio todavía sueña, y casi da miedo verle la cara. Mastica sin cesar, y come y bebe con la boca abierta. Como final, llega el queso. Exactamente como en Francia: queso y pan. La comida ha terminado. «El queso cierra el estómago» —se dice Andreas. Para acompañarlo, beben vino blanco; vino blanco francés... Sauternes...

¡Dios mío! También bebió Sauternes en una terraza de Le Treport, cierta noche de verano, junto al mar. Un vino tan maravilloso como la leche, el fuego y la miel. En una terraza junto al mar. Pero aquella noche los ojos amados no estaban tan cerca de él como en Amiens. Vino de Sauternes en Le Treport. Recuerda perfectamente los sabores. Sauternes en Le Treport mientras ella estaba allí, con su boca, su pelo y sus ojos. El vino lo consigue todo. Y es bueno para acompañar el queso y el pan.

—¿Qué, muchachos? —pregunta Willi contento—. ¿Os ha gustado la comida?

Sí. Les ha gustado y se sienten perfectamente, aunque no saturados en exceso. Quizá se deba a que es bueno beber vino durante las comidas. Andreas se pone a rezar. Después de una comida hay que rezar, y él lo hace durante largo rato. Entretanto, los demás han encendido cigarros y fuman, acomodados en los sillones, mientras Andreas reza, con los brazos apoyados en la mesa.

Piensa que la vida es hermosa, o, mejor dicho, que era hermosa. «Doce horas antes de morir, debo reconocer que la vida es muy bella. Pero ya se ha hecho demasiado tarde. Soy un desagradecido por haber negado que exista la alegría, y que la vida es bella.» El miedo, la confusión y el arrepentimiento le hacen sonrojar. «He negado que pueda haber alegría en los seres humanos y que la vida sea bella. Mi existencia ha sido desgraciada. Y mi vida, un error; una equivocación. No he cesado de sufrir bajo el peso de este espantoso uniforme. Nunca dejé de hablarme y de querer convencerme de ello; pero mi sangre se ha vertido en los campos de batalla. Sí. Tres veces resulté herido en eso que se llama el campo del honor: en Amiens, en Tiraspol y en Nikopol. No he visto más que sangre y porquerías; sólo he oído suciedad y miseria, y no oí más que obscenidades. Por unas décimas de segundo conocí el verdadero amor entre dos seres humanos; el amor de hombre y mujer que tan hermoso puede ser. Sólo unas décimas de segundo. Y ahora, once o doce horas

antes de mi muerte, me veo obligado a reconocer que la vida puede ser muy bella. Bebí vino de Sauternes en una terraza de Le Treport, junto al mar, y también en Cayeux, en otro atardecer de verano. Y mi ama da estaba junto a mí... Y en París, sentado en las terrazas de los bulevares, me saturé de aquel vino magnífico, con su color amarillento. Mi amada también se encontraba allí. No era preciso buscarla entre cuarenta millones de habitantes para ser feliz. Creí no haber olvidado nada, pero lo había olvidado todo. La comida ha sido magnífica, con el sabroso corazón de cerdo, el queso y el vino. Me ha traído evocaciones, y me recordó que la vida es hermosa... a sólo once o doce horas...».

Piensa en los judíos de Czernowitz, y más tarde en los de Lemberg, Stanislau y Kolomea, y en el cañón emplazado allá en las ciénagas de Ssiwasch. Y en el que dijo: «Esas son las ventajas de la pieza de 3,7». Y en la fea y aterida prostituta de París, a la que, cierta noche, apartó de un empujón...

—Bebe, compañero —le dice Willi secamente.

Andreas levanta la cabeza y obedece. Aún queda bastante vino. La botella está puesta a refrescar. Vacía su vaso y deja que se lo vuelvan a llenar.

«Parece extraño que me encuentre en Lemberg —se dice—. ¿Qué hago en esta casa de la época austríaca, vieja y medio derruida? En alguna gran sala de la misma se celebraron en otros tiempos grandes fiestas y se bailaron vales. Hará unos... — cuenta en silencio— veintiocho años...; no, veintinueve. Veintinueve años atrás no había ninguna guerra. Hace veintinueve años esto era territorio austriaco... Después pasó a Polonia... más tarde a Rusia... y ahora pertenece a la Gran Alemania. En aquella época se celebraban fiestas, y se bailaban vales magníficos. La gente sonreía. Y, probablemente, en el jardín enorme que debe existir detrás de la casa se besarían los tenientes y las damiselas... y acaso también las personas mayores. El dueño de la casa debió de ser algún coronel o general, que haría como quien no ve nada... un funcionario superior de la regencia imperial austríaca, o algo por el estilo.»

—Bebe, camarada.

Así lo hace muy a gusto. «El tiempo pasa —se dice—. Me gustaría saber qué hora es. Al salir de la estación eran las once o las once y cuarto. Ahora deben ser ya las dos o las tres... Quedan aún doce, o algo más. El tren sale a las cinco. A partir de entonces, pronto...»

El «pronto» se le aparece ahora confuso. Sucederá a menos de sesenta kilómetros de Lemberg, y el tren necesita hora y media para recorrerlos. A las seis y media ya se habrá hecho de día. Pero mientras se lleva el vaso a los labios, comprende que no verá dicho día. Cuarenta kilómetros... una hora o tres cuartos, hasta que empiece a clarear. Reinará todavía la oscuridad. Serán, con toda exactitud, las seis menos cuarto de mañana, domingo. Paul empezará una nueva semana y dirá misa a las seis. «Moriré en el instante en que Paul se acerque al altar. Estoy seguro. Cuando Paul empiece sus oraciones al pie del ara, sin monaguillo, porque me ha dicho que en estos tiempos los monaguillos son difíciles de encontrar. Cuando empiece sus oraciones al

pie del altar, entre Lemberg y... Quisiera saber qué localidad se encuentra a cuarenta kilómetros de Lemberg. Es necesario mirar el mapa.» El rubio duerme en su sillón. Está cansado, porque tuvo que montar guardia. En cambio, Willi sigue despierto y sonríe satisfecho, algo borracho. El mapa se encuentra en el bolsillo del rubio. De todos modos, aún hay tiempo. Faltan más de doce o quince horas. Y en el transcurso de las mismas tiene que hacer muchas cosas... rezar, rezar, y no dormir. Sobre todo, no dormir. «Es mejor saberlo con toda exactitud. También Willi sabe que va a morir. Y lo mismo el rubio, cuya vida está acabada. La copa se ha llenado hasta el borde, y sólo falta una gota para que rebose.»

—Bueno, muchachos —dice Willi—. Lo siento mucho, pero hay que marcharse. ¿Verdad que la comida ha sido estupenda?

Da un empujón al rubio y éste se despierta. Estaba soñando, y los sueños se reflejan en su cara. Sus pupilas no parecen tan borrosas, sino que ahora tienen algo de infantil. Quizás ha estado soñando cosas sumamente agradables. La alegría es capaz de borrarlo todo. Y también la desgracia.

—Iremos a donde estampan los sellos —dice Willi—. Pero no os voy a descubrir el lugar antes de tiempo.

Está un poco disgustado porque nadie demuestra interés en preguntárselo. Llama a Georg y paga. La cuenta asciende a algo más de cuatrocientos marcos, a los que añade una propina principesca.

—Pídenos un coche —dice Willi al camarero.

Toman su equipaje, se ajustan los cintos y se ponen los gorros. Pasan junto a los oficiales, los paisanos y los que llevan camisas pardas, comensales de todos los restaurantes de Europa: tanto si son franceses, como húngaros, rumanos, rusos, yugoslavos, checos, holandeses, belgas, noruegos, italianos o luxemburgueses. Colocarse los quepis, abrocharse los cintos, saludar y salir viene a ser lo mismo que abandonar un templo donde moran dioses muy severos.

Abandonan la casa construida en tiempos de la Austria imperial, con su jardín delantero, y Andreas mira otra vez la fachada ya vieja, que evoca el cadencioso sonar de los vales. Luego suben al taxi y se alejan de ella.

—Vamos a la oficina donde ponen los sellos —dice Willi—. Abren a las cinco.

—¿Puedes prestarme el mapa un momento? —pregunta Andreas al rubio.

Pero antes de que éste haya tenido tiempo de sacarlo se paran otra vez. Sólo han recorrido un breve trecho por una avenida bordeada de casas de la época imperial. Al fondo ven un espacio moteado de villas. La casa ante la que se han detenido es de estilo polaco, con el techo casi plano, la fachada de color amarillento, sucio, y unas ventanas altas y estrechas cerradas por persianas que recuerdan a Francia. Unas persianas de aspecto frágil, pintadas de gris. El lugar donde «estampan los sellos» es una casa polaca, y Andreas comprende en seguida que se trata de un burdel. La planta baja está oculta tras un seto de hayas, tupido, y cuando cruzan el jardín observa que las ventanas del entresuelo no están cerradas.

Ve unas cortinas color canela, bastante sucias, casi marrones, tirando a rojizo.

—Aquí se estampan todos los sellos del mundo, muchachos —dice Willi riendo—. Sólo es preciso saberlo y ser de confianza.

Están ante la entrada, llevando su equipaje, y Willi tira de la campanilla. Transcurre un rato hasta que se oye ruido en el interior. Andreas está seguro de que los observan desde dentro. Va pasando el tiempo, y Willi comienza a impacientarse.

—¡Diantre! —exclama, y añade—: Si el que llama es un desconocido, esconden lo que creen sospechoso. Pero a mí no es preciso que me oculten nada.

Finalmente la puerta se abre, y una mujer de cierta edad se acerca a Willi con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios.

—Casi no te conocía —dice con aire amistoso—. Entren, por favor. ¿Son dos amigos tuyos? —pregunta señalando a Andreas y al rubio—. Demasiado jóvenes para nuestra casa —añade moviendo la cabeza.

Penetran en el vestíbulo y dejan los equipajes en un rincón del guardarropa.

—Necesitamos un pase para el tren de mañana a las cinco —dice Willi—. Ya sabe: el correo.

La mujer mira a los muchachos con aire vacilante. Está nerviosa e inquieta. Se nota perfectamente que su cabello, algo gris, no es más que una peluca. Su cara angulosa y delgada, con ojos también grises de mirada desvaída, está discretamente maquillada. Lleva un vestido elegante, rojo y negro, de cuello muy cerrado para no exhibir la piel, sin duda ajada, que se vislumbra más arriba; una piel de gallina, pero sin plumas.

Andreas piensa que debería ponerse un cuello como el de los uniformes militares; como el de la guerrera de un general.

—Bueno —dice la mujer, aún vacilante—. Entonces...

—Eso y quizás algo de beber, y una muchacha —responde Willi—. ¿Vosotros también queréis una?

—No —dice Andreas—. Nada de muchachas.

El rubio está sonrojado y la angustia le hace sudar copiosamente. Andreas se dice que debe ser espantoso para él, y que quizás haría mejor aceptando compañía.

Al oído de Andreas llega de pronto un retazo de música. Sólo muy poco. En alguna parte de la casa se ha abierto la puerta de alguna habitación en la que hay un aparato de radio. Y durante aquel medio segundo surgió de ella un retazo de música, como cuando se buscan emisoras y se cambia bruscamente de onda, y tan pronto se oye jazz, como cantos militares, o una voz sonora interpretando a Schubert... Schubert...

La puerta se ha cerrado de nuevo, pero a Andreas le parece como si alguien le hubiera herido en el corazón, abriendo en él un dique secreto. Se pone pálido, se tambalea y tiene que apoyarse en la pared. Música... un fragmento de Schubert... «Daría diez años de mi vida por oír una canción de Schubert. Pero sólo me quedan doce horas y tres cuartos, puesto que deben ser las cinco más o menos.»

—¿Y usted? —pregunta la mujer, cuya boca es feísima, como puede comprobar; una boca como una ranura para recibir dinero. Una boca de hucha.

—¿Y usted? —insiste—. ¿No quiere nada?

—Música —responde Andreas—. ¿Es posible comprarla en esta casa?

La mujer lo contempla extrañada; vacila. Seguramente ha vendido de todo: pases, muchachas y pistolas. Su boca es de las que comercian con todo lo posible. Pero no está segura de si se puede vender música.

—Bueno —responde inquieta—. Música... Puede que sí.

Sin duda considera que es mejor afirmar. Siempre queda tiempo para una negativa. Si ya desde un principio se dice «no» las posibilidades de negocio son escasas.

Andreas ha recobrado la firmeza.

—¿Me vende música?

—Sí, pero ha de ser en compañía de una muchacha —responde la mujer, sonriendo.

Andreas mira a Willi. Se siente indeciso. No sabe lo que le va a costar la música y una muchacha, pero Willi lo comprende todo muy rápidamente.

—Compañero —le dice—. Poseemos la hipoteca. ¡Viva la hipoteca de Lemberg! Podemos comprar cualquier cosa.

—Bueno —dice Andreas a la mujer—. La música y una muchacha.

La puerta ha sido abierta y tres mujeres permanecen en el pasillo, riéndose, tras haber escuchado las negociaciones. Dos son morenas y la otra pelirroja. Esta última ha reconocido a Willi y, colgada de su cuello, dice a la vieja:

—Mándeles a la cantante de ópera.

Las otras dos se ríen. Una de ellas coge del brazo al rubio, quien, al sentir el contacto, se pone a llorar, tiembla y se dobla como una caña. La morena debe sostenerlo con fuerza, al tiempo que le dice al oído:

—No temas nada. No tengas miedo.

Es conmovedor ver llorar al rubio. También a Andreas le gustaría poder llorar. Su corazón es como un dique que quiere desbordarse por el lugar en donde la pared ha sido perforada. «Al fin podré llorar —piensa— pero no delante de esta mujer con su boca de hucha, que sólo da importancia al dinero. A lo mejor lloraré cuando venga la cantante de ópera.»

—¡Bueno! —exclama con aire ofendido la chica morena que se ha visto desdeñada—. Si lo que quiere es música, vale más que se vaya con la cantante.

Y dicho esto desaparece. Andreas, que continúa apoyado en la pared, oye como se abre la puerta otra vez y vuelve a sonar en sus oídos un retazo de música. Pero no es de Schubert sino de Liszt. También lo de Liszt es bonito. También Liszt puede hacerle llorar. Hace ya tres años y medio que no llora.

En cambio, el rubio sí que llora, apoyado en el pecho de una de las chicas morenas. Aquellas lagrimas le harán bien. En su llanto no queda rastro alguno de lo

ocurrido en los pantanos de Ssiwasch; no existe miedo sino mucho, muchísimo dolor. La pelirroja, que tiene un rostro bondadoso, dice a Willi, que la tiene enlazada por la cintura:

—Haz venir a la cantante de ópera. Este muchacho es encantador. Lo encuentro muy simpático con su manía de la música.

Y envía un beso a Andreas.

—Sí. Es joven y simpático. Tienes que pagarle a la cantante de ópera. Y el piano.

—¡La hipoteca de Lemberg da para todo! —exclama Willi.

La encargada conduce a Andreas al piso de arriba.

Suben la escalera, y siguen por un pasillo al que dan muchas puertas cerradas, hasta llegar a una sala donde hay sillones cómodos, un diván y un piano.

—Es un bar para fiestas particulares —le explica—. Cuesta seis de los grandes toda una noche. La «cantante de ópera» es un apodo, ¿comprendes? Vale dos billetes y medio, aparte las consumiciones.

Andreas se deja caer pesadamente en uno de los sillones y asiente con un movimiento de cabeza. Luego hace un ademán de despedida y se siente contento al ver desaparecer a la encargada, que llama desde el quicio de la puerta:

—Olina... Olina...

Andreas se dice que hubiera sido mejor alquilar solamente el piano; nada más que el piano. Se estremece al pensar en dónde se ha metido. Desesperado, se acerca a la ventana y con brusco movimiento corre la cortina. Fuera hay todavía algo de claridad. ¿A qué viene, pues, la oscuridad artificial que reina en el recinto? «Es el último día en que veré la luz, pero ellos me la ocultan.» El sol refulge por encima de un monte e ilumina cálido y suave los jardines situados tras hermosas villas, y los tejados de algunas casitas. «Estamos en la época de las manzanas —piensa Andreas—. A finales de septiembre, también aquí habrán madurado. En Cherkassy se ha formado una “bolsa” otra vez y los “remendones” la estarán liquidando. Todo se arreglará. Todo se arreglará. En cuanto a mí, estoy en la ventana de un burdel, en la “casa donde estampan los sellos”, cuando sólo me quedan doce horas de vida y debería rezar, rezar de rodillas. Me encuentro sin fuerzas para oponerme a la avalancha del dique que se ha roto, porque al entrar aquí la música perforó su pared. De todos modos, es mejor que no pase toda la noche a solas con un piano. Me volvería loco. ¡Precisamente con un piano! Mejor será que venga Olina, la cantante de ópera. Me he olvidado del mapa —piensa de pronto—. Olvidé pedírselo al rubio. Y es preciso que sepa qué hay a cuarenta kilómetros de Lemberg... No puedo esperar. No se trata de Stanislau. No. No es ni siquiera Stanislau. No llegaré a dicha ciudad. Ocurrirá entre Lemberg y Czernowitz. Con cuánta seguridad pensé desde el principio que sería en esta última. Hubiera apostado que llegaría a ver Czernowitz. Al menos sus arrabales. Pero sólo me quedan cuarenta kilómetros... doce horas...»

Se sobresalta al percibir un tenue rumor como el que produciría un gato al penetrar calladamente en la estancia. La cantante de ópera se encuentra ante la puerta,

que se ha cerrado sin hacer el menor ruido. Es una joven bajita, delgada y muy frágil. Lleva el cabello rubio recogido en un moño sobre la parte superior de la cabeza, y algunos mechones le caen en desorden. Un bonito cabello dorado. Calza zapatillas rojas y su vestido es de color verde pálido. Cuando las miradas de los dos se encuentran, hace un ademán como si quisiera desabrocharse el vestido empezando por los hombros.

—¡No! —le grita Andreas.

Pero en el mismo instante en que la palabra ha surgido de sus labios, se arrepiente de haberla pronunciado con tanta dureza. «Hace tiempo le grité a otra mujer de un modo parecido —se dice—. Pero ya no puedo remediarlo.»

La cantante de ópera lo mira, más perpleja que molesta. El tono de su voz, extraño y dolorido, la ha impresionado.

—No —añade Andreas con más dulzura—. No lo haga.

Se acerca a ella, pero en seguida regresa adonde estaba, se sienta, se vuelve a levantar y dice:

—¿Puedo tutearte?

—Sí —responde ella con afabilidad—. Me llamo Olina.

—Lo sé —responde él—. Yo, Andreas.

La muchacha se sienta en el sillón que él le ha indicado, y lo mira extrañada, casi con miedo. Andreas se levanta, se acerca a la puerta y cierra con llave. Vuelve a sentarse, esta vez junto a la joven, y mira su perfil. Tiene una nariz fina, ni redonda ni puntiaguda; una nariz a lo Fragonard. También su boca es Fragonard. Su rostro ofrece una expresión bastante depravada, pero puede que en el fondo aquella joven no sea más que una ingenua, inocente y depravada a la vez, como las pastoras que pintó Fragonard. Sus facciones son por completo polacas, y su nuca ágil y elemental.

Andreas piensa que hizo bien al conservar algunos cigarrillos. Pero ya no le quedan cerillas. La muchacha se levanta vivamente y abre un armario repleto de botellas y de cajas, del que saca unos fósforos. Pero antes de entregárselo anota algo en una hojita de papel que hay dentro del armario.

—Debo registrarlo todo —le explica—. Incluso esto.

Se ponen a fumar, contemplando el paisaje de Lemberg, dorado por el sol, con los jardines que se extienden detrás de las casitas.

—¿Has sido cantante de ópera? —pregunta Andreas.

—No —responde la joven—. Me llaman así porque estudié música. Y ésas creen que en cuanto una ha estudiado música ya se es cantante de ópera.

—¿De modo que no sabes cantar?

—Sí; sí, sé cantar pero no he estudiado nunca canto. Sé cantar... sólo un poco.

—¿Qué estudiaste en realidad?

—Piano. Quería ser pianista.

«Es curioso —piensa Andreas—. Yo también quería ser pianista.» Un dolor intenso le oprime el corazón. «Quería ser pianista. Era el sueño de mi vida. Llegué a

tocar bastante bien, incluso con maestría; pero el estudiar me parecía una tortura insoportable. Me molestaba ir a la escuela. Pensaba que, ante todo, era preciso acabar el bachillerato. Porque en Alemania el bachillerato es imprescindible. Nada puede conseguirse sin él. Había que acabar los cursos en el Instituto; pero cuando lo logré, estábamos ya en el año mil novecientos treinta y nueve, y fue preciso entrar en el Servicio de Trabajo. Al terminar, estábamos en guerra. De esto hace cuatro años y medio, y desde entonces no he vuelto a tener posibilidades de tocar el piano. Soñaba con ser pianista del mismo modo que otros sueñan con ejercer de profesor en una Universidad. Sólo amaba el piano, pero no hubo nada que hacer. Primero el bachillerato, luego el Servicio de Trabajo y, a renglón seguido, los muy cerdos empezaron la guerra...» El dolor se le ha localizado en la garganta y jamás se ha sentido tan abandonado como en aquellos momentos. «Vale más que sufra un poco. Quizá se me perdone el estar en un burdel de Lemberg, sentado junto a una cantante de ópera cuyo precio son dos billetes y medio por toda una noche, sin contar los fósforos y el piano, que cuesta seis billetes más. Puede que todo me sea perdonado teniendo en cuenta el dolor que me ha producido oír la pronunciar las palabras piano y pianista.» Es espantoso sentir este dolor localizado en la garganta, desde donde desciende lentamente, cada vez con más fuerza, hasta el conducto digestivo y luego hasta el estómago, como un veneno que desde allí se difundiera por todos los rincones de su cuerpo. «Hace sólo hora y media yo era totalmente feliz. Bebía vino de Sauternes y recordaba la terraza en Le Treport donde aquellos ojos estuvieron tan cerca de los míos y donde mentalmente canté una melodía en homenaje a su belleza. Ahora, en cambio, me encuentro en un burdel, medio deshecho por el dolor, junto a esta bella muchacha que todo el glorioso ejército alemán codiciaría. En el fondo, me siento contento por sufrir. Este dolor me está destrozando, pero soy feliz por padecer de una manera tan terrible, ya que, gracias a ello, quizás todo me sea perdonado, incluso el no ponerme de rodillas y rezar durante las doce horas que aún me quedan de vida. ¿Dónde podría arrodillarme? No existe un lugar en el mundo donde hacerlo sin ser molestado. Diré a Olina que se ponga de guardia ante la puerta, y a Willi que pague los seiscientos marcos del piano y los doscientos cincuenta que cuesta la cantante de ópera, amén de las cerillas. Y luego invitaré a Olina a una botella de vino para que no se aburra.»

—¿Qué te pasa? —pregunta Olina, cuya voz agradable conserva todavía un tono de extrañeza, motivado por su repentino «¡No!»

Él la mira y le gusta la expresión de su rostro, y sus ojos de un tono gris, dulces y llenos de tristeza. Comprende que es preciso contestar algo.

—No me pasa nada —responde.

Y a continuación pregunta de improviso, notando que le cuesta gran trabajo pronunciar las palabras, con sus labios impregnados de veneno y su garganta terriblemente dolorida:

—¿Estudiaste la carrera completa?

—No —responde la joven, sencillamente.

Es una crueldad interrogarla sobre ello. Olina tira la colilla en el cenicero metálico, que está en el suelo, entre dos sillones. Y a continuación pregunta en voz baja, con expresión suave:

—¿Quieres que te lo cuente?

—Sí —le contesta Andreas, sin atreverse a mirarla porque aquellos ojos de apariencia tan tranquila, le infunden temor.

—Bueno.

Pero ella tarda en continuar. Tiene la mirada fija en el suelo. Andreas adivina que va levantando la cabeza poco a poco. De pronto le pregunta:

—¿Cuántos años tienes?

—En febrero cumpliría veinticuatro —responde Andreas en voz baja.

—¿Cumplirías...? ¿Es que... no piensas cumplirlos? —le pregunta la joven.

La mira sorprendido. «¡Qué oído tan fino tiene!»

De pronto siente la certidumbre de que se lo va a contar todo; de que ella será la única en enterarse de lo que le ocurre. La única persona en el mundo a quien confíe que morirá al día siguiente muy temprano, alrededor de las seis, en...

—Es sólo una manera de expresarse —le contesta. Y súbitamente añade—: ¿Qué población se encuentra a cuarenta kilómetros de Lemberg, en dirección a... en dirección a Czernowitz?

—Stryj —responde la muchacha, cada vez más extrañada.

«¡Qué nombre tan raro! —piensa Andreas—. No lo he visto en ningún mapa. Debe haberme pasado por alto. Por Dios, es preciso que rece también por los judíos de Stryj. Espero que todavía queden algunos. Stryj... Stryj... ¿De modo que sucederá allí, que moriré antes de llegar a Stryj? Ni siquiera a Stanislau o Kolomea, y mucho menos aún Czernowitz. Será en Stryj. A lo mejor, ni siquiera figura en el mapa de Willi.»

—Cumplirás veinticuatro años en febrero —dice Olina—. Es curioso. Lo mismo que yo.

La mira y ella sonrío.

—Lo mismo que yo —repite—. Nací el doce de febrero de mil novecientos veinte.

Se miran largamente, con expresión cada vez más profunda. Olina se inclina hacia él, pero la distancia entre los dos sillones es demasiado grande, y la joven se acerca y pretende abrazarlo. Pero él la rechaza.

—No. Eso no —le dice—. No te enfades. Te lo explicaré... más tarde. Yo... yo nací el quince de febrero.

La muchacha continúa fumando, y a él le agrada que no se haya tomado a mal su negativa. Olina sonrío al pensar que aquel soldado la ha alquilado a ella y a la habitación para pasar toda una noche y que todavía no son ni siquiera las seis.

—Has dicho que me ibas a explicar... —empieza Andreas.

—Sí —afirma ella—. Los dos tenemos la misma edad, ¿no es estupendo? Sólo te llevo tres días. A lo mejor, soy tu hermana —se echa a reír—. Sí, puede que sea tu hermana.

—Cuéntame más cosas, por favor.

—Bueno —asiente la muchacha—. En Varsovia tomaba clases en el Conservatorio. ¿Quieres que te hable de mis estudios?

—Sí.

—¿Conoces Varsovia?

—No.

—Pues verás. Varsovia es una gran ciudad, muy bonita. Y el Conservatorio estaba en una casa muy grande, por el estilo de ésta, pero con un jardín mucho mayor. Durante los recreos nos paseábamos por ellos y descansábamos. Siempre me decían que estaba muy bien dotada para la música. Tomaba clases de piano. Al principio, pensé dedicarme al clavicémbalo, pero no había más aspirante que yo y lo tuve que dejar. Como prueba de aptitud tuve que tocar una pequeña sonata de Beethoven, una pieza peligrosa; una de esas composiciones que parecen sencillas pero que uno puede desfigurar sin darse cuenta, convertirlas en algo demasiado patético. Son cosas que parecen fáciles pero que resultan en extremo difíciles. Se trataba del Beethoven de la primera época; casi tan clásico como Haydn. Una pieza demasiado refinada para una prueba de aptitud, ¿te das cuenta?

—Sí —asegura Andreas, notando que está a punto de ponerse a llorar.

—Aprobé el examen con una calificación muy buena. Seguí estudiando música hasta... bueno... hasta que estalló la guerra. Era el otoño de mil novecientos treinta y nueve. Habían pasado dos años durante los cuales trabajé a fondo y coqueteé mucho. A mí siempre me ha gustado besar y todo lo demás, ¿comprendes? Logré interpretar muy bien a Liszt e incluso a Tchaikovski. Pero nunca pude con Bach. Me hubiera gustado conseguirlo, pero fue imposible. Chopin también se me daba perfectamente... Bueno, después llegó la guerra... Detrás del Conservatorio había un jardín maravilloso, con bancos y emparrados. A veces celebrábamos fiestas allí. Se tocaba música y se bailaba... Cierta vez organizamos un Festival Mozart. Fue algo magnífico. También a Mozart lo interpretaba bien. Pero la guerra acabó con todo, definitivamente.

Se calla y Andreas la mira fijamente con expresión interrogante. La muchacha parece enfadada. Tiene el pelo un poco despeinado, como en una figura de Fragonard.

—¡Dios mío! —exclama de pronto—. ¿Por qué no haces conmigo lo mismo que hacen los demás? ¿A qué vienen estas tonterías?

—Prefiero que sigas contándome cosas —le contesta Andreas.

—Se trata de algo que no puedes comprar —dice la joven frunciendo las cejas.

—Te lo pagaré con la misma moneda —propone él—. Y yo también te contaré... te lo contaré todo.

La joven permanece callada, mirando el suelo fijamente. Andreas la observa de

soslayo, pensando: «Tiene todo el aspecto de una ramera. El deseo se pinta en cada una de sus facciones. No se trata de una inocente pastora sino de una mujer depravada. Y el comprobarlo me causa profundo dolor. Ha sido un sueño muy hermoso. Pertenece a la clase de mujeres que se encuentran en los alrededores de la estación de Montparnasse. Pero noto que me hace bien el sentir otra vez el dolor. Me había olvidado durante un rato, escuchando su voz agradable y tranquila contarme cosas del Conservatorio...»

—Me estoy aburriendo —dice Olina sin dar importancia a la cosa.

—Bebamos vino —propone Andreas.

Olina se levanta y, con actitud puramente profesional, se dirige al armario.

—¿Qué quieres beber? —le pregunta mirando al interior del mueble—. Hay vino blanco y tinto. Mosela, me parece —explica.

—Pues bebamos Mosela —acepta Andreas.

La joven saca la botella, acerca una mesita a los sillones, da un sacacorchos al visitante y pone dos vasos, mientras Andreas destapa el vino. Luego lo sirve y mira a la joven; brindan y él sonrío al ver su expresión de enfado.

—A la salud del año en que nacimos —dice Andreas—. El mil novecientos veinte.

Olina sonrío.

—De acuerdo —dice—. Pero no pienso contarte nada más.

—Entonces hablaré yo.

—No —protesta Olina—. Los soldados no sabéis contar más que cosas del frente. No oigo nada más desde hace dos años. Siempre la dichosa guerra. En cuanto habéis terminado, ya estáis hablando de la guerra. Es muy aburrido.

—¿Qué te gustaría hacer?

—Pervertirte. Porque eres inocente, ¿verdad?

—En efecto —dice Andreas, sorprendiéndose al ver la rapidez con que ella se ha puesto en pie.

—Me lo figuraba. ¡Me lo figuraba! —exclama Olina.

Tiene la cara sonrojada y la expresión nerviosa; sus pupilas flamean. «Es extraordinario —piensa Andreas—. De cuantas mujeres he conocido en mi vida ésta es la que menos he deseado. No obstante, es bonita y podría tenerla en mis brazos ahora mismo. A veces creo que es muy hermoso llegar a poseer a una mujer. Pero a ninguna he deseado menos que a ésta. Se lo voy a contar todo; todo...»

—Olina —dice señalando el piano—. ¿Por qué no interpretas la pequeña sonata de Beethoven?

—Bueno. Pero prométeme que luego... me amarás.

—Nada de eso —responde Andreas con calma—. Siéntate.

La obliga a que se acomode en el sillón, mientras ella lo mira sin pronunciar palabra.

—Escúchame con atención —le ruega—. Te voy a contar algo.

Mira hacia el exterior y observa que el sol ya se ha ocultado. Sólo un pequeño resto de claridad flota sobre los jardines. Pero dentro de poco, incluso ésta se habrá esfumado. Y nunca más volverá a brillar el sol para él; jamás verá otra vez sus rayos. El último día ha transcurrido igual que los demás, y empieza la postrera noche. El tiempo pasa, sin aprovecharlo, carente de todo sentido. Ha rezado un poco, ha bebido, y ahora se encuentra en un burdel, esperando hasta que sea totalmente de noche. No sabe el tiempo que ha transcurrido. Se ha olvidado de la muchacha por completo. Y lo mismo del vino y de la casa en que se halla. Sólo percibe un retazo de bosque y de unos árboles en cuyas copas hay todavía una leve pincelada de color, restos ínfimos de un sol que ya se esconde definitivamente. Unos resplandores rojizos, de tan alto valor para él que no es posible expresar su hermosura en palabras, penden todavía en las ramas más altas, formando una minúscula corona luminosa, la última que sus ojos verán, y que se aferra débilmente a las ramas de los árboles más elevados, capaces de atrapar todavía algo de ese rayo dorado que brillará medio segundo hasta desaparecer definitivamente. «Aún hay algo de luz —se dice con la respiración entrecortada—. Una ilusión de claridad en las ramas de aquel árbol... Una partícula insignificante del reflejo solar. Y yo soy el único en el mundo entero que le presta atención... Es como una sonrisa que se va apagando lentamente hasta llegar al fin, y que jamás podré volver a ver.»

—Olina —dice en voz baja.

Ahora está seguro de poder hablar y de vencer la actitud de la joven. Porque a una mujer se la domina mejor cuando se ha hecho de noche. «Es curioso» —piensa, sintiendo que Olina le pertenece, que está entregada a él.

—Olina —repite en voz baja—. Voy a morir mañana temprano. —Se expresa con voz tranquila y puede notar que ella parece asustada—. No temas. Sí, moriré mañana temprano. Tú eres la primera persona y la única a quien se lo he contado. Sé que he de morir. El sol acaba de ocultarse. Y poco antes de llegar a Stryj mi existencia habrá cesado.

La muchacha se levanta con presteza y lo mira alarmada.

—Estás loco —murmura. Su rostro se ha puesto pálido.

—No. No estoy loco —le contesta Andreas—. Será como te digo, y tienes que creerme. Te aseguro que no estoy loco; que moriré mañana temprano. Y ahora, hazme el favor de interpretar para mí la pequeña sonata de Beethoven.

Olina sigue mirándole fijamente, mientras murmura con temor:

—No es posible.

—Sí. Ahora lo sé con absoluta certeza. Y has sido tú quien me lo acaba de confirmar. Sucederá en Stryj. ¡Qué nombre tan terrible! ¿Qué querrá decir Stryj? ¿Y por qué he de morir antes de llegar allí? Primero creí que ocurriría entre Lemberg y Czernowitz... después en Kolomea... más tarde en Stanislau... y ahora en Stryj. Cuando pronunciaste la palabra tuve la seguridad de ello. ¡Detente! —le grita al verla correr hacia la puerta y quedarse mirándole con profundo terror—. Quédate a mi

lado. Vuelve junto a mí. No puedo resistir esto yo solo. Ven a mi lado, Olina. No estoy loco. No grites.

Le tapa la boca con la mano.

—¡Dios mío! ¿Qué podría hacer para demostrarte que no estoy loco? Dímelo. Dímelo tú.

Pero ella sigue dominada por el miedo, sin oír las palabras de Andreas, limitándose a mirarlo temblorosa, y Andreas comprende de repente el horror del oficio que ejerce la muchacha. Porque si estuviera loco de verdad, ella se encontraría a su merced, sin poder defenderse en absoluto. La mandan a una habitación y cobran doscientos cincuenta marcos porque es la «cantante de ópera», una muñequita muy valiosa. Debe obedecer lo mismo que un soldado al que envían al frente. Obedecer aunque sea la «cantante de ópera». ¡Qué vida tan horrible! Entra en una habitación sin saber quién habrá dentro, si será un viejo o un joven, un hombre feo o guapo, un cerdo o un tipo educado. No sabe nada, pero lo hace. Y ahora, hela ahí inmóvil y asustada, presa de un miedo cerval que no le deja oír las palabras que él pronuncia. Andreas piensa que entrar en un burdel es ya de por sí un pecado. Las envían a una habitación y eso es todo... Acaricia suavemente la mano de Olina y ve con curiosidad como el temor va desapareciendo poco a poco de los ojos de la joven. La sigue acariciando cual si se tratara de una niña. «A ninguna mujer he deseado menos que a ésta.» Una niña... Y de pronto se la imagina jugando entre las barracas de los arrabales de Berlín, donde existen solitarios y míseros jardines. Los demás niños han cogido su muñeca y tras haberla tirado en el fango se han alejado corriendo. Él se agacha para recogerla; está mojada y sucia de barro; una muñeca de trapo, barata y descolorida. Es preciso acariciar largo rato a la niña, calmarla y darle ánimos, porque su muñeca ha quedado tan estropeada...

—Te sientes mejor, ¿verdad? —pregunta entonces.

Olina hace una señal de asentimiento. Sus ojos están llenos de lágrimas. Él la conduce de nuevo al sillón, con dulzura, mientras la oscuridad es cada vez más triste y opresiva.

La joven se sienta, obedeciéndole, aunque aún le sigue mirando con temor. Andreas le escancia un poco más de vino, que ella bebe, exhalando en seguida un profundo suspiro.

—Dios mío, ¡cómo me has asustado! —exclama. Y, de un largo trago, termina de beber el contenido del vaso.

—Olina —empieza él—. Tú tienes veintitrés años. Pues bien; imagina que has cumplido ya los veinticinco. Y yo también. Y que estamos en el año mil novecientos cuarenta y cinco. Intenta imaginarlo.

La joven cierra los ojos y, por el movimiento de sus labios, Andreas nota que está diciendo para sí algo en polaco; relacionado con el mes de febrero de mil novecientos cuarenta y cinco.

—No puedo —le responde por fin como si despertara de un sueño. Mueve la

cabeza y añade—: No logro imaginarme nada. Es como si ese año no fuera a existir nunca. ¡Qué extraño!

—¿Lo ves? —le indica Andreas—. A mí me pasa igual cuando trato de imaginarme el domingo a mediodía. Es algo que nunca llegará a existir. ¿Te das cuenta de que no estoy loco?

Ella ha vuelto a cerrar los ojos y murmura alguna cosa.

—Es extraño —explica en voz muy baja—. Tampoco existirá el mes de febrero de mil novecientos cuarenta y cuatro. —Hace una breve pausa—. ¿Por qué no quieres hacerme el amor? —pregunta—. O por lo menos, bailar conmigo...

Se levanta de pronto y, sentándose ante el piano, empieza a tocar la canción: «Bailo contigo penetrando en el cielo. En un séptimo cielo de amor...».

Andreas sonríe.

—Toca la sonata de Beethoven —le ruega—. Anda. Tócala...

Pero ella repite lo mismo de antes: «Bailo contigo penetrando en el ciclo. En un séptimo cielo de amor». Toca la melodía dulcemente. Con la misma dulzura con que la oscuridad invade ahora la habitación, a través de los cortinajes descorridos ante la ventana. Pero no infunde sentimentalismo alguno a una tonada tan melancólica. Las notas suenan secas, punteadas, en sordina, como si, sin proponérselo, convirtiera aquel piano de burdel en una especie de clavicémbalo. «Sería un instrumento muy adecuado para ella. Debería tocar el clavicémbalo» —piensa Andreas.

La canción, aun siendo la misma de siempre, sufre modificaciones sustanciales al ser interpretada por Olina. «¡Qué bonita!» —piensa Andreas. Y en efecto, es extraordinario lo que Olina consigue. Posiblemente conoce a fondo la composición musical, y gracias a ello convierte la sencilla tonada en una sonata que flota en la semioscuridad. Algunas veces, introduce en la misma retazos de la vieja melodía original, puros y límpidos, desprovistos de todo sentimentalismo. «Bailo contigo penetrando en el cielo. En un séptimo ciclo de amor.» Y hace sobresalir el tema principal entre oleadas de notas, como una gran montaña que se elevara a gran altura.

La oscuridad es ya casi absoluta, y empieza a refrescar. Mas para Andreas todo esto no tiene ninguna importancia. La música le parece tan hermosa que por nada del mundo se levantaría para cerrar la ventana. Aunque el frío llegase a treinta bajo cero en los jardines de Lemberg. Tal vez sólo se trate de un sueño. Quizás no estén en el año mil novecientos cuarenta y tres y no exista el burdel de Lemberg, ni él vista la guerrera parda del ejército hitleriano. Sí. Puede que no se trate más que de un sueño. «A lo mejor, nací en el siglo diecisiete o en el dieciocho, y me encuentro sentado en un sillón en casa de mi amante y ella toca el clavicémbalo para mí; interpreta toda la música del mundo tan sólo para que yo la oiga... Estoy en un castillo de Francia o de Alemania, y escucho el clavicémbalo en un salón del siglo dieciocho, tocado por la mujer amada, que sólo piensa en mí. Todo me pertenece en esta oscuridad. Pronto encenderemos las velas sin llamar a los criados. Prenderé mi cartilla militar con la pajuela que habré encendido en el fuego de la chimenea. Pero antes será preciso que

lo encienda. La humedad y el frío llegan hasta mí procedentes del parque. Me arrodillaré ante la chimenea, dispondré con cuidado la leña y, estrujando la cartilla militar, la encenderé con esas mismas cerillas cuyo precio ella ha apuntado, y que han sido pagadas con la hipoteca de Lemberg. Luego me pondré a sus pies, mientras espera con impaciencia, llena de amor, a que arda el fuego en la chimenea. Tiene los pies fríos, por haber estado tocando tanto tiempo el clavicémbalo; ha permanecido con la ventana abierta, dejando penetrar el frío húmedo, mientras interpretaba esa pieza para mí. Tocaba de un modo tan bonito que no he logrado levantarme para cerrar la ventana... Encenderé un fuego grande y resplandeciente, y no necesitaremos ningún criado. Nada de criados. Me parece estupendo que la puerta esté cerrada...

»Mil novecientos cuarenta y tres. Un siglo espantoso. ¿Qué horrible atavío llevarán los hombres del futuro? Probablemente glorificarán la guerra y acudirán a ella vistiendo colores difusos. Nosotros no hemos glorificado la guerra, la consideramos un trabajo honrado, aunque a veces no nos paguen la soldada. Lucimos colores variados, como los médicos, los alcaldes, las ramera. Pero ellos llevarán uniformes feísimos y glorificarán la guerra que libren por sus respectivas patrias. Un siglo espantoso. Mil novecientos cuarenta y tres.

»Tenemos toda la noche por delante. Una noche completa. Sobre los jardines ha caído la primera sombra del anochecer. La puerta está cerrada y nadie puede molestarnos. Todo el castillo nos pertenece, con su vino, sus velas y su clavicémbalo. Ocho billetes y medio, sin contar lo que cuesten las cerillas. En Nikopol hay millones. Pero se acabó Nikopol... y Kischinew... ¿Czernowitz...? Se acabó también. Y lo mismo Kolomea y Stanislau. En cuanto a... Stryj... Stryj... es un nombre espantoso, trazado como una línea de sangre en mi cuello. Me quitarán la vida en Stryj. Toda muerte es un asesinato; cada muerte en la guerra lo es con su correspondiente criminal... ¡En Stryj!»

«Bailo contigo penetrando en el cielo. En un séptimo cielo de amor.»

Lo que llega a su fin con la última nota de aquella paráfrasis melódica no es ni siquiera un sueño sino sólo una especie de frágil telaraña tendida sobre él como una ilusión apenas perceptible. Al notar el fresco de la noche, Andreas se da cuenta que ha estado llorando. Tiene la cara húmeda, y las manos pequeñas y suaves de Olina se la secan. Le han corrido arroyuelos por ella, que se unieron y casi evaporaron al alcanzar el cuello de la guerrera. Olina desabrocha el corchete, y le seca el cuello, las mejillas y los ojos valiéndose de un pañuelo. Andreas le agradece que no pronuncie ni una palabra.

Se siente embargado por una extraña y serena alegría. La muchacha enciende la luz y luego cierra la ventana, mirando hacia otra parte. A lo mejor, también ella ha llorado. «Nunca había conocido una alegría tan pura —se dice Andreas, mientras Olina se dirige al armario—. Siempre tuve deseos de un cuerpo, e incluso de un alma; pero aquí dicho deseo no existe... Y es bien extraño que haya tenido que darme cuenta en un burdel de Lemberg, en el umbral de mi última noche, puesto que la vida

se me acabará mañana en Stryj, cuando quede trazada sobre mí esa raya sangrienta...»

Échate —le dice Olina. Y señala el sofá. Andreas se da cuenta de que la joven ha conectado un hornillo eléctrico en aquel armario tan lleno de secretos.

—Voy a preparar un poco de café —le indica—. Y entre tanto te explicaré...

Andreas se tiende en el sofá, y ella se sienta a su lado. Los dos se han puesto a fumar, colocando el cenicero en un taburete. Andreas no tiene más que alargar un poco el brazo para llegar a él.

—No creo necesario advertirte que lo que yo te cuente no debes repetirlo a nadie. Aunque... aunque no murieses... nunca revelarás el secreto que te voy a confiar. Estoy segura de ello. Tuve que jurar por Dios, por todos los santos, y por nuestra patria polaca que jamás lo descubriría a nadie. Y si ahora te lo cuento, es porque me da la impresión de estar hablando conmigo misma. No te puedo ocultar nada, del mismo modo que yo no puedo dejar de saberlo.

Se levanta y, con mucho cuidado, vierte agua hirviendo en una pequeña cafetera. Mientras echa algunos chorros se producen pequeños intervalos en los que le sonrío. Andreas puede advertir que, en efecto, también ella ha estado llorando. Olina llena las tazas y las coloca junto al cenicero.

—La guerra se inició en el año mil novecientos treinta y nueve. En Varsovia, mis padres quedaron enterrados bajo las ruinas de nuestra casa. Un día me hallé completamente sola en el jardín de aquel Conservatorio en el que tanto había coqueteado. El director fue detenido porque era judío. Por mi parte, no sentía deseo alguno de seguir estudiando piano. A unos de una forma y a otros de otra, los alemanes nos habían violado a todos.

Bebe un sorbo de café y Andreas también. Luego ella le sonrío.

—Es extraño que seas alemán y que, a pesar de ello, no sienta odio alguno hacia ti.

Se calla de nuevo, y Andreas piensa que aquella muchacha se ha dejado vencer muy pronto. Cuando se acercó al piano intentaba atraerlo hacia sí, y cuando interpretó por vez primera la canción: «Bailo contigo penetrando en el cielo. En un séptimo cielo de amor», sus intenciones no estaban todavía del todo claras. Luego, mientras seguía tocando, se puso a llorar...

—Toda Polonia es un núcleo de resistencia —continúa Olina—. Vosotros no podéis formaros ni la menor idea. Nadie conoce la auténtica amplitud del movimiento. Es casi imposible encontrar a un polaco que no sea un patriota. Cuando uno de vosotros vende su pistola en Varsovia o en Cracovia debería comprender que lo que vende al propio tiempo es la vida de tantos compatriotas suyos como balas lleva dicha arma. Cuando, en un lugar cualquiera —prosigue con energía—, un general o un sargento se acuesta con una muchacha y le cuenta que en Kiev, en Lubkowitz o en otro sitio no se ha recibido el suministro, o que se han retrocedido tres kilómetros, el dato es registrado, y la muchacha se alegra muchísimo más que de

recibir los veinte... o los doscientos cincuenta *zloty* que es el precio de su entrega. Es tan fácil trabajar como espía con vosotros que me asqueé en seguida. Se atrapaban las cosas al vuelo. Es inconcebible.

Mueve la cabeza al tiempo que mira a Andreas con aire de conmiseración.

—Inconcebible —repite—. Sois la gente más indiscreta del mundo y, por añadidura, sentimentales hasta el cogote. ¿En qué Cuerpo de Ejército sirves tú?

Andreas le dice el número de su unidad.

—Entonces, el general que venía a verme algunas veces no estaba en tu sector —le dice Olina—. Parecía un estudiante que hubiera bebido más de la cuenta. «¡Mis pobres muchachos!», gemía. Y a continuación, por puro deleite, me hablaba de todo lo imaginable, confiándome cosas de vital importancia. Por lo visto, la vida de muchos de aquellos muchachos pesaba sobre su conciencia. ¡Las cosas que llegó a contarme! En momentos así —añade la joven casi tartamudeando—, yo me vuelvo de hielo.

—Pero a algunos los habrás amado de verdad —sugiere Andreas.

Y le parece raro sentir dolor por el hecho de que ella haya podido amar alguna vez.

—Sí —asiente Olina—. En ciertas ocasiones he llegado a amar... pero muy pocas.

Cuando mira a Andreas, éste se da cuenta de que está llorando otra vez. Él la toma de la mano, se incorpora un poco y, sin soltarla, sirve más café.

—He amado a algunos soldados —cuenta Olina—, incluso a sabiendas de que eran alemanes y que debía odiarlos. Al entregarme a ellos me sentía totalmente desconectada de la noción de ese espantoso juego en el que todos tomamos parte y en el que yo participaba de manera bastante activa, enviando a la muerte a seres que me eran desconocidos por completo, ¿comprendes? Un cabo o un general me cuentan cualquier cosa, y yo lo comunico a otras personas; un mecanismo secreto se pone en movimiento, y en un lugar cualquiera algunas personas caen sólo porque yo he revelado algo de lo que otros me confiaron, ¿te das cuenta?

Olina lo contempla con expresión alucinada.

—¿Comprendes lo que te quiero decir? —repite—. Por ejemplo: un soldado dice a un compañero suyo en la estación: «Coge ese tren, camarada, y no aquel otro». Y justamente el convoy en cuestión es el que resulta atacado, y un hombre muere porque siguió el consejo. Es muy emocionante entregarse, y no pensar en otra cosa. Yo nunca preguntaba nada de manera directa, para transmitirlo a la red. No hacía más que amarlos. Es espantoso ver cómo después siempre se ponen tristes...

—¿La red? —pregunta Andreas—. ¿Qué es eso?

—El espionaje forma una especie de mosaico en el que todo encaja y todo se numera; incluso cosas que parecen no tener importancia. Hasta que un día el cuadro queda completo. Todo sucede muy lentamente. Se necesita una gran cantidad de piezas para formar un conjunto... Detalles de los soldados... de vuestra guerra... de

vuestro ejército. —Lo mira gravemente—. Es tan espantoso que llega a carecer de sentido. Por doquier mueren asesinadas personas inocentes, también entre nosotros. Siempre tuve una vaga conciencia de ello.

Aparta la mirada.

—Pero lo más terrible es que no lo he visto con claridad hasta que entraste aquí. Hasta que vi tu espalda y tu cogote contrastando con la luz dorada del sol.

Señala hacia la ventana, donde están los dos sillones.

—La vieja me ha dicho: «Uno te espera en el bar. No creo que vayas a sacarle gran cosa, pero al menos paga bien». «Algo dirá», pensé inmediatamente. Y si no dice nada, al menos podré amarlo. Pero no pensé que fueras una víctima. En realidad, en este mundo no hay más que víctimas y verdugos. En cuanto he visto tu espalda y tu cogote recortados en la ventana, y tu joven cuerpo encorvado como si tuvieras millares de años, he comprendido por vez primera que no hemos hecho otra cosa que asesinar inocentes... sólo inocentes...

Llora en silencio. Andreas se levanta, y al pasar junto a ella le acaricia la espalda. Luego se acerca al piano, mientras la joven lo sigue con la mirada, extrañando su actitud. Sus lágrimas se secan en seguida. Lo observa sentado al taburete mirando fijamente las teclas, manteniendo las manos abiertas cual si tuviera miedo. Y entretanto una profunda arruga se ha formado en su frente, dándole un aire de intenso dolor.

«Me ha olvidado —piensa Olina—. Es horrible que se olviden de nosotros en cuanto vuelven a ser ellos mismos.

»Ya no piensa en mí ni volverá a pensar. Mañana por la mañana morirá en Stryj... sin dedicarme un solo recuerdo.

»Es el primer y único hombre al que he amado de veras. Sí. El único. Se encuentra solo; terriblemente triste y solo. Esa arruga que atraviesa su frente lo corta en dos pedazos; tiene la cara pálida de angustia, y los dedos engarfiados como si forcejeara con una fiera peligrosa... Si consiguiera tocar algo volvería a sentirse cerca de mí. Una sola nota bastaría para devolvérmelo. Me pertenece. Es mi hermano. Sólo le llevo tres días. ¡Si lograra tocar algo! Le domina una especie de parálisis interna que paraliza sus manos, le pone pálido como un muerto y le hace desgraciado a más no poder. Ya no existe nada de lo que pretendí darle con mi música... ni de las cosas que le conté. Nada de ello existe en él. Todo ha desaparecido. Tan sólo le queda un profundo dolor.»

De pronto Andreas empieza a golpear las teclas como atacado por un acceso de furor. Levanta la mirada y se encuentra con la de ella. Y al sonreír, la muchacha se dice que nunca ha visto un rostro tan feliz, contrastando con la mancha negra del piano, bajo la luz amarillenta y mate de la lámpara. «¡Cómo le quiero! —se dice interiormente—. ¡Qué feliz se siente ahora! Me pertenece hasta mañana por la mañana.»

Imagina que quizá vaya a tocar una pieza muy briosa, de Tchaikovski o de Liszt,

o algún fragmento puro y rítmico de Chopin, ya que se ha puesto a golpear las teclas como un insensato.

Pero en vez de ello interpreta una sonatina de Beethoven, tierna y suave; muy poco adecuada para su estado de ánimo. Olina piensa que la va a estropear; pero Andreas toca muy bien, con una pulcritud casi extremada, como si no confiara demasiado en sí mismo. Concentra su atención en la música, y la joven se dice que nunca ha visto una cara tan feliz como la de aquel soldado destacando sobre la brillante caja del piano. Su técnica es algo insegura, pero tan limpia que Olina siente que nunca había escuchado cosa igual.

Confía en que Andreas siga tocando largo rato. Se siente muy feliz, tendida en el sofá, allí donde antes estuvo él, viendo como el cigarrillo se consume lentamente en el cenicero. Le gustaría absorber una bocanada de humo, mas no se atreve a moverse, ya que el menor ruido podría estropear la música. Lo que más le impresiona es el rostro del soldado destacando sobre la caja negra y rutilante del piano.

—No es gran cosa —dice Andreas, levantándose—. Por otra parte, carece de sentido pretender tocar bien cuando no se ha estudiado música. Y yo nunca la aprendí.

Se inclina sobre ella para secarle las lágrimas, sintiéndose feliz por haberla hecho llorar.

—Quédate como estás —le dice tiernamente—. Yo también tengo algo que contarte.

—De acuerdo —responde Olina—. Pero antes, sirve un poco de vino.

«¡Qué dichoso me siento! —piensa Andreas mientras se acerca al armario—. Y eso que, según ha quedado bien patente, no soy gran cosa tocando el piano. No pueden esperarse milagros de mí. No voy a convertirme de repente en un pianista excelente. Mas, a pesar de todo, soy feliz.»

Mira el contenido del armario, y volviendo un poco la cabeza, pregunta:

—¿Cuál prefieres?

—El tinto —contesta Olina—. Un poco de tinto.

Andreas toma una botella panzuda, y se fija en la hoja de papel y en el lápiz. En la parte superior de la primera hay unas palabras escritas en polaco, posiblemente se refieren a las cerillas, y luego en alemán, la palabra «Mosela» precedida de otra en polaco, que debe ser: botella. «¡Que escritura tan bonita tiene Olina! —piensa Andreas—. Firme y redondeada.» Bajo «Mosela» escribe «Burdeos», no sin antes poner unas comillas bajo lo que cree debe decir «botella».

—¿Lo has anotado? —pregunta la muchacha sonriendo, mientras él le escancia el vino.

—Sí.

—Tú no estafarías ni a la dueña de un burdel.

—En efecto.

De repente, cree ver de nuevo ante él la estación central de Dresde. Con una

dolorosa sensación de realidad, le parece incluso percibir su olor. Y cree tener ante sí al teniente gordinflón que le increpó.

—Lo engañé —explica Andreas.

Le cuenta lo sucedido, y ella se hecha a reír.

—No hiciste nada malo —comenta.

—Pues a mí me parece un acto grave —opina Andreas—. No hubiese debido hacerlo. Lo correcto era explicarle que yo no era sordo. Pero me callé porque voy a morir, y porque se portó de aquella manera agresiva. Estaba dolorido, y además sentía mucha pereza, mucha pereza —añade quedamente—. Era demasiado hermoso sentir el sabor de la vida en la boca. Recuerdo muy bien que mi mayor deseo era ver las cosas con claridad. Pensé: «No debes permitir que un ser humano se sienta humillado por culpa tuya, aunque sea un teniente novato, con sus medallas recién prendidas en el pecho». Aún me parece verlo con su aire contrito y su rostro sonrojado, alejándose rodeado por sus burlones soldados. Tenía los brazos gruesos y débiles los hombros. Y cuando pienso en aquellos pobres y abatidos hombros me vienen ganas de llorar. Pero fui tan perezoso; sí, tan perezoso, que no abrí la boca. No fue temor sino holgazanería. «¡Ah! —pensaba—. ¡Qué hermosa es la vida! Toda esa gente va a ver a alguien. Uno a su esposa, el otro a su amante, ésta a su hijo. Estamos en otoño. Es maravilloso. Y aquella pareja que cruza el paso a nivel se besarán esta tarde o por la noche, bajo los árboles que bordean el Elba.» —Andreas suspira.

—Voy a hablarte de todas las personas a las que he engañado.

—¡Oh, no! —responde la joven—. Cuéntame alguna cosa bonita. Por otra parte, ¿a quién puedes haber engañado tú?

—Voy a revelarte la verdad. Te diré a cuántos he robado y engañado.

Vuelve a escanciar vino; los dos chocan sus vasos, y en el instante mismo en que se miran por encima del borde de aquéllos, él trata de imprimir en su mente aquel rostro hasta el punto de apoderarse por completo de sus trazos. «No debo olvidarme nunca —piensa—. No debo perderlo. Me pertenece.»

Por su parte, Olina se repite: «Le quiero, le quiero...»

—Mi padre —explica Andreas— murió por culpa de una herida grave cuyas consecuencias estuvo arrastrando hasta tres años después de la guerra. Yo tenía un año cuando él falleció. Y mi madre no tardó en seguirle. No sé nada más. Todo esto me lo contaron el día en que les fue preciso revelarme que la mujer a quien creía mi madre no lo era. Me crié en casa de una tía materna, casada con un abogado. Aunque éste ganaba mucho dinero, siempre fuimos pobres. Bebía mucho. Para mí había llegado a hacerse tan normal ver a aquel hombre sentarse a la hora del desayuno malhumorado y con dolor de cabeza que, más adelante, cuando conocí a los padres de mis amigos me parecían seres extraños. Consideraba inconcebible que hubiese hombres que no se emborracharan cada noche y no hiciesen escenas de histerismo a la hora del desayuno. «Los que no existen», como dice Hoynhymys en el libro de Swift. Yo pensaba que sólo se nace para que le griten a uno; que las mujeres sólo

están para eso, para contender con los recaudadores, para discutir con los comerciantes, encontrar quien les dé un crédito. Mi tía era genial en esto último. Cuando todo parecía totalmente perdido, se quedaba unos momentos en silencio, se tomaba una pastilla y salía de casa a toda prisa. Al regresar, siempre traía dinero. Yo estaba convencido de que era mi madre, y tenía por mi progenitor a aquel ser monstruoso, hinchado, de cara congestionada, con los ojos de un color amarillento y una boca que hedía a levadura de cerveza pasada. Vivíamos en una casa magnífica; teníamos sirvienta y de todo; pero a veces a mi tía le faltaban los céntimos necesarios para tomar el tranvía. Mi tío era un abogado famoso... ¿Te aburro con todo esto? —pregunta de repente, a la vez que se levanta para llenar los vasos otra vez.

—No —le responde ella en voz baja—. Sigue hablando.

Andreas sólo tarda unos segundos en llenar los delgados vasos que están en la mesita. Ella le mira las manos y el rostro, delgado y pálido, y trata de imaginar cómo debía ser a los cinco o seis años, o a los trece, sentado a la mesa del desayuno. Le parece ver al abogado gordo y borracho tanteando la mermelada, y decidiéndose al final por el embutido. Porque cuando se bebe mucho, apetece el embutido más que ninguna otra cosa. Y cree ver también a la señora delgada y al chiquillo pequeño, pálido y muy tímido, que no se atreve a comer de puro miedo, ni a toser aunque el humo acre de un cigarro puro le haga cosquillas en la garganta, porque el monstruo borrachín y obeso se irrita fácilmente. Sí, el famoso abogado pierde la calma y se pone nervioso al oír la tos del niño.

—¿Cómo era tu tía? —pregunta Olina—. Me gustaría saberlo con detalle.

—Una mujer pequeña y delicada.

—¿Parecida a tu madre?

—Sí; por lo menos a juzgar por los retratos. Más adelante, cuando era ya un poco mayor y sabía ciertas cosas, me figure que debía ser espantoso que él la abrazara... un hombre tan obeso, con su mal aliento y las venillas sanguinolentas en la cara y, sobre todo, en la nariz. Ella debía ver esto mucho más de cerca aún, y también sus ojillos amarillentos y saltones, de mirar siempre turbio, y todo lo demás. La cuestión me perturbó durante muchos meses. Y como lo creía mi padre, pasé noches enteras formulándome esta pregunta: «¿Por qué se casarán con hombres así?»

—¿También engañaste a tu tía? ¿De qué manera?

Andreas permanece unos instantes callado, evitando mirar a la joven.

—Fue espantoso —responde—. Él cayó gravemente enfermo del hígado, los riñones y el corazón. Tenía todo el organismo estropeado. Se hallaba en el hospital y fuimos a visitarle. Era un domingo por la mañana y tomamos un taxi, puesto que iban a operar dentro de poco. El sol brillaba con todo su esplendor, pero yo me sentía muy desgraciado. Mi tía lloraba sin cesar, y repetía una y otra vez que rezara mucho para que la operación saliera bien. Prometí hacerlo. Pero no lo cumplí. Tenía nueve años y sabía que él no era mi padre. No recé para que se pusiera bueno, sencillamente, porque no podía, ni para que se muriese, porque sólo pensar en ello me

asustaba; pero tampoco pedí que sanara. A pesar de mí mismo, imaginaba lo maravilloso que sería si... la casa entera nos perteneciera y nunca más hubiese escenas... Había prometido a mi tía rezar por él. Pero no pude. No cesaba de pensar: «Dios mío, ¿por qué se casarán con hombres así? ¿Por qué?»

—Porque los aman —dice Olina.

—En efecto —asiente él extrañado—. Ella lo amaba; lo había amado siempre y seguiría amándolo. Al principio, las cosas adoptaron un aspecto distinto. Él era pasante. Y tenía una foto, tomada después de sus exámenes, tocado con su gorra de estudiante, aquella gorra feísima que se llevaba en mil novecientos siete. Era entonces muy distinto, pero sólo en su aspecto exterior.

—¿De veras?

—Sí. Sólo en su aspecto exterior, porque su expresión era la misma. Naturalmente, tampoco tenía el vientre hinchado. Pero ya resultaba odioso. Podía adivinarse cómo sería a los cuarenta y cinco años, y me parecía raro que alguien quisiera casarse con él. Pero ella continuó amándolo, incluso después de convertirse en un ser inútil, que la atormentaba, y además la engañaba. Sí; continuó amándolo incondicionalmente. No puedo comprenderlo...

—¿Por qué?

Andreas la mira extrañado. Olina se ha incorporado para acercarse a él.

—¿No lo comprendes? —le pregunta con voz firme.

—No —responde él.

—Entonces, es que no conoces el amor.

Lo mira y él siente de pronto cierto temor a la vista de su grave semblante, lleno de apasionamiento, muy distinto al que ha conocido hasta entonces.

—Hay que amar incondicionalmente —dice Olina—. El amor debe ser íntegro. ¿Acaso nunca has amado a una mujer? —pregunta.

Andreas cierra los ojos, sintiendo de pronto un profundo dolor. «También eso debo contarlo —se dice—. No ha de existir secreto alguno entre ella y yo. Creí poder guardar para mí solo la imagen de un rostro y la esperanza de volver a verlo. Imaginé que tal regalo me pertenecía de manera exclusiva y que podría retenerlo para siempre.» Continúa con los ojos cerrados, en medio de un silencio profundo. El desconsuelo le hace temblar. «Es mío y de nadie más —se dice—. De mi única exclusiva propiedad. He estado viviendo pendiente de él tres años y medio, desde aquella décima de segundo en la montaña, cerca de Amiens. ¿Por qué se grabó en mí de manera tan profunda? ¿Por qué se ha vuelto a abrir una herida que parecía cicatrizada, y una simple palabra me traspasa cual la sonda de un médico implacable...?»

«Lo que ocurre —piensa ella— es que ama a otra. Está temblando, críspala las manos y cierra los ojos. Yo le he causado este dolor. Y uno siempre causa dolor al ser amado. Tal es la ley de la vida. Su desconsuelo es tan profundo que no puede llorar. A veces, el dolor puede ser tal que las lágrimas carezcan de valor. ¿Por qué no seré yo

esa mujer a la que ama? ¿Por qué no cambiar mi alma y mi cuerpo? Preferiría no conservar nada de lo que ahora tengo. Me entregaría de manera total sólo con... tener los ojos de la otra. Esta noche que precede a su muerte, esta noche que también es la última para mí, ya que sin él nada tendrá valor... Si al menos tuviese unas pestañas como las de ella... Lo daría todo por tener sus pestañas...»

—Sí; he amado —dice Andreas en voz baja.

Ha pronunciado estas palabras con la voz átona de un muerto.

—La amé de tal forma que hubiera vendido mi alma por rozar sus labios durante unos segundos. Lo he sabido en el instante en que me formulaste la pregunta. Tal vez ocurra así porque jamás pude llegar a conocerla. Hubiera asesinado sólo por ver el borde de su vestido cuando doblaba una esquina; por percibir algún detalle real de su persona. Cada día he rezado por ella. Pero no ha sido más que querer engañarme a mí mismo. Una mentira. Me empeñé en creer que sólo amaba su alma, cuando la verdad es que hubiera elevado millares de oraciones por lograr un beso de sus labios. Pero no lo he comprendido hasta ahora.

Se levanta de pronto, y la joven se alegra al notar que su voz se ha vuelto humana otra vez. Que es la voz de un ser que sufre y ama. Está solo y ni siquiera se acuerda de ella.

—Creí que amaba sólo su alma —dice Andreas, como si estuviera hablando en el vacío—. Pero, ¿qué es un alma sin cuerpo? No podía querer su alma con pasión sin desear también que por lo menos me sonriera.

»¡Ah! —agita las manos como si golpeará algo—. Tan sólo acariciaba la esperanza y nada más que la esperanza de que alguna vez se transformara en una mujer de carne y hueso. ¡Siempre el aplastante peso de la esperanza! —exclama.

No obstante haberse puesto a gritar de repente y a interpellarla con voz áspera, como si hablase a una criada, Olina siente una gran satisfacción al observar que no se olvida de ella.

—Perdona —dice Andreas rápidamente, tomándole de la mano. Pero ella ya lo ha perdonado. Mira el reloj y sonrío.

—Las once —dice sintiéndose invadida por una gran felicidad—. No son más que las once. Ni siquiera estamos en la medianoche. Es verdaderamente bello, maravilloso...

Está tan contenta como una chiquilla traviesa. Se levanta y empieza a bailar por la habitación. «Bailo contigo penetrando en el cielo. En un séptimo cielo de amor...»

Andreas la observa atentamente. «Es extraño que no pueda enfadarme con ella —piensa—. Me siento enfermo de dolor. Estoy casi muerto, pero en cambio, ella baila, no obstante haber dicho que participa de mi pena. Pero no puedo enfadarme...»

—Hay que comer alguna cosa —dice Olina, parándose.

Pero él protesta, asustado:

—¡No! ¡No!

—¿Por qué no?

—Porque tendrías que salir. ¡Y no debes abandonarme ni un segundo! —exclama—. Sin ti... sin ti no puedo seguir viviendo.

—¿Cómo? —pregunta la muchacha sin entenderlo del todo. Pero una inmensa e incomprensible esperanza empieza a insinuarse en ella.

—No debes marcharte —repite Andreas en voz baja.

«No es posible —piensa Olina—. Nada de esto es real. No soy yo la mujer a quien ama.»

Y añade en voz alta:

—No hace falta que salga. En el armario hay algo de comer.

Es maravilloso que en un rincón del mueble, en uno de los cajones, se guarden galletas y queso envuelto en papel de estaño. Un ágape formidable: galletas, queso y vino. El cigarrillo le desagrada. El tabaco está seco y tiene cierto regusto militar que casi le produce náuseas.

—Dame un puro —solicita.

Naturalmente, también hay cigarros puros. Una caja entera de los mejores. ¡Viva la hipoteca de Lemberg! Es agradable pisar la blanda alfombra, viendo como Olina, con sus manos suaves y solícitas, prepara la comida en la mesita. Cuando ha terminado, se vuelve y mira a Andreas sonriente, al tiempo que pregunta:

—¿De modo que no podrías vivir sin mí?

—No —le responde. Y su corazón está tan oprimido que no puede reír. «Debería añadir que la amo de veras —piensa—. Pero esto sería cierto sólo en parte. Tendría que besarla pero también sería mentira. Todo mentira. Podría declararle con el corazón limpio de toda culpa: “Te quiero”. Pero precisaría añadir una larga explicación que ni siquiera conozco. Su mirada es dulce, llena de amor y de felicidad, distinta a la de aquellos ojos que he deseado y sigo deseando...»

—No podría vivir sin ti —repite, esta vez sonriendo.

En el instante en que ambos levantan sus vasos para brindar por el año en que nacieron y por su destrozada vida, sus manos tiemblan. Dejan los vasos en la mesa y miran angustiados a su alrededor. Han llamado a la puerta...

Andreas retiene a Olina cogiéndola por el brazo, y se levanta con mucha lentitud. No necesita más que tres segundos para llegar a la puerta. «Esto es el fin de todo —piensa—. Me la van a quitar. No quieren que se quede conmigo hasta mañana. El tiempo sigue su curso y el mundo continúa dando vueltas. Willi y el rubio estarán en un lugar cualquiera de la casa, acostados con otras muchachas. Y la vieja, en el piso de abajo, pensando en el dinero, con su boca de hucha semiabierta como una rendija. ¿Qué haré si me quedo solo? No podré rezar, ni siquiera ponerme de rodillas. No puedo vivir sin ella. La amo. No es posible que...»

—¿Quién es? —pregunta quedamente.

—Tengo que hablar con Olina —responde la voz de la vieja.

Andreas mira a su alrededor, pálido y trastornado. «De buena gana renunciaría a las cinco horas que aún quedan, con tal de tenerla junto a mí media hora más —

piensa—. Luego pueden llamarla si les parece. Necesito tenerla media hora más, para poder seguir mirándola; sólo seguir mirándola. Quizá toque algo más al piano. Aunque sólo sea la canción que dice “Bailo contigo penetrando en el cielo...”»

Olina le sonrío, y él comprende que la joven seguirá a su lado, pase lo que pase. Pero no obstante, siente miedo. Mientras Olina voltea la llave lentamente, se da cuenta de que no quiere en modo alguno prescindir de este miedo que ella le hace sentir. Que también ama dicha sensación.

—Déjame que te tenga cogida de la mano —murmura cuando ella se dispone a salir.

Olina lo hace así, y empieza a hablar con la vieja, en polaco, rápida y acaloradamente. Las dos se enzarzan en una fuerte discusión. Andreas mira con temor la cara de la joven cuando ésta vuelve a entrar, sin dar vuelta a la llave. No le suelta la mano. También ella ha palidecido y Andreas nota que su esperanza se va debilitando.

—Ha llegado el general. Ofrece dos mil. Está como loco y se pasea de un lado a otro. ¿Te queda algo de dinero? Hemos de igualar la diferencia porque si no...

—Veamos —dice Andreas mientras empieza a rebuscar en sus bolsillos, sacando los billetes que ganó a Willi en el juego.

Olina dice algo en polaco a la vieja, que aguarda al otro lado de la puerta.

—¡Rápido! —indica a Andreas.

Y se ponen a contar el dinero.

—Trescientos —dice la joven—. Yo no tengo nada. Ni un céntimo —añade desanimada—. O mejor dicho, sí. Este anillo debe valer quinientos. Total: ochocientos.

—Mi abrigo —dice Andreas—. Tómalo.

Olina se dirige hacia la puerta, llevando los trescientos marcos, el anillo y el abrigo. Pero vuelve a entrar con el aire aún más abatido que antes.

—El abrigo lo valora en cuatrocientos. Ni uno más. Menos mal que da seiscientos por el anillo. Lo cual hace un total de mil trescientos. ¿No te queda nada más? ¡De prisa! —lo apremia en un murmullo—. Si ese hombre se impacienta y sube, estamos perdidos.

—Mi cartilla militar —propone Andreas.

—De acuerdo. Una cartilla militar tiene mucho valor.

—Y el reloj.

—Estupendo —dice Olina nerviosa—. Me alegro de que poseas un reloj. ¿Funciona?

—No —responde Andreas.

Olina se acerca de nuevo a la puerta, llevando la canilla militar y el reloj. Y otra vez suenan acalorados murmullos en polaco. Andreas se acerca a ella.

—Tengo también un jersey —le dice—. Y además, una mano y una pierna. ¿No les sirve para nada una pierna humana excelente? ¿La pierna de un ser casi sin tacha?

¿De veras no les sirve para suplir la diferencia?

Se expresa con claridad, sin nerviosismo, mientras sigue reteniendo la mano de Olina.

—No —responde la voz de la vieja—. Pero tienes unas botas. Y con ellas se cubriría el resto.

Resulta difícil quitarse las botas, sobre todo cuando se llevan puestas desde hace cuatro días. Pero finalmente Andreas lo consigue, del mismo modo que consiguió ponérselas cuando los gritos de los rusos se escuchaban cada vez más cerca de la posición. Las botas desaparecen llevadas por la pequeña mano de Olina.

La puerta se ha cerrado otra vez. Olina está ante él con la cara temblorosa.

—Yo no poseo nada —explica entre sollozos—. Incluso mis vestidos pertenecen a la vieja, igual que mi cuerpo y mi alma. Pero esta última no sirve. Sólo la quiere el diablo. Aunque hay seres peores que el diablo. Perdóname. No poseo nada, nada en absoluto —añade.

Andreas la atrae hacia sí y le acaricia la cara suavemente.

—Ven —le dice en un murmullo—. Quiero amarte.

Ella levanta la cara hacia el joven y sonrío.

—No te preocupes —susurra—. No tiene importancia.

Otra vez se oyen pasos en el exterior; avanzan por el pasillo con la determinación de quien quiere alcanzar velozmente una meta. Pero aunque parezca extraño, ni Andreas ni la muchacha sienten ahora ningún temor.

Se miran sonriendo.

—¡Olina! —llama la misma voz de antes.

Otra vez los murmullos en polaco. Olina transmite a Andreas la pregunta que le ha sido formulada.

—¿A qué horas te irás? —inquiérese sonriente.

—A las cuatro.

La joven cierra la puerta sin dar vuelta a la llave, regresa junto a él y añade:

—A las cuatro vendrá a recogerme el coche del general.

Aparta el queso sobre el que sus manos temblorosas han dejado caer unas gotas de vino, retira el mantel manchado y lo ordena todo nuevamente. «El puro no se ha apagado» —piensa Andreas sin dejar de observarla. El mundo ha estado a punto de derrumbarse sobre ambos, pero el cigarro sigue ardiendo, y las manos de Olina están más tranquilas que nunca.

—¿Vienes?

—Sí.

Andreas se vuelve a sentar frente a la joven y, dejando el puro a un lado, la mira. Pero parece como si no se vieran; incluso apartan la vista casi sonrojándose, porque les avergüenza saber que están rezando. Rezando en un burdel, sentados en un sofá...

—Es medianoche —dice Olina cuando empiezan a cenar.

«Ya estamos en domingo» —piensa Andreas por su parte. Deja súbitamente el

vaso, y abandona sobre la mesa la galleta medio mordida. Un calambre paraliza sus mandíbulas y sus manos, y parece deslumbrar sus ojos. «No quiero morir», se dice. Y de pronto, sin darse cuenta, empieza a tartamudear como un niño llorón...

—No... no quiero... morir...

«No tiene sentido que crea percibir con tanta nitidez el olor a pintura... Tenía apenas siete años cuando pintaron las vallas del jardín. Era el primer día de vacaciones, y el tío Hans se había marchado de viaje. Durante la noche estuvo lloviendo, pero al llegar la mañana el sol brillaba en el húmedo jardín. Era tan maravilloso y agradable... Desde la cama percibía el olor de las flores y el de la pintura verde con que unos operarios estaban revistiendo la valla. Podía quedarme en la cama porque ya habían empezado las vacaciones. El tío Hans estaba de viaje; y me traerían chocolate para desayunar. La tía Marianne me lo había prometido la tarde anterior, porque otra vez volvían a fiarle... Y cuando ocurría así, lo primero que hacía era comprar alguna cosa buena. Noto perfectamente el olor a pintura. Pero esto es una insensatez. Porque aquí no puede oler a pintura verde. La cara pálida que tengo ante mí pertenece a Olina, a una ramera y una espía. Nada en esta habitación puede oler a pintura de manera tan profunda y penetrante, haciéndome recordar con claridad aquel día de mi niñez...»

—No quiero morir —tartamudea—. No quiero dejar todo esto... Nadie puede obligarme a que suba a ese tren... al que va a Stryj... no, nadie. Dios mío, sería un acto de caridad el hacerme perder la razón. Pero no quiero volverme loco. No. Aunque este olor a pintura verde me cause tan intenso dolor, deja que pueda seguir percibiéndolo... La voz de tía Marianne dice que puedo seguir en la cama... que el tío Hans se ha marchado de viaje.

—¿Qué es ese ruido? —pregunta de pronto, asustado.

Olina se ha levantado sin que él se diera cuenta; está sentada ante el piano y los labios le tiemblan en su descolorido rostro.

—La lluvia —contesta en voz baja, como si le costase un gran esfuerzo abrir la boca e indicar la ventana con un cansado ademán.

El ruido suave que le ha despertado de pronto con la misma resonancia que un acorde de órgano, lo produce la lluvia que cae sobre el jardín del burdel; sobre los árboles en los que vio brillar por última vez la luz del sol.

—¡No! —exclama cuando Olina toca las primeras notas—. No.

Nota que se le saltan las lágrimas y comprende que hasta entonces nunca ha llorado de verdad... Sus lágrimas son como la vida misma, un torrente tumultuoso formado por innumerables arroyuelos que se unen para manar dolorosamente por sus ojos: el color verde que huele a vacaciones, el cadáver espantoso del tío Hans expuesto en el salón, rodeado por la atmósfera pesada de los cirios... las tardes con Paul y sus intentos difíciles pero admirables ante el piano... la escuela, la guerra... la guerra... la guerra... y aquella cara desconocida que tanto ha deseado. Todo esto forma una corriente deslumbradora y húmeda en la que flota, como un espejo

estremecido, pálido y lleno de dolor, la única cosa real que existe allí: la cara de Olina.

Tal es el resultado de una sencilla melodía de Schubert. «Lloro como nunca he llorado en mi vida: como puede que sólo llorase en el momento de nacer, cuando aquella luz brillante parecía quererme destrozar...» Suena de pronto un acorde que le hace estremecerse hasta lo más profundo de su alma. Es de una pieza de Bach. Y ella nunca ha sabido interpretar bien a Bach.

Todo sucede ahora como si una gran torre se levantara en su interior y fuera aumentando de tamaño, arrastrándole consigo, arrebatándolo desde las entrañas de la tierra. Como un manantial que brotara de improviso y se desparramase con fuerza incontenible, corriendo hacia la luz, después de discurrir por siglos de tinieblas. Se siente invadido por una felicidad dolorosa mientras, contra su voluntad, aunque con plena conciencia de lo que hace, se deja conducir hacia la altura por ese recio y limpio torreón, que se hace cada vez mayor. Se siente dominado por una dicha dolorosa semejante a la fatiga de un escalador. Todo es espíritu; todo claridad; no existe nada de aberración humana; su alma queda envuelta en una música limpia y clara, de irresistible poder. Música de Bach, aunque ella nunca haya sabido interpretarla bien. A lo mejor, quizá no sea ella la que toque... tal vez sean ángeles... ángeles de luz... que cantan en sus torres refulgentes... luz, luz... Oh, Dios mío... luz.

—¡Detente! —grita asustado. Y al conjuro de su voz, las manos de Olina se apartan de las teclas.

Se frota la frente dolorida, y a la pálida luz de la lámpara nota que la muchacha no sólo se ha asustado al oírle, sino que parece totalmente agotada, cual si la dominara un cansancio supremo tras escalar las altas torres, aferrándose a ella con sus suaves manos. Las comisuras de sus labios tiemblan como las de un niño a quien la fatiga impide llorar. Se le ha soltado el cabello, está pálida y tiene profundas ojeras.

Andreas se acerca a ella y, tras rodearla con sus brazos, la lleva con cuidado al sofá. La joven cierra los ojos, suspira y mueve la cabeza con suma lentitud, como si sólo pidiera tranquilidad y reposo. «Quiero descansar un poco... tener algo de paz.» Es un consuelo que, al fin, quede dormida, con la cabeza caída hacia un lado.

Andreas apoya el rostro en ambas manos, que tiene puestas sobre la mesa, y se da cuenta de que también él está infinitamente cansado. «Es domingo —se dice—. Ha dado la una. Quedan todavía tres horas. No puedo dormirme; no debo permitirlo.» Observa a la joven amorosamente; contempla su cara pura, fatigada, pequeña y pálida, que en la felicidad que le da el sueño sonrío sin advertirlo. «No debo dormirme» —se repite Andreas. Mas a pesar suyo, el cansancio lo empieza a dominar. «Dios mío, no dejes que me duerma... permíteme mirar su cara... Fue preciso venir a este burdel de Lemberg para saber que existe un amor desprovisto de deseo... Y así es como amo a Olina... No me debo dormir. Es preciso que siga mirando su boca, su frente y los mechones dorados de su fino pelo caído sobre su

cara, y las oscuras sombras de su cansancio indefinible rodeándole los ojos. Ha interpretado a Bach hasta el límite de lo humano. No me puedo dormir... hace mucho frío... la crueldad de la mañana acecha tras esas cortinas que nos separan de la noche... Hace frío y no tengo con qué cubrirla... porque he vendido mi abrigo. El mantel está manchado de vino. Podría tapparla con mi guerrera y poner mi camisa sobre el escote de su vestido.» Mas al propio tiempo, nota que él también está tan cansado que no tiene ánimos ni para levantarse y quitarse la guerrera. «No puedo mover los brazos. Pero no hay que dormirse. Quedan infinidad de cosas por hacer... Sí, infinidad de cosas por hacer. Intentaré reposar unos instantes, apoyando los brazos sobre la mesa. Después me quitaré la camisa, la abrigaré con ella y me pondré a rezar. Quiero rezar arrodillado junto a este sofá que ha visto tantísimos pecados; deseo arrodillarme ante esta cara pura gracias a la cual sé ahora que es posible un amor sin deseo... No me debo dormir... no, no... no me debo dormir...»

Al despertar, su expresión es como la de un pájaro que muere y se desploma en pleno vuelo, hundiéndose en la más profunda desesperación. Pero los ojos sonrientes de Olina detienen su caída.

Ha sufrido un miedo espantoso, temiendo que fuese demasiado tarde para acudir al lugar al que fue llamado; acercarse a la única cita que merece la pena cumplir. La mirada sonriente de Olina recoge la suya, y ella responde a su muda pregunta, al decirle en voz baja:

—Son las tres y media... No tengas miedo.

Nota cómo la mano suave de la joven está apoyada en su cabeza.

Sus dos rostros se encuentran a la misma altura. Andreas no tendría que hacer más que un leve movimiento para besarla. «Es una lástima que no lo desee —piensa—. Lamento que el abstenerme de besarla no signifique un sacrificio para mí... ni tampoco el hundirme en su mancillado regazo.»

Roza con los suyos los labios de Olina, pero no sucede nada. Los dos se observan asombrados y sonrientes. Su acto ha venido a ser como el rebote de una bala de pequeño calibre al chocar contra un blindaje de especie desconocida.

—Ven —dice Olina—. Tengo que encontrar algo para que te lo pongas en los pies.

—No —protesta Andreas—. No quiero que me dejes solo ni un instante. No te preocupes por mi calzado. Voy a morir igual. Muchos han muerto llevando sólo sus calcetines. Como los que huyeron presas de pánico cuando, de repente, los rusos se presentaron ante sus posiciones y los mataron por la espalda mientras ellos tenían el rostro vuelto hacia Alemania. Una herida en la espalda era la mayor deshonra para el espartano. Pero muchos han muerto así. No te preocupes. Estoy tan cansado...

Mira su reloj de pulsera.

Entonces, Olina dice:

—Hubiera podido entregarte mi reloj; te habrías evitado quedarte sin botas. Pero a veces una piensa que no le queda nada más por entregar. Olvidé por completo que

aún me queda el reloj. Voy a cambiarlo por tus botas. En realidad, no lo necesitaremos más... ni tampoco ninguna otra cosa...

—No. Nada más —repite él quedamente, paseando la mirada por la habitación. Y es entonces cuando se da cuenta de toda la miseria que contiene: tapetes viejos, una instalación mediocre, sillones hundidos junto a la ventana y un sombrío sofá.

—Yo te salvaré —dice Olina—. Cálmate.

Le sonrío, mirando su rostro lívido y cansado.

—El cielo nos envía el coche del general. Ten confianza. Cree en mí. A cualquier parte donde te lleve, existirá la vida, ¿no te parece?

Andreas se siente perturbado. Afirma con un movimiento de cabeza, y Olina repite, mirándolo con aire de conspiradora:

—A cualquier lugar donde te lleve, existirá la vida para ti. Vamos.

Pone sus manos en la cabeza de Andreas.

—En los Cárpatos existen minúsculas aldeas donde nadie podrá encontrarnos. Un par de casas, una capillita y ni rastro de guerrilleros. Sé de una donde estuve cierta vez. Allí intenté rezar un poco y toqué algo de música en el pequeño armonio del párroco. ¿Me escuchas?

Busca la mirada de Andreas que, de nuevo, se posa intranquila en los cortinajes sucios, contra los que seguramente han ido a parar muchas botellas y donde los clientes se habrán secado más de una vez los dedos.

—En aquel pueblo toqué un poco de música, ¿comprendes?

—Sí —responde él con voz que parece un lamento—. Pero a los otros dos... no los puedo dejar abandonados.

—Imposible llevarlos.

—¿Y el chófer? —pregunta Andreas—. ¿Has pensado lo que haremos con el chófer?

Se miran de frente y en la expresión de sus ojos hay algo que parece enemistarlos. Olina trata de sonreír.

—De hoy en adelante ya no intervendré para que un inocente caiga en manos de sus verdugos —dice—. Has de tener confianza en mí. Yendo los dos solos no resultará difícil. Se para en cualquier lugar y huimos... lejos... somos libres. Pero si vienen los otros dos, la cosa se complica.

—No queda más remedio que abandonarme a mi suerte —levanta la mano para que ella guarde silencio—. Este es un asunto en el que no puedo transigir. O una cosa o la otra. Tienes que comprenderme. —Mira sus pupilas, llenas de seriedad—. Has amado a muchos y puedes comprender perfectamente lo que pienso, ¿verdad?

Olina abate la cabeza con tanta lentitud que Andreas no se da cuenta de que asiente, hasta que la oye decir:

—Bueno... lo intentaré.

Mientras Olina lo espera, con la mano apoyada en la puerta, echa una última mirada a aquel bar polaco, sucio y pequeño. Luego sigue a la joven por el pasillo

débilmente iluminado. A tales horas de la madrugada, incluso la habitación resultaba alegre comparándola con aquel pasadizo. Impera en él un tinte burlesco, helado y gris. Las puertas de las habitaciones son todas iguales, como en un cuartel. Lamentablemente sucias y gastadas. Una miseria espantosa impera por doquier.

—Ven —dice Olina.

Empuja una puerta: la que da a su habitación. Es muy reducida, con sólo lo imprescindible para ejercer su oficio. Una cama, una mesita y dos sillas, además de un lavabo puesto sobre un soporte; junto a éste, una jarra de agua, y junto la pared, un pequeño armario. Sólo lo estrictamente necesario, lo mismo que en un cuartel.

A Andreas le resulta irreal permanecer allí, sentado en la cama, viendo cómo Olina se lava las manos, y cómo se pone unos zapatos que ha sacado del armario, tras haberse quitado las zapatillas. ¡Ah, sí! También hay un espejo en que ella puede renovar de vez en cuando el atractivo de su aspecto. Es preciso suprimir las huellas de las lágrimas y volver a empolvarse, ya que no existe nada más feo que una ramera llorosa. Tiene que repintarse los labios, trazar la curva de las cejas y limpiarse las uñas, todo con suma rapidez, como un soldado que se prepara al oír sonar la alarma.

—Debes tener confianza en mí —dice la joven en un tono normal, claro y reposado—. Te salvaré, ¿comprendes? Si te empeñas en que los otros también vengan, va a ser más difícil. Pero lo conseguiré. Puedo hacer mucho por ti.

«Pues entonces, consigue que no me vuelva loco en mi intento por comprender la realidad —suplica Andreas interiormente—. No es posible que todo esto sea cierto; la habitación de burdel, fea y destartalada, en una madrugada llena de malos olores, y una muchacha que murmura algo ante el espejo, mientras con dedos ágiles renueva el colorete de sus labios. Nada de todo esto existe. Ni siquiera mi corazón, tan cansado que ya no anhela nada, ni mis sentidos agotados, carentes de todo deseo, incluso el de fumar o el de comer o el de beber. Ni mi alma, desprovista ya de todo estímulo. Tan sólo quiero dormir... dormir...»

»A lo mejor, ya he muerto. ¿Cómo entender lo que sucede? Este cobertor que he apartado inconscientemente, como es de rigor cuando uno se sienta en una cama; las sábanas no sucias pero tampoco limpias; estas sábanas tan espantosamente llenas de secretos, y esta muchacha que se mira al espejo mientras retoza sus cejas finas y oscuras, que destacan sobre la palidez de su frente.»

—«Iremos a pescar y cazar, alegres como en los buenos tiempos» —recita Olina—. ¿Conoces ese poema? —pregunta sonriente.

—Sí. Es alemán. Archibald Douglas. Se trata de un hombre desterrado. También nosotros estamos desterrados en nuestra propia patria. En el mismo corazón de ella; pero nadie nos puede comprender. Reemplazo de mil novecientos veinte.

—«Iremos a pescar y a cazar, alegres como en los buenos tiempos.» Escucha.

Canturrea la balada, y Andreas se dice que el vaso está ahora lleno hasta el borde. Una madrugada gris y fría en un burdel y el canturreo de una balada con música de Löwe.

—¡Olina! —llama otra vez la voz monótona, al otro lado de la puerta.

—Diga.

—Dame la cuenta, por favor. Y prepárate, porque el coche ha llegado.

La realidad se concreta en esa hoja de papel que la muchacha entrega con la punta de los dedos, y donde están escritas todas las cosas que han sido consumidas, empezando por los fósforos que Andreas aún guarda en un bolsillo, desde que ella se los entregó la tarde anterior.

El tiempo ha transcurrido vertiginosamente, un tiempo inaprensible durante el cual nada se ha hecho y a partir del cual no queda nada por hacer, excepto seguir a aquella joven que acaba de renovar su aspecto, y bajar la escalera para pagar la cuenta...

—Estas zorras polacas son formidables —explica Willi—. Verdadera pasión. Te lo aseguro. ¿Me oyes?

—Sí.

La sala de recepción también está amueblada pobremente. Contiene un par de sillas cojas, un banco y una alfombra deshilachada que parece de papel hecho jirones. Willi espera, fumando. Le ha vuelto a crecer la barba y busca más tabaco en su mochila.

—Tú has sido el que más caro me costó, querido amigo. Yo pagué casi lo mismo que tú. En cambio, el rubio ha resultado muy barato. Casi nada. ¡Eh!

Da un papirotazo al rubio, que está medio dormido, y lo aparta hacia un lado.

—Ciento cuarenta y seis marcos —explica riendo—. Pero lo único que habrá hecho habrá sido dormir con esa chica. Aún me quedaban doscientos marcos, pero se los he dado a su amiguita, pasándolos debajo de la puerta, por haberlo hecho feliz a tan poco coste. ¿Te queda algún cigarrillo, por casualidad?

—Sí.

—Gracias.

¡Cuánto tiempo permanece Olina rindiendo cuentas a la vieja, a las cuatro de la madrugada; a una hora en la que todo el mundo duerme! Incluso en las habitaciones de las muchachas reina completo silencio. La gran sala de espera, abajo, está completamente a oscuras. Y lo mismo pasa tras la puerta en la que antes se oía música. La oscuridad se palpa y se huele, mientras fuera, en la calle, suena el ronroneo del motor. Olina aparece ante la puerta rojiza, haciendo volver a Andreas a la realidad.

—¿Crees que querrán llevarnos en ese puerco coche del general?

—Sí.

—Es un «Maybach». Lo noto por el ruido del motor. Un buen cacharro. ¿Tienes inconveniente en que salga un momento para hablar con el chófer? Probablemente es un cabo.

Willi se echa el equipaje al hombro y abre la puerta. En el exterior reina la verdadera noche; una noche cubierta por un manto gris, en la que destacan los conos

de luz velada de los faros del vehículo que espera ante el jardín delantero. Una noche tan fría y tan real como todas y cada una de las noches de la guerra, impregnada de amenazas, llena de atroz ironía, evocadora de sucios agujeros y de sótanos... de ciudades agazapadas a causa del miedo... noches maléficas que a las cuatro de la madrugada llegan al apogeo de su nefasta materialización; noches llenas del espanto indefinible de las guerras. Más allá de la puerta se cierne una de aquellas noches... llena de horror, una noche sin patria, sin un rincón que ofrezca un poco de calor en el que resguardarse... una noche que parece surgir al conjuro de las voces sonoras...

«Cree que me va a salvar —se dice Andreas, sonriendo—. Que podrá hacerme atravesar una red tan tupida. Confía en alguna escapatoria... en que existen caminos que se aparten de Stryj. El nombre de esa ciudad se agazapa en mi interior desde el día mismo en que nací. Ha estado en lo más hondo de mi ser, sin que yo lo supiera, desde que era niño. Y es posible que un escalofrío me estremeciese cuando en la escuela estudiábamos las vertientes de los Cárpatos y cuando veía en el mapa las palabras Galitzia, Lemberg y Stryj destacando en el centro de una mancha amarilla. Pero me había olvidado de ello. Tal vez el anzuelo de la muerte haya estado tendido en mi interior infinidad de veces, pero nunca llegué a aceptarlo. Y entretanto, la breve palabra siguió esperando su oportunidad...

»Stryj, denominación escueta y sangrienta que ha ido aumentando de tamaño como una nube gris que acaba por cubrirlo todo. Y Olina confía en encontrar un camino que nos lleve a alguna parte sin pasar por Stryj...

»Pero su proyecto no me atrae demasiado. No me gusta ese pueblecito de los Cárpatos donde ella pretende tocar otra vez el armonio; ni esa seguridad imaginaria. Todo son promesas, pero yo sólo veo un horizonte tenebroso e incierto, hacia el que deberemos dirigirnos si deseamos hallar nuestra seguridad...»

Finalmente la puerta se abre. Y Andreas queda paralizado ante la palidez cadavérica que observa en el rostro de Olina. Esta se ha puesto un abrigo de pieles y cubre el pelo con una capucha pequeña y muy linda. No lleva reloj en la muñeca; pero sostiene en sus manos las botas de Andreas. La cuenta ha sido saldada. La vieja sonríe con aire de misterio. Mantiene las manos cruzadas ante el cuerpo, y cuando los tres han cogido sus equipajes y Andreas ha abierto la puerta, pronuncia esta única palabra: «Stryj». Pero Olina no la oye porque se encuentra ya en el exterior.

—También yo estoy sentenciada —dice Olina una vez se han instalado en el coche—. He traicionado a mi patria, porque en vez de escuchar los secretos del general he pasado la noche contigo.

Coge a Andreas de la mano, sonriendo.

—Pero no olvides lo que te dije antes. A dondequiera que te lleve, encontrarás la vida.

—Sí —dice Andreas.

Lo ocurrido durante la noche desfila por su imaginación como una hebra que se va devanando. Pero en la misma existe un nudo que le causa mucha zozobra. La vieja

ha dicho «Stryj» en el último instante. ¿Cómo puede saber que en Stryj...? Él no le ha mencionado nada, y aun es menos probable que Olina haya pronunciado semejante palabra.

La realidad se ha materializado, pues, en un coche lujoso cuyos faros alumbran una calle sin nombre. En unos árboles y en unas casas sumidos en profunda oscuridad. En la delantera del vehículo, las espaldas de dos hombres con galones de suboficial, dos sólidas espaldas alemanas casi idénticas, y el humo de los cigarrillos que lentamente se desplaza hacia atrás porque la ventanilla no está cerrada por completo. Junto a Andreas, el rubio canturrea como un niño cansado de jugar. Y a su derecha, el contacto suave y firme del abrigo de pieles de Olina. El hilo del recuerdo se sigue deslizando cada vez más de prisa, pero deteniéndose siempre en el mismo lugar, en el extraño nudo situado en el instante en que la vieja ha dicho: «Stryj».

Andreas se inclina un poco hacia delante para ver la hora en el reloj del coche. Son exactamente las seis. Un estremecimiento le recorre el cuerpo, a la vez que piensa: «Dios mío. Dios mío. ¿Qué he hecho con mi tiempo? Nunca lo aproveché debidamente. Nunca hice nada. Tengo que rezar por todos. En este mismo instante, allá en la patria, Paul empieza a subir los escalones del altar mientras reza el *Introibo*.» Los labios de Andreas empiezan a pronunciar también dicha palabra.

De pronto una mano gigantesca e invisible se cierne sobre el automóvil mientras éste se desliza apenas sin ruido.

Ha sido como un soplo aterrador y silencioso. Con la garganta seca, Willi pregunta:

—¿Adónde nos llevas, compañero?

—A Stryj —responde una voz sin dueño.

En aquel mismo instante, el coche es hendido por dos cuchillos. Uno incide en la parte delantera; el otro en la trasera del cuerpo metálico, que es levantado y empieza a voltear mientras sus ocupantes profieren gritos de angustia.

En el silencio que sigue tan sólo se oye el rumor de las llamas devorando el vehículo.

«¡Dios mío! —piensa Andreas—. ¿Habrán muerto todos? ¿Qué pasa con mis piernas... y mis brazos...? ¿Sólo tengo la cabeza? ¿Es que no queda nadie vivo? Estoy tendido en medio de una calle desierta, y el mundo entero gravita sobre mí de tal modo que no encuentro palabras para rezar.»

«¿Estoy llorando acaso?» —se dice al notar que algo húmedo se desliza por sus mejillas. Pero no son lágrimas lo que gotea sobre él.

A la débil claridad aún no teñida por el fulgor amarillo y caliente del sol, ve la mano de Olina pendiente sobre su cara saliendo de entre los restos del coche. Es la sangre de esa mano la que gotea sobre él. Y no llega a darse cuenta de que esta vez está llorando de verdad...



HEINRICH BÖLL (Colonia, 1917 - Langenbroich, 1985). Escritor alemán, premio Nobel de Literatura en 1972. Hijo de un escultor, terminada la escuela inició su aprendizaje como librero. En 1938-1939 tuvo que prestar el servicio de trabajo. Concluido éste, comenzó a asistir a la universidad, pero en el verano de 1939 entró en el ejército hasta el final de la guerra y estuvo prisionero en un campo estadounidense en el este de Francia.

En 1945 volvió a Colonia, donde estudió lengua y literatura alemanas, al tiempo que trabajaba en una ebanistería, y en 1947 empezó a publicar en prensa y a escribir dramas radiofónicos. Desde 1951 se dedicó a escribir y traducir y pasó largas temporadas en Irlanda.

La escritura de Böll está marcada por su experiencia como soldado y, después, por la reconstrucción de Alemania enmarcada en el enfrentamiento Este-Oeste y el predominio conservador. Católico profundo y militante, criticó con dureza a las instituciones, muy especialmente a las eclesiásticas, en una firme defensa de las minorías y de los valores humanos.

A una primera etapa creativa, en la que hizo una «literatura de guerra, ruinas y retorno a la patria», según declaraciones propias, se adscriben una serie de relatos y novelas breves que evocan la atroz experiencia del conflicto bélico y las penurias de la posguerra inmediata. *El tren llegó puntual* (1949), su primer relato, se enfrenta ya con el absurdo de la guerra: un soldado de permiso cree, en el momento de volver al frente, que pronto morirá, y resulta sin embargo el único superviviente de su grupo.

En el relato se emplea la técnica de plano amplio y la elisión, propios de la narrativa norteamericana, para retratar el ambiente bélico.

En la novela *Y no dijo una sola palabra* (1953), un hombre, perdido por la guerra y la posguerra, es arrancado de su letargo y devuelto a casa por la separación provocada por su mujer. Plantea así la visión católica de la indisolubilidad del matrimonio y de la autodestrucción por la falta de ataduras. Se aprecia en esta obra la influencia de E. Hemingway y J. Joyce en la precisa observación, la objetividad del lenguaje, la densidad expresiva y la repetición de palabras como recurso musical.

La novela *Casa sin amo* (1954) describe las miserias de un niño de once años huérfano de padre, los problemas de la vida familiar de posguerra y el mundo de los adultos desde el punto de vista del niño, mediante rasgos tanto de severa crítica social como grotescos y satíricos. El relato *El pan de los años jóvenes*, por su parte, cuenta la redención del narrador con respecto al materialismo de la época por un amor de posguerra. *Billar a las nueve y media* (1959), otro de sus títulos más significativos de aquellos años, intenta simbolizar, a través de la historia de una familia renana durante tres generaciones, el destino histórico de Alemania en la primera mitad del siglo XX.

A partir de los años sesenta parece iniciar una nueva etapa caracterizada por un mayor compromiso con lo que él llamó «estética de lo humano», a favor de la libertad individual y contra cualquier forma de poder o imposición manipulados por una sociedad competitiva y alienante. El tono humorístico-grotesco presente ya en el volumen de relatos *Los silencios del Dr. Murke y otras sátiras* (1958), gana terreno y virulencia en una de las novelas más populares de Heinrich Böll: *Opiniones de un payaso* (1963), cuyo protagonista, hijo de un magnate renano, acaba integrándose en la galería de personajes marginales, rechazados e incomprensidos que pueblan buena parte de su narrativa.

Tras ella aparecieron dos grandes títulos novelescos de su período de madurez: *Retrato de grupo con señora* (1971), donde el candor y la ingenuidad individuales se enfrentan al convencionalismo hipócrita del entorno social, y *El honor perdido de Katharina Blum* (1974), lúcido alegato contra el clima de violencia antidemocrática imperante a la sazón en Alemania y contra los abusos de la prensa sensacionalista, formulado por un Böll que se atrevió a publicar *Ulrike Meinhof. Un artículo y sus consecuencias* (1975), en defensa de la joven integrante de la banda terrorista Baader-Meinhof, y no vaciló en brindar hospitalidad a Alexander Solzhenitzin tras su expulsión de la U.R.S.S.

En torno al tema del terrorismo y la inseguridad ciudadana se articula asimismo *Asedio preventivo* (1979), novela a la que siguieron *El legado* (1982), *La herida* (1983) y, póstumamente, *Mujeres ante un paisaje fluvial* (1985), ambientada en la ciudad de Bonn. De su vasta producción crítica y ensayística dan testimonio

numerosos títulos, entre los que cabe destacar *Artículos, críticas y otros escritos* (1967), y *Más allá de la literatura, ensayos políticos y literarios* (1979). En 1972 le fue concedido el premio Nobel de Literatura.

Böll expresó en su obra narrativa el desasosiego que le produce una sociedad marcada por la incomprensión y fanatizada por el peso de las ideologías y los presupuestos morales. Frente a ella, se yerguen los protagonistas de sus novelas: seres siempre desvalidos, a quienes esa sociedad aplasta de una manera tan cruel como arbitraria, en nombre de principios abstractos que se convierten en algo inhumano y carente de sentido. La aplicación de estos principios constituye para ellos una singular versión del destino que aciertan a percibir, pero no a comprender. Las doctrinas políticas, la religión, la opinión pública, las reglas externas de moralidad, se transforman en manos de la masa en armas que destruyen a las criaturas sencillas. Böll aboga por la solidaridad entre los seres humanos, por la autenticidad de las relaciones más allá de toda norma positiva. Así entiende él la religión católica que profesa, cosa que no le impide criticar lo que de excluyente puedan tener determinadas actitudes de los católicos. Pero la denuncia que plantea alcanza también a toda una sociedad cómplice del nazismo que se oculta vergonzosamente tras aparatosas manifestaciones de civismo. Un mundo obsesionado por el poder, la eficacia o el dinero, que olvida los aspectos verdaderamente esenciales del ser humano.